

EN EL LABERINTO DEL AMOR FICTICIO

Alfredo Rios Mercedes

PRIMERA PARTE

CAPITULO I

La miró. Sintió una sensación extraña; quiso cerrar los ojos para imaginarla en su mente, pero el brillo de su mirada lo ensimismó en un mundo vacío, carente de palabras y figuras mentales.

–Me llamo Leonardo –dijo él, ofreciéndole la mano sin dejar de mirarla ni un solo instante.

–¡Mucho gusto! –contestó ella mientras sentía que la mano de Leonardo sudaba en la suya– mi nombre es Paola.

El sol brillaba con un resplandor vivaz aquella mañana. Por el patio los alumnos desperdigados deambulaban en grupos, deteniéndose a platicar debajo de los escasos árboles que lo cercaban. Se oía música tecno. Leonardo miraba todas esas escenas con aburrimiento, parado frente al salón de tercer año. Todo parecía una caricatura móvil.

–Es raro que no nos hayamos visto antes –dijo Leonardo metiéndose las manos en los bolsillos del pantalón– una chica bonita como tú nunca pasa desapercibida.

Felipe sonrió, miró a su hermana que abrazaba a Paola, camino detrás de Leonardo y volvió a reír, esta vez sin poder contenerse.

–Es nueva –dijo Felipe como para disculparse.

–Recién llevo una semana –replicó ella– por eso no nos hemos visto antes.

Tenía la mirada impregnada en él. De sus ojos un hechizo solitario salió volando y se detuvo para hipnotizarlo frente al aliento de su voz. El sol empezaba a secar sus labios, y entonces sus palabras sonaron secas, sin eco:

–Me gusta tu mirada –sus labios retomaron una humedad hidratante– en Chiclayo jamás encontré una mirada como la tuya.

–No me digas eso, que me va dar “chucaque”.

–¡Mentiroso! –dijo ella– eres un embustero.

Leonardo bajó la mirada. Se sentía como un conejo experimental, una especie de bicho mefistofélico. Junto a ella, los razonamientos chocaban como piedras contra el cristal. Desde que la vio aquella mañana en la casa de Felipe, conversando con Cristina sus visiones se habían desviado en una sola dirección: el amor, el amor que andaba buscando.

–¿Todas las chiclayanas son tan expresivas como tú? –volteó a mirar a Felipe que caminaba con Cristina, alejándose. Se habían quedado solos. Un temor ilógico lo llenó de frío, de un temblor primerizo; era la primera vez que experimentaba una privacidad tan comprometedora. No podía explicar esa sensación de angustia, de vértigo; tal vez eso era el amor: su nerviosismo.

Se estaba enamorando, perdiendo su egocentrismo, diluyendo su mundo interior en una miel dulce e inefable que sólo ella podía impregnar en sus labios rosados.

–Digo lo que siento –se llevó el dedo índice a la boca y lo retuvo un instante, como si eso la ayudase a pensar– yo no soy mentirosa.

Dos alumnas ingresaron al aula empujando a Paola. Luego se oyeron ruidos de carpetas, un silbido entrecortado, una voz: “vayan a planear a otro lado ”.

–Me gustan las mujeres como tú.

Paola volteó a mirar a las chicas que habían ingresado.

–¡Por favor! respeten –dijo con adusta tonalidad.

Leonardo sacó las manos del bolsillo, carraspeó como si quisiera toser.

–¡Discúlpame! –dijo Paola– estas niñas no conocen los buenos modales.

–No todas las chicas son como tú –sonrió él– tú eres diferente...especial.

Su corazón palpitó haciéndolo suspirar. En su cuerpo volvió a sentir frío y un raro deseo de vomitar.

000 O 000

Un silencio aparente invadía la casa aquella noche. Ruidos prolongados y entrecortados de perros callejeros que ladraban en la calle, maullidos de gatos que saltaban en el techo. Y allí, dentro, el sonido pausado de los quejidos y ronquitos de los que dormían a esa hora, insensibles a aquellas interferencias que Leonardo sabía de memoria, producto de su voluntario insomnio.

Se levantó, sentándose al borde de la cama, tratando de impedir el crujido de los viejos resortes. Se puso el pantalón que colgaba de un clavo en la pared, cogió la camisa, y sin abotonarse caminó con los pies desnudos hacia la sala.

Una ráfaga de claridad iluminaba el sofá donde Antonia dormía. Leonardo caminó de frente sin mirarla. Se acercó a la ventana, separó un poco las cortinas y miró la calle solitaria, iluminada por una luna amarilla, la cual dibujaba en su órbita un matiz pálido. Sólo en ese instante creyó olvidarse de sus temores; cerró la cortina, respiró hondo, conteniendo el temblor de sus manos. Caminó hacia ella, la observó envuelta en las sábanas floreadas. Se paró frente a ella, como si quisiese despertarla con la sombra de su cuerpo, luego se sentó en cuclillas y así se fue acercando hasta tocarla con sus manos –ella no se movía– la palpaba con una ansia loca, tratando de moldear con sus manos la forma de su cuerpo.

Leonardo comprendió que Antonia disfrutaba de aquellas caricias –no podía tener el sueño tan profundo– el dedo índice de su mano derecha se deslizó en el aire hasta posarse sobre el rostro tibio, recorriéndole la frente, la nariz, las mejillas; jugando dentro de los linderos de sus labios que temblaron como si murmuraran algún sueño. De improviso, la mano huyó asustada. Antonia dio vuelta la cara y quedó frente a él, con los ojos cerrados, con los labios mojados.

La miró con un deseo inefable, presionándole con suavidad las mejillas, sintiendo que las manos se le llenaban de sudor al contactarse con la piel cálida de Antonia. Juntó sus labios, rozándolos con timidez, tratando de sentirlos suaves, luego con su lengua los llenó de saliva y la besó con una energía desaforada, sintiendo que ella correspondía con un movimiento pausado y rítmico.

Un estornudo fatal invadió la casa –era su padre– vio que Antonia se tapaba la cara con las sábanas. Caminó a grandes pasos hasta su cama. El corazón, los oídos sensitivos. Se fue acostando como adolorido, sin tener ocasión para desvestirse. Oyó que alguien prendía la luz de la sala, no quiso abrir los ojos, sólo imaginó la cara de su padre caminando hacia el baño. Dibujó en su ensueño su alegría, los labios de Antonia, su boca caliente, su cuerpo curvado como una montaña...luego cuando volvió la oscuridad, Leonardo estaba dormido.

CAPITULO II

–Tienes mala suerte –dijo Felipe– pero no te desesperes, mañana la veras.

–Si es que nos dejan entrar –dijo Leonardo– de haber sabido que todo tercer año fue al Coliseo...

–¡Normal! –Felipe caminó haciendo sonar sus zapatos en el piso ex profesamente– vas a ver que mañana conseguimos entrar.

–¿Qué te parece Paola?

En sus ojos experimentó una calentura peculiar, imaginó que la miraba, que sus manos la estaban tocando: suavidad de piel, calor de labios, sabor de besos. Unas lágrimas resbalaron por los caminos hoscos de su nariz, ella le sonrió de lejos, su voz se escuchaba como el sonido de una tecla de piano. Las lágrimas nublaban sus ojos, obstruyendo sus visiones afrodisiacas.

–Es bonita –dijo Leonardo pateando una piedra que rodó por la vereda hasta caer sobre la arena– ¡Me gusta! pero tengo miedo de que ya tenga enamorado.

–No tiene –dijo Felipe– apenas está un mes en este barrio.

–Sí, pero una chica como ella.

Pasaron frente al parque. Unas muchachas jugaban vóley.

–¡No creas! Es difícil. Aunque, tal vez, si es una chica fácil, entonces ya hace rato que encontró.

Leonardo lo miró con asombro, sus pasos se hicieron lentos.

–No saques conclusiones antojadizas –dijo– voy a pensar mejor que no tiene enamorado, así podré dormir hoy.

–Eso es lo mejor, olvídate por un rato de ella y preocúpate más por las elecciones.

–Todo está aquí –dijo, llevándose el dedo índice a la frente– planificado y organizado. Me falta practicar un poco el discurso, chamullar, insertar algunas frases célebres, darle un toque politiquero.

–¡Ensayá bien! –dijo Felipe– La única forma de ganar es motivando a las masas, atarantándolas con elocuencia, si hablas bien, se jodieron los otros; de la que hay que tener cuidado es de Carmen, tiene en su lista a los más “chancones” del Colegio. Después, Mario tiene buena pinta, pero dicen que frente al público se le mojan los calzoncillos.

–Eso es lo que me da miedo –comentó rascándose la cabeza– ¡Ojala! no me trabe frente a los alumnos, porque sino la friego.

–Piensa que los que te escuchan son una basura, que están sentados en una bacinica. Leonardo rió, escupiendo contra una puerta.

–Si fuera tan fácil como tirar un “pollazo”. Lo que me preocupa es que va a ser mi primera vez, a lo mejor mi desvirgamiento resulta traumático.

–¡Descuida! Duele pero se aguanta. Controla tu gente, enamórala, arréchala y verás que todos votan por ti.

Al llegar a la esquina se detuvieron. Felipe miró su reloj.

–Bueno, ¡Ojala tengamos suerte! –dijo Leonardo– Nos vemos mañana.

–¿Estás enamorado? –dijo Felipe admirado, palmeándole el hombro– ¡Qué pasa! ¿No vas a venir en la tarde?

–Ah! Sí –contestó Leonardo sonrojado– me había olvidado que estudiaba en la tarde, como venimos tanto en la mañana.

–Piensa Leo, no te dejes vencer por el amor, todo tiene su tiempo.

–Hasta la tarde –dijo Leonardo dándole la mano.

000 O 000

"¡Te quiero! No puedo dejar de pensar en ti, eres lo mejor que me ha pasado en la vida. A tu lado soy el hombre más feliz. Hoy que no te he visto siento que no puedo sonreír, es como si algo se hubiese ido de mí, como si las fuerzas me hubieran abandonado.

Estos últimos días, tu nombre se ha repetido con insistencia en mis noches de insomnio, en mis ratos de desesperación. ¡Eres tan linda! La chica más hermosa que he conocido, contigo el amor ha quedado marcado en mi corazón. No me explico, como antes podía vivir sin amor, sin ilusión, realmente no era vida.

Imagino tu sonrisa, tus labios rosados ¡Tan tiernos! .Quiero dejar de pensar en ti, pero luego me arrepiento. ¿Cómo saber si piensas en mí? ¿Cómo saber si tu corazón tiene siquiera un pequeño espacio para mí? Cuando conversamos, presiento que te gusto, que también sientes ese nerviosismo que experimento yo. Ayer por ejemplo, me miraste de una forma tan profunda, que me puse colorado de vergüenza. Tú debiste notarlo, pues dejaste de mirarme, nos quedamos en silencio y después no supimos que decir.

Mañana a la hora de recreo: no me animo a decirlo, me siento cobarde, no poder declararte mi amor. No tocarte, besarte, cosas lejanas, sueños difíciles de suceder."¡Te amo!, quiero que seas mi enamorada", de sólo pensarlo, tengo las manos frías, el corazón que se me quiere salir, ¡Te amo! –¡Qué tonto! Soy pura teoría, pienso y pienso por horas, como si tú pudieras leer mi mente, como si a la distancia un circuito magnético pudiera enlazar nuestros deseos por telepatía o por atracción sanguínea. ¡Si fuera fácil! Mi querida Paola...el amor de mi vida".

000 O 000

–No te he visto dos días y te he extrañado como si hubiese pasado un mes –dijo Leonardo.

Paola calló, miró hacia el fondo del patio, quiso tararear una canción de Miriam Hernández, pero los ojos de Leonardo se impregnaron en su mente.

–¡Mentiroso! –dijo– tus ojos te delatan.

–Te equivocas –comentó Leonardo acercando su mano a la de ella– la verdad no se puede disimular.

–A veces sí –Paola esquivó a la mano de Leonardo– hay hombres que engañan a las mujeres.

–No puedo negarlo, pero yo no soy de esos.

El silencio correspondió a la sonrisa de Paola. En aquellos instantes se miraban sin poder expresar lo que sentían. Mudos ante sus manos, ciegos frente a sus bocas, insensibles ante el tacto soterrado de aquellas respiraciones profundas e indivisibles. Sentados en la vereda tibia, el bullicio de los escolares era un sonido extravagante que no merecía ser escuchado. Eran dos, y sin embargo, se sentían en soledad, en una soledad que los compenetraba.

–No, no eres de esos –dijo Paola– tú eres diferente, por eso voy a votar por ti.

–¡Gracias! –dijo él– necesito del apoyo de personas como tú. Te propongo que seas mi personera.

Paola lo miró serenamente, como si buscara en el rostro de Leonardo la respuesta acertada.

–Si piensas que soy la persona indicada, no puedo negarme. Acepto.

Leonardo no pudo esconder su emoción, la cogió de la mano, luego la abrazó diciéndole al oído que juntos lograrían vencer, que harían del colegio el mejor, no habría basura ni frases obscenas pintadas en el baño, la banda de músicos algún día tocaría no sólo marchas militares sino también música clásica, marineras y boleros. Aquel enlace partidista los unía en una idea común: el ganar, el sentirse triunfadores en una contienda de proyectos más que de realidades.

000 O 000

–Ayer en la tarde te vi –dijo Paola– pasaste con tus amigos.

–Sí –contestó Leonardo– ¿Dónde estabas tú que no te vi?

–En mi casa, mirando por el balcón.

–¿Dónde vives? –Leonardo observó a Felipe que ingresaba a la sala de profesores.

–Bajando la pista, en la cuadra de Libertadores.

–Qué raro que nunca te haya visto, paso todos los días por allí.

–Pasas sobrado –sonrió Paola– en cambio yo todas las tardes te veo.

–¿Y por qué nunca me has pasado la voz?

–No sé –dijo con una tonalidad infantil– a lo mejor me gusta mirarte a escondidas, verte pasar sin sentir que eres observado.

Leonardo sintió que un sudor irredento brotaba de su frente, quiso sacar su pañuelo, secar su inhibición, su complejo de niño crecido, pero sus manos frías se negaban a separarse. Sus dedos entrelazados temblaban imitando el temblor de sus labios. Entonces comprendió que el amor era tonto y ciego, que tendría que acostumbrarse a las estupideces de su nerviosismo. Estaría condenado a la vergonzosa prisión de sí mismo.

–¡Paola! –dijo una muchacha de pelo rubio, algo pecosa– toma tu cuaderno, lo he encontrado botado en el piso.

Leonardo miró el cuaderno manchado de arena y grasa de piso. Las hojas estaban húmedas y el forro roto.

–¡Son unas fregadas! –dijo Paola enojada, colocando el cuaderno en el piso– sospecho quien ha sido –dijo señalando a la muchacha como si la acusara– ¡Me las vas a pagar!

–¡No sé! –contestó la rubia dando media vuelta hacia su aula– Es tu problema.

–Hay chicas medias tocadas –dijo Leonardo.

–¿Medias? –dijo Paola sacando un pedazo de papel higiénico del bolsillo de su falda– son unas reverendas locas.

El timbre sonó. Se escucharon ruidos de carpetas, gritos y una interminable secuencia de silbidos. Los auxiliares empezaron a pasar por las aulas, incitando a ingresar a las alumnas que aún permanecían desperdigadas en el patio.

–Me voy –dijo Paola apurada– ¡Nos vemos!

–Deja tu cuaderno –dijo Leonardo– lo llevo para forrarlo.

–No te molestes –contestó cogiéndolo entre sus dedos.

–No es molestia –dijo él cogiéndolo– mañana lo traigo.

–Está bien –sonrió ella y se fue corriendo.

Leonardo la siguió con la mirada hasta verla ingresar al aula. Por la ventana la chica rubia le sacó la lengua.

000 O 000

Al mirarla sintió que sus oídos captaban sonidos graves, como golpes de tambor. Estaba parado frente a ella, observándola en aquella media luz, compartiendo un silencio que ahogaba su respiración contenida. Se sentó con pausa, haciendo vibrar los dedos de sus pies. La tomó de las manos. Antonia abrió los ojos como asustada, luego sonrió. Él le acarició sus cabellos negros

deslizando sus manos con temor sobre el calor de su rostro. Besó sus labios con fuerza, sintió que ella suspiraba. Se quedó quieto sin separar sus labios. Ella no dejaba de moverse ni de gritar su alegría.

Iba a amanecer cuando regresó a su habitación. Desde aquel día los domingos fueron testigos de sus noches de amor. Antonia despertaba los lunes a regañadientes, cansada, con los ojos ojerosos. Era evidente que el desvelo la sucumbía en un desgano inevitable. La madre de Leonardo tenía que reprenderla varias veces hasta conseguir despertarla. Leonardo, sin embargo, podía disfrutar de un sueño tranquilo hasta las nueve de la mañana, era una costumbre que había adoptado para completar sus horas perdidas de la noche.

–Antonia se ha vuelto muy dormilona, que día se molesta la señora Olga y la bota.

–Si mamá, mejor debe ir a dormir a su casa.

Leonardo trataba de falsear con aquellas palabras sus verdaderas intenciones. Nunca había sido tan cínico como para decirle que la amaba. Al inicio había confundido el deseo con el amor pero al conocer a Paola, aquellas apreciaciones desaparecieron. Era deseo, sólo eso, un deseo que no merecía esclavizarse en su corazón. Era más fácil soportar el sueño una vez por semana, despertar a medianoche, buscarla en la oscuridad, imaginarla hermosa, hermosa como ella, como la mujer que amaba: ¡Paola!, ¡Paola! La dueña de su corazón enamorado.

CAPITULO III

–¡Oye! ¿Crees que de verdad ganemos? –preguntó Leonardo mientras miraba el patio que se iba quedando vacío.

–Vamos a ganar –contestó Felipe palmeándole el hombro– has hablado mejor que los otros, parecías todo un político.

Estaban sentados en las gradas que bordeaban el monumento en bronce de Túpac Amará II. Los alumnos a esa hora ingresaban a las aulas, luego de haber formado para escuchar los discursos. Algunos brigadieres aún caminaban por los pasillos.

–¿Crees que hice bien en ponerla como personera?

–Aunque no esté bien, ya está hecho. Ayer te vi bien acaramelado, supongo que ya...

–¿Ya, qué?

–¿Te vas hacer el loco?...de una vez compadre, sino. Yo de ti, hace rato, con esas piernazas que tiene.

–Ya falta poco –contestó Leonardo mirando su reloj– hay que tener un poco de paciencia.

–¿Y ayer? Le leías una carta ¿O qué?

–No. Era su examen de química, se sacó cinco, creo que de lástima la profesora le puso esa nota, pues no había contestado nada –miró a Felipe como si le fuera a contar un secreto– lo peor es que yo no sé nada de fórmulas químicas, a las justas salvé el curso el año pasado.

–Entonces es un poquito brutita.

–Creo que sí –dijo Leonardo– Cristina me ha contado que está jalada en casi todos los cursos.

–Además de eso, mi hermana dice que es medio creída, en su salón le dicen “María Joaquina”, como la de la novela.

–Ya lo creo, el otro día mientras conversábamos, le botaron sus cuadernos al piso de petróleo.

–Muchas la tienen cólera –dijo Felipe escupiendo– tanto que esa sección se está poniendo de acuerdo para no votar por ti.

–Eso sí que es preocupante.

–Mañana habla con ella, para que se porte más amable, si no vamos a tener problemas. ¡Tú sabes! para ganar votos, después ya que haga lo que quiera.

–Tienes razón. Ahora vámonos, me parece que el profesor va entrar, si nos ve...

–¡Vámonos! –contestó Felipe mirando hacia la Sub-dirección.

Un hombre de anteojos cogía unas tizas y salía raudamente.

Leonardo caminó adelante, hacía el portón que permanecía abierto al cuidado de dos policías escolares que iban marcando los carnets de los tardanzas.

–¡Muy temprano! –se burló Felipe al ver a uno de sus compañeros que llegaba tarde– Te has perdido el discurso.

–¡Perro Vidal! –llamó Leonardo al muchacho que corría– Cuidas mis cuadernos.

–Ya –contestó el alumno sin dejar de correr.

Cuando estaban por salir, los policías escolares les cerraron el paso.

–Vamos a sacar unos volantes –explicó Felipe– regresamos dentro de una hora.

–Sus permisos de salida –dijo el más alto– sino no pueden salir.

–Ya pues compañero –dijo Leonardo– no nos vamos a “huevear”, al contrario.

–No se hagan los zanahorias –dijo Felipe.

Los dos muchachos se miraron, como si buscasen respuesta a una adivinanza.

–Está bien, vayan –contestaron casi a dúo– si no fuera porque vamos a votar por ustedes.

000 O 000

“¿Habría leído el poema? –pensó Leonardo mientras caminaba por la calle soleada– ¿Se habrá dado cuenta que estoy loco por ella?” Iban a ser las diez, a esa hora estaría por sonar el timbre para el recreo. Paola saldría a sentarse sola –aceleró el paso– no era posible que llegase tarde, justo ese día que se sentía inspirado para una declaración de amor.

Al llegar a la cuadra donde vivía Paola, sintió un ilógico nerviosismo. Miró la puerta, una muchacha lo observó con una mirada inquisidora. El color de la piel, la lozanía se su aspecto, todos los detalles esenciales de Paola los tenía ella. Dejó de mirarla, quería pasar con normalidad.

Era en vano su escalofrío, pues a esa hora Paola no estaba. Volvió a mirar, pero esta vez sólo observó la puerta abierta. De pronto, su mirada fue sorprendida por la aparición repentina de Paola, a la cual por primera vez veía en ropa de calle. Vestía un polo holgado a través del cual, sin embargo, se insinuaba placenteramente la robustez de sus pechos; el pantalón blanco ceñido, expresaba una voluptuosidad de curvas delicadas y finas.

Leonardo se detuvo. Sonrió, sin encontrar palabras que decir. Caminó hacia Paola que se había parado frente a su puerta con las manos enlazadas detrás de la cabeza.

–¡Hola! –dijo ella dándole la mano– ¡Qué guapo! -una sonrisa se dibujó en sus labios.

–¡Hola! –contestó él, mirándola con una admiración inverosímil– ¿Cómo estás?

–Bien –su voz emitió un sonido sinuoso y excitante– muy bien.

–No has ido al colegio hoy día –dijo Leonardo.

–No –contestó ella– se me hizo tarde.

–Y tú ¿A dónde vas? ¿Al colegio?

–No –dijo Leonardo desconcertado– voy a casa de un amigo.

"Te estoy mintiendo. No soy un tipo que acostumbro hacer visitas. Iba al colegio a verte, a conversar contigo"

–He leído lo que has escrito en mi cuaderno –dijo Paola– no sabía que eras poeta.

Leonardo se sonrojó.

–¿Te gustó?

–Sí, me parece muy bonito.

–¿Lo crees así?

–Sí, en serio –dijo Paola– nunca nadie me había escrito algo parecido.

–Cuando me inspiro y pienso muchas veces en la misma cosa me pongo a escribir. El día que escribí ese poema estuve pensando en ti toda la tarde.

Paola bajó la mirada, su mente se cubrió de un telón blanco, donde las palabras eran caricias de luz.

–¿Siempre escribes?

–No, lo hago sólo cuando siento algo muy intenso en el corazón. ¿Has logrado captar el mensaje de lo que escribí?

–No sé –dijo ella– tú eres el poeta.

–Sí, pero debes tener siquiera una idea.

–Tal vez, algo que tú...que tú no has pensado dar entender.

–A lo mejor no –dijo él– de repente...

–¿Por qué no lo dices? –dijo ella tentativa- porque tratas de confundirme, pudiéndomelo decir.

Leonardo se sentía entre la espada y la pared, esclavo de una fuerza que delimitaba sus deseos de conquista.

–¿Por qué crees que escribí en tu cuaderno?

–¡No sé! –sonrió Paola– Mi prima dice que es como las cartas de amor que le escribe su enamorado.

–Es posible que...

Paola pareció no escucharlo.

–¡Sabes!, voy a traer mi cuaderno –dijo dando media vuelta.

Leonardo se sentía como desnudo. Miró el árbol que hacía caer sus hojas secas, pensó en olvidarse de aquella conversación, en olvidar que estaba por consolidar un amor primerizo, pero entonces se arrepintió y aparecieron respuestas sutiles, propuestas irrealizables. Imaginó el mar, el cine, un parque...una caja de fósforos, un par de condones y un cigarrillo.

–Mira, aquí está –dijo Paola mostrándole el cuaderno– lo leeré y luego podrás recordar lo que querías decir cuando lo escribiste.

Era la primera vez que escuchaba sus versos en la voz de otra persona, en la voz de la mujer a la cual amaba. Mientras ella leía cada palabra, Leonardo recordaba el día en que inspirado escribió aquellas frases; sentado en el salón de clases, desatento a las explicaciones del profesor de Psicología.

–No continúes –dijo con voz pausada– he recordado todo, pues en este mismo momento estoy sintiendo lo mismo. ¡Te quiero! ¡Estoy enamorado de ti! –la miró, tuvo ganas de abrazarla, de acariciar su piel, de sentirla suya.

–Era eso lo que pensaba –dijo ella con una serenidad experimental– me gustas por ser así, demasiado romántico.

–Tú también –contestó– tú eres el motivo de mi alegría.

Quería correr, contarle a todos que era el hombre más feliz del mundo, porque el mundo, su universo era ella, sólo ella.

Con una velocidad incalculable, Leonardo se dio cuenta que su vida había sido sólo una fotostática de la verdadera realidad. Sin amor, sin la sensación de unirse a una mujer, la vida es una vida hueca que no tiene alma, que no puede dejar huellas en el hombre, porque todo pasa como una luz efímera.

En aquellos minutos que no podían pasar desapercibidos, comprendía cuan valiosas eran las palabras dictadas por el corazón. Aquella mañana de agosto los sucesos más importantes de su ser se conjugaban en una sola palabra: AMOR.

–Eres especial –dijo Paola– por ese gusto de invito a mi casa el sábado después de las elecciones, para celebrar, el triunfo.

–¿Y si no ganamos? –dijo Leonardo sintiendo que tanta felicidad no podía juntarse en un solo acto.

–No seas pesimista –Paola acarició el rostro de Leonardo con una ternura inefable– vas a ganar, y si por desgracia eso no sucede, igual el sábado nos reunimos en mi casa.

–Sí, pero...

–No te preocupes –dijo Paola como si le adivinara el pensamiento– mis tíos no van estar.

Leonardo se sonrojo.

–Está bien –dijo– el sábado. Quedó en silencio, sintió ganas de quedarse más tiempo, pero una fuerza ineludible se lo impedía– ahora me tengo que ir, se me hace tarde. Tengo que prestar un cuaderno.

–Si quieres te presto el mío –sonrió Paola.

–Mañana me lo prestas –contestó Leonardo deseando besarla, comprendiendo a la vez, que era imposible, pues la calle se mostraba desfavorable– ¡Hasta mañana! – dijo acariciándole las manos– voy estar pensando en ti.

–Yo también –dijo ella– ¡cuídate!

Caminó con una normalidad forzada hasta llegar a la esquina donde el deseo de miccionar bloqueó sus preceptos de cortesía.

Miró a lo lejos el colegio, quiso correr, pero la necesidad era más grande. A un lado de la calle, un poste lo libró del apuro. Luego regresó a casa pensando en el mañana, olvidándose del ayer.

000 O 000

–Antonia era una muchacha humilde, desde niña tuvo que trabajar, era la única salida para que no muriese de hambre. No tenía padre, éste murió cuando ella tenía seis años, dejando a la madre al cuidado de tres hijos los cuales no podían valerse por sí mismos. Luego de vivir toda su infancia en la sierra, su madre un día se vino a la costa con la esperanza de mejorar su suerte, ya que en la chacra la vida se les hacía cada vez más difícil. ¡Tú sabes!, no siempre las cosechas son buenas, y sobre todo si no tienes terreno suficiente. Pero aquí en Trujillo no todo fue color de rosa, su madre lavaba ropa ajena, vivían en casa de una prima, que era además pobre, abandonada por un marido que prefirió irse con otra. Antonia trabajaba medio día, ayudando en los quehaceres domésticos a varias señoras del barrio, hasta que un día llegó a mi casa.

–¿Tú mamá la llamó?

–Sí, necesitaba de alguien que la ayudase. No sé como conoció a la madre de Antonia, pero el hecho es que una mañana al levantarme para ir a la escuela me di con la sorpresa que en la cocina, una chica de más o menos catorce años, lavaba los platos.

–¿Estudiaban en el mismo colegio?

–Sí, pero ella en la tarde.

–¿Y por las noches no te aprovechabas del pánico?

–No se quedaba en mi casa, y además yo no le tomaba importancia. Tú comprendes, uno chibolo casi no le llama la atención cualquier mujer, uno busca una linda cara, aunque no haya buen cuerpo.

–¿Dicen que lloraste cuando se fue de tu casa?

–No. ¿Quién te ha dicho?

–Eduardo me contó el otro día.

–Mentira, ese loco es mentiroso. Qué voy a llorar por una hembra que casi no la hablaba. Es más, casi no nos veíamos. Más bien a pesar de no hablarla, me daba pena, al verla casi siempre con la misma ropa, con una chompita granate. Yo era pobre, pero no tanto, soy pobre, me daba lástima cuando los vagos de la calle la fastidiaban “¡Serrana!...paisana cutush,cutush...”

–¿Y tú mamá la ayudaba?

–¡Claro! A veces almorzaban en mi casa. De alguna manera los ayudábamos.

–¡Oye! Pero en esos días ¿Nada de chape? Eso era desperdicio.

–No era tanto, pues tenía unas vecinas mayores que yo, que me manoseaban de vez en cuando, sobre todo se aprovechaban cuando iba a sus casas a mirar televisión.

–¡Mentiroso!

–¡Carajo! Si no crees lo que te cuento, no sigas preguntándome lo mismo.

–Sí, si te creo, sigue ¿Y eran buenas hembras? ¿Te llevaban a la cama?

Un bolero de Lucho Barrios empezó a sonar.

CAPITULO IV

Una de esas noches, Leonardo se levantó con una decisión descabellada, no se puso la camisa ni el pantalón. Estaba nervioso más que de costumbre. Antonia dormía en la habitación de su hermano aprovechando de que éste había viajado. Cruzó el comedor con sumo cuidado. Al llegar a la habitación se libró de la cortina que hacía las veces de puerta. Una vez en el interior, besó a Antonia hasta hacerla despertar; ella levantó la frazada dejando un espacio de cama para Leonardo.

–¡Oye! –exclamó Antonia esquivándole– estás sin camisa.

–Habla más despacio –dijo Leonardo en voz baja, tapándole la boca con la mano– he venido sin camisa y también sin pantalón.

–¿Estás loco? –dijo Antonia– ¿No te das cuenta que tus padres pueden despertar?

–¿Acaso no te gusto así? ¿No te gusta sentir mi cuerpo tibio? ¿Sentirme desnudo?

–¡Cállate!

–¡No te enojas mi amor! –Apaciguó Leonardo– el hecho de que este sin pantalón no significa nada. ¡Dame un besito!

–¡Tonto! –logró decir como si olvidara el suceso.

Leonardo la besó con un apasionamiento descontrolado, enjugando con su saliva la superficie rosada de sus labios que no tardaron en abrirse para que él con una jugada gimnástica pudiese introducir su lengua. Ambos cayeron en el juego, sus lenguas se rozaban entre sí, sus salivas se mezclaban ahuyentando de esta forma su conservadora rutina semanal. El calor que producía el encadenamiento de sus brazos los hacía transpirar con un sudor anhelante y fogoso. El jugaba con los botones de la bata de dormir, mientras la seguía besando, ya no solamente los

labios, sino también el cuello, las orejas y el pecho. Los botones quedaron libres de los ojales, la bata se abrió en dos. Leonardo sintió un estremecimiento entre las piernas –ella respiraba sin controlar sus quejidos– su mano encontró los senos descubiertos libres de cualquier privacidad femenina, los palpó tibios, suaves, duros, abultados...

–Ya es suficiente –dijo ella bruscamente como si despertara de un sueño– ¿Qué pretendes? –trataba de abotonarse la bata y las manos le temblaban.

–Quiero hacerte el amor –dijo Leonardo sin ningún escrúpulo– ya no somos mocosos.

Antonia permaneció callada, inmóvil, abrazada de él.

–Eso no puede ser –su voz era como una súplica.

–¿Por qué? –preguntó Leonardo, sintiendo que aún podía seducirla.

–Eres muy chibolo para mí –contestó acariciándole la cara.

–La edad no importa.

–Quiero llegar virgen al matrimonio –dijo ella.

–Pero si me voy casar contigo –dijo Leonardo– quiero que seas mía desde hoy.

–Ya te dije, eres muy mocosos.

–¿Qué son cuatro años de diferencia?

–Para mí significa mucho –se tapó la cara con la frazada como para no mirarlo– y además, ¿Qué tal si quedo embarazada? ¡Ah! ¡Qué tal si quedo embarazada! ¡Ah!

Leonardo sintió que la sangre le subía a la cara con una velocidad incontrolable. Hasta aquel instante ese riesgo inmensurable no había sido tomado en cuenta dentro de sus precauciones. Ella embarazada, eso sería su fin, abandonar el colegio, dedicarse a trabajar en cualquier cosa – cerró los ojos con terror, sus manos quedaron estáticas y se fueron apartando débilmente del cuerpo de Antonia, como si hubiera estado a punto de cometer un crimen– Sintió miedo, vergüenza "¡Arriesgarse a tanto!". Abandonó la cama sin decir palabra alguna, caminó hasta su cuarto sintiendo que su desnudez era una máscara de payaso herido. Ya en su lecho, la respiración se hizo sosegada, trató en vano de olvidar todas aquellas noches, haciendo cuenta de que nunca existieron, que jamás las vivió.

"He perdido el tiempo, nunca más la buscaré, no trasnocharé por sus besos ni caricias. Es fea. No sé cómo me acostumbré a su cara. ¡Oh! Dios, qué tal si aceptaba. Nueve meses, qué digo nueve, a los tres ya se le notaría la barriga. Vendería su madre: "Señor, señora que se casen, que su hijo firme la criatura; si han tenido un hijo es porque se aman. Que se casen, que se casen".

¿Qué dirían los amigos de colegio? ¿Y Paola? ¿Cómo se lo diría? No, no quería ni pensarlo. Como soportarla todas las noches compartiendo su cama, estaba bien una vez a la semana, pero no todos los días. Buscar trabajo, con lo difícil que es encontrar uno. Llegar cansado, sin fuerzas para hacer el amor, vivir con un sueldo miserable, en un rancho de esteras, no tener futuro. No podría ir a fiestas, pues tendría que ir acompañado de ella. ¡Qué vergüenza! "¡No, gracias! ¡Gracias Dios mío! por haberme despertado de esta pesadilla, ¡Gracias!

Algunos grillos cantaban, Leonardo dormía.

000 O 000

–¡Ganamos! ¡Ganamos!

El sol de la tarde estaba muriendo, el patio tibio, las hojas de los árboles marchitadas. Las elecciones habían terminado. En la mañana el triunfo fue celebrado con reserva, pero a estas horas cuando el conteo de los votos se había realizado, la victoria era indiscutible.

–¡Felicitaciones! –dijo Ricardo– Ganaste.

–¡Ganamos todos! –contestó Leonardo.

–El lunes se dará el escrutinio oficial –comentó Jorge.

–Sí –dijo Paola– pero el triunfo está dado, en todas las mesas hemos ganado.

–Leonardo la miró con ternura. Un mechón de sus cabellos era levantado por el viento. Ella estaba frente a él, compartiendo esos momentos, compartiendo la alegría de un proyecto hecho realidad.

–Éramos los mejores –gritó Felipe levantando la mano en puño– no podíamos perder.

–Lo que debemos hacer de aquí en adelante es trabajar –dijo Leonardo– trabajar por el bien de nuestro colegio, demostraremos a los colegios de la ciudad, que aquí en Florencia, en un pueblo joven, la juventud existe, pero no por las puras, porque esta juventud tiene voluntad de lucha. La vida misma enseña a los jóvenes a esforzarse por salir adelante, porque aquí en medio de la pobreza, es donde el trabajo da sus frutos más lozanos.

–Esto merece celebrarse –dijo Jorge– no podemos pasar por alto un acontecimiento tan importante.

–Sí –contestó Felipe– yo te apoyo.

Paola permanecía callada, observándolos sin mostrar alegría, estaba cansada y a la vez feliz pero era una felicidad interior que no encontraba forma de expresarla.

–Vayan a llamar a los demás compañeros –dijo Leonardo– vamos a mi casa a celebrar. No me miren asustados –sonrió rascándose la cabeza– vayan, yo me quedo con Paola.

–Está bien –dijo Felipe riéndose.

–¿De qué se vacilan? –dijo Leonardo observando que todos reían– es mi personera, tiene que contarme los sucesos de la votación.

–Ahí sí, claro –sonrió Ricardo con malicia.

–Yo no voy a poder acompañarlos –dijo Paola mientras los demás se iban por el patio– mi tía me ha dado permiso sólo hasta las seis.

Leonardo sintió en su corazón un estremecimiento, como un suspiro. La amaba y eso no tenía hora ni palabra.

–Más bien, nos vemos mañana –dijo ella– lo celebraremos en privado, los dos solos –una ligera sonrisa desvistió su cansancio– supongo que no te has olvidado de lo que acordamos.

–No –dijo él– al contrario, tenía miedo de que me dijeras que no puedes.

–¡Como se te ocurre! –dijo Paola acariciándole la cara– cualquier cosa es menos importante que el estar contigo.

–¡Te quiero! –dijo Leonardo cogiéndola de la mano– todavía no te vayas, espera un momento y te acompaño a tu casa.

–Ya es tarde –contestó entrelazando sus dedos entre los de Leonardo– ¡Nos vemos mañana!
–Le dio un beso fugaz en la boca y se fue.

Al quedar solo, parado en el centro del patio, un sentimiento insólito llenó de lágrimas sus ojos. Al mirar a los últimos alumnos que caminaban por el patio, al oír sus saludos, su mente se llenó de orgullo. Ya no era un alumno cualquiera, una metamorfosis inverosímil se había operado en su vida. No era el deseo de ensalzarse como líder, era más bien la transformación de una sensatez que ahora lo bautizaba como un hombre de proyectos. Tenía de por medio el compromiso de cumplir sus promesas electorales, de no defraudar, pero también estaba ella como una especie de ciclón energético para hacerlo girar dentro de la órbita indestructible del optimismo y la lucha.

000 O 000

Leonardo salió apurado. Al caminar por las calles, que a esas horas iban oscureciendo, tuvo la sensación de que era un experimento del amor. Se sentía esclavo de sí mismo, ridículo ante sus propios pensamientos. Llevaba una rosa escondida debajo de la gorra, algo sucia, la cual iba suspendida sobre su cabeza como una lechuga marchitada, sin gracia ni cuidado. Recordó que antes de salir de casa, vio en la televisión que alguien dijo que en una primera cita las rosas rojas traían buena suerte, así es que arrancó una de su jardín. Sin embargo, no teniendo el valor suficiente para pasearse por la calle con la rosa en la mano, cogió la gorra vieja como aliada de amores.

Luego de caminar casi diez cuadras, con la mente retraída en pensamientos sutiles, por fin pudo observar la casa de Paola. Pero, aún no anochecía y eso estaba contra sus planes. Necesitaba, oscuridad, tranquilidad y silencio.

Caminó sin pasar frente a la casa, era un paseo para matar el rato. Se paró en varias esquinas, mirando su reloj como si la hora tuviese la culpa de su suerte. Observaba a la gente que pasaba, algunos vagos riéndose a carcajadas, otros fumando un cigarrillo, gritándose groserías. Niños que jugaban a las escondidas, señoras que conversaban en las puertas de sus casas; borrachos que utilizaban los postes como urinarios públicos, señoritas con sus enamorados, otras solas. Mirando a ambos lados, temiendo la mordida de un perro o la aparición repentina de cualquier vago.

La oscuridad borró paulatinamente sus observaciones y ahora sus pasos fueron guiados hacia donde brillaba la estrella de su noche.

“Soy piña” –pensó al ver a la prima de Paola parada en el umbral de la puerta, conversando con otra muchacha. Leonardo perdió su valentía, sería difícil darle la rosa, decirle que la amaba; pero era tarde, la prima lo había mirado. Caminó con un nerviosismo gélido en las venas, tratando

de mostrar serenidad, fingiendo ser un “varón dandy de mundo”, mas la fuerzas no le alcanzaban, por un momento pensó que empezaría a temblar. Estaba acorralado sin poder embestir nada de lo que venía hacia él.

–¡Hola! –dijo Leonardo– ¿Está Paola?

–Espera un momento –contestó la muchacha haciendo gestos a la otra joven para que ingresaran– voy a verla.

La puerta quedó entreabierta. Leonardo se acomodó la gorra, mirando de reojo el interior de la casa.

–Ya viene –dijo la prima sin salir.

Su nerviosismo parecía irreparable y en esos momentos trascendentes se convertía en su peor enemigo. Miró la calle oscura, las puertas de las casas cercanas, cerradas. Palpó la pintura fresca de la pared y creyó haberse manchado la mano. Recordó que no vestía su pantalón nuevo, debido a que en la víspera lo había quemado mientras lo planchaba. Pensó en ella, la imaginó abrazada junto a él, caminando por la orilla del mar. ¡Era tan hermosa! Su corazón perdía su ritmo natural, convirtiéndose en el redoble de un tambor de guerra.

La aparición de Paola interrumpió sus pensamientos.

–¡Hola, Leo! disculpa por haberte hecho esperar.

–¡Hola! –contestó él besándole en la mejilla– no te preocupes, más bien disculpa si he venido muy temprano.

–No –contestó Paola inclinándose levemente contra la puerta a la cual sostenía cogiéndola con una mano– has llegado en el momento justo.

Leonardo observó los cabellos aun mojados que caían sobre el hombro de Paola. La imaginó desnuda debajo de la ducha y se sonrojó. Le seducía el brillo de sus labios, el olor a limón de su cuerpo, su mirada telescópica.

–¡Sabes! ¡He traído!...–su voz se interrumpió mientras se sacaba la gorra para coger la rosa– es para ti –dijo dándosela, sintiendo el rose de la mano tibia.

–¡Gracias! –sonrió ella– ¡Es linda! – La acercó a sus labios y la besó para mojarla con sus labios– ¡Gracias! –dijo nuevamente.

Leonardo tuvo ganas de sentir el sabor de sus labios, de tenerla entre sus brazos, adormecidos de esperar su calor.

–Voy a poner un poco de música –dijo Paola ingresando a la sala que era iluminada por una débil luz.

Leonardo dobló su gorra y la guardó en el bolsillo interior de su casaca. Recorrió con su mirada los sofás, los cuadros que colgaban de la pared, las luces intermitentes del equipo de sonido.

–¡Pasa! –dijo Paola, mientras buscaba un CD entre los que aparecían sobre la mesa.

Leonardo fingió no escucharla.

–¡Pasa! –volvió a decir Paola.

–Aquí no más –contestó Leonardo parado en la puerta.

–No tengas miedo, mis tíos no están.

–Aquí estoy mejor, es más romántico disfrutar el frescor del viento.

Paola sonrió, colocó un CD de Leo Dan y salió.

–¿Eres romántico siempre?

–A veces –contestó Leonardo.

–Yo siempre –sonrió ella, apagando la luz de la sala.

Paola jugaba con los pétalos de la rosa, parada junto al marco de la puerta. Leonardo la observaba atónito, ensimismado en su mirada nocturna.

–¿Te has sentido solo alguna vez?

–Sí, por las noches.

–¡Tonto! –sonrió Paola– yo me refiero que a nuestra edad necesitamos de la compañía de otra persona, pensar en alguien. No me digas que nunca te has enamorado.

–No –contestó sin mirarla– nunca.

–No mientas.

–Es en serio.

–¿A tu edad? –dijo ella como si aquello fuese un pecado.

–Somos edades, eso quiere decir que tú si has estado enamorada.

–No creas, amor lo que se llama amor, nada que ver. El día que cumplí quince años, mi mamá me preguntó quién era mi chico, yo le dije que no tenía. Mi mamá se puso seria creyendo que la estaba mintiendo.

–¿En serio no tenías?

–No, te juro que no. En mi fiesta de quince años, varios chicos me proponían cosas, pero no acepté a ninguno.

Leonardo empezó a sentirse como un payaso en un circo sin espectadores. Al escuchar la forma natural con que Paola se expresaba, tuvo miedo de haberse equivocado, tal vez aquello no era una cita de amor como él creía, a lo mejor ella lo tomaba simplemente como una conversación. Él entusiasmado como un tonto, ilusionado porque ella había dicho: “Me gustas”, sólo por eso ¿Y si se estaba equivocando? ¿Si estaba, sacando conclusiones falsas?

–Me hubiera gustado estar contigo. La fiesta de tus quince años seguro que fue bonita.

–Si nos hubiéramos conocido, seguro que te invitaba, pero...ahora nos conocemos y eso es lo más importante.

–¿Y cómo fue que te viniste a Trujillo?

–Asuntos de familia. Mi papá es militar, ahora está en Lima, él quería que estudiase allá, pero yo no quise. Tengo miedo a las ciudades grandes.

–Si pues, en Lima la vida es más acelerada, aquí en cambio todavía se disfruta algo de tranquilidad.

–Tienes razón, por eso le pedí a mi mamá, aprovechando que tengo mi tía aquí, trasladarme a estudiar siquiera medio año. Además quería conocer la ciudad, sus playas, conocer nueva gente.

–¿Tu mamá vive en Chiclayo?

–Sí, ella adora su tierra y dice que no hay otra mejor.

La luna brillaba con resplandor dorado, el viento suave que refrescaba la noche inspiraba pasiones desconocidas. Leonardo entablaba un diálogo intemporal sin saber la conducción exacta de aquella plática. Habían pasado varios minutos desperdiciados en cuestiones protocolares que parecían prolongarse como una telaraña. Comprendió que aquel letargo insubstancial podría destruirlo todo. Era posible que la prima de Paola saliese, entonces sí que lo lamentaría toda su vida.

–Está bonita la noche –dijo Paola.

–Más bonita estás tú –contestó Leonardo.

Un breve silencio invadió el hipnotismo de sus miradas.

–¡Paola! –dijo Leonardo con voz serena– ¡Te amo! –la cogió de la mano, sentía que estaba viviendo un sueño– Eres lo más maravilloso que me ha pasado en la vida.

Paola soltó su mano y lo abrazó con fuerza.

–Creí que no lo dirías nunca –dijo acercando sus labios a la oreja de Leonardo.

Él buscó con el tacto de su boca los labios de Paola. Sintió que probaba su sabor dulce. Sus manos empezaron a enredarse en aquellos cabellos, aún húmedos, mientras su boca disfrutaba de la frescura de un beso contenido y anhelado. La rosa cayó al suelo. Leonardo cerró los ojos acariciando la espalda de Paola. La besó una y otra vez y siempre sintió lo mismo: estar volando entre las estrellas.

Sus sueños se hacían realidad, aquella ilusión lejana ahora podía ser tocada por el tentáculo de su felicidad. No volverían a pasar las noches inadvertidas, ni las mañanas a detenerse en la esperanza de un recreo. Ella era su motivo, su razón de soñar y despertar, el inicio de su poesía como amante.

–Es maravilloso estar enamorado –dijo Leonardo– es como si el mundo te sonriera.

–Para mí el amor no tiene palabras –contestó Paola– el amor es algo que te toca y no lo puedes ver, es como una rosa...–sus palabras se detuvieron al observar la rosa tirada en el suelo– es como una rosa olvidada –se agachó a recogerla– como el regalo de un hombre que no se puede marchitar.

La prima de Paola y su amiga salieron, como si hubiesen estado esperando todas esas escenas para salir. Se fueron sin despedirse. Desde la esquina llamaron a Paola.

–¡Inoportunas! –dijo Paola como hablando para sí misma– Tengo que ir acompañar a mi prima para que su amiga tome su bus.

–Bueno, creo que es hora de irme –dijo Leonardo.

–No, todavía no te vayas, no te preocupes al final mi prima se va a cansar de llamarme y se va ir sola.

–Es tarde –se excusó– mejor nos vemos el lunes. Voy a estar pensando en ti.

–Yo también –dijo Paola insatisfecha por esa despedida tan apurada– ¡Hace frío! En la hora que vino su amiguita tengo que caminar hasta la avenida.

–Te presto mi casaca –dijo Leonardo.

–No te molestes –respondió ella acongojada.

Leonardo se apresuró en sacarse la casaca y la colocó sobre el hombro de Paola.

– ¡Te voy extrañar! –dijo Leonardo tomándola de la cintura.

No podía aceptar una despedida tan fría. La besó, fue un beso continuo, apasionado. Como si aquella separación fuese por un largo tiempo.

En aquel momento no les importaba la gente que pasaba, ni los vecinos que podrían mirar por sus ventanas. Un extraño magnetismo los fundía como dos imanes. Sentían lo desconocido, lo absurdo, lo tosco y lo sublime. Todo en un beso: despedida, prórroga de amor, límite de una pasión inicial.

–Mi prima nos ha visto –dijo Paola con preocupación.

–No creo –contestó él, simulando no tomarle importancia– ¡Cuídate! ¡Nos vemos el lunes!

–¡Chau! –dijo Paola caminando hacia la esquina.

Se separaron, alejándose por lados opuestos; a una distancia equidistante voltearon a mirarse. ¿Se amaban? ¡Cómo saberlo!

CAPITULO V

–Nunca la quise, quería estar con ella por vacilón, por no perder la rutina. La miraba con el solo deseo de llevarla a la cama. Buscaba algo atrayente en ella, sin poder encontrar nada, ni buen cuerpo tenía, pero eso sí, era una viva, a veces cuando se sentaba a mirar televisión, se abría descaradamente de piernas, como para provocarme. Me miraba tratando de avergonzarme pero no lo conseguía, yo era más vivo de reojo me ganaba y ella ni cuenta se daba. Tanto me provocaba que llegué a pensar que quería su nota, pero me equivoqué, lo intenté un par de veces y se hizo la difícil, según decía no quería perder su virginidad. Era un chiste escucharla decir esas cosas. Desde esos días la dejé de tomar importancia.

–Mentiroso, bien que la llevabas al cine.

–No, para ser franco la única vez que salimos juntos fue para la fiesta de aniversario del colegio. ¿Y sabes a quién encontré? A Isabel, su amiga, tuvo el cinismo de preguntarme si éramos enamorados, lo hacía por fregarme la paciencia, pues yo sabía que Antonia le contaba todo, no sé si cosas buenas o malas. A mí me trabajaba de sana: “No le cuentes a Jorge que en la noche duermes en mi cama”. ¡Qué tal jijuna! Después que iba a tu casa a preguntar quién era Paola, todavía se hacía la recatada. Las mujeres son así hermano, piensan que tienen poder

sobre nosotros. Te piden con dulzura, pero en el fondo te están jodiendo. Se ríen si cumples con sus caprichos, te obligan hacer el papel de tonto. Por eso hay que complacerlas como tú quieres, a tu manera y no como ellas te piden.

–¿Y qué decía la vieja de tu relación? ¿Sabía?

–Creo que sí. Una vez cuando ya no se quedaba en mi casa la encontré en el parque. En esos días la costilla se había maleado, andaba con un montón de mocosas pervertidas. Bueno, la encontré y me pidió que la acompañase a su casa, ya era de noche y yo tuve un poco de miedo. Caminar a esas horas por el sitio donde vivía, era condenarse a morir. Le dije que no, pero ella me abrazó y me dijo que me quería. Te juro que casi le doy una cachetada por mentirosa, pero me contuve. Estaba pintada como una mujer de mala vida, con una faldita cortita. Así es que me arriesgué. La casa era cerca del cerro, no se veía nada. “No tienen luz”, pensé amargo. Ella me pidió que la dejase antes de llegar a su casa, cerca de un rancho de esteras, pero no le hice caso y la llevé por una especie de escondite. No iba a ir por las puras, la arrinconé contra la pared y allí la tuve un buen rato, se me quería entregar. Yo pensé: “A ésta le gusta que le den en la calle”, pero no acepté. Un hombre también tiene su reputación.

–¿Y la vieja?

–Nos encontró compadre.

–¡Pucha! ¡Qué tal roche!

–No, porque no dijo nada, ni se molestó. Al contrario me acompañó hasta una parte iluminada. “Por aquí es peligroso”, me dijo. Me dio las gracias por haberme arriesgado acompañar a su hija.

–Y a Antonia ¿La volviste a ver?

–No, ese día le había prometido ir a esperarla a la salida de su trabajo, pero no fui. Tenía cosas más importantes como para perder mi tiempo.

–¿Qué cosas?

–Algo así como ver una película porno en el Chimú.

000 O 000

Leonardo esperó impaciente el correr del sábado y domingo.

Aquellas dos noches no había podido conciliar el sueño pensando en ella, Paola, su primer amor, la primera flor de un florero lozano que era su corazón conquistado. Se sentía fortalecido por una sensación que viajaba por todo su cuerpo. Era esa la vitalidad que le permitía dejar de dormir, pensar sólo en ella, escribir mil veces su nombre tratando de encontrar los versos perfectos para recitarlos en una tarde de sol, o en una mañana como esa.

El timbre sonó. Las alumnas inundaron el patio. Leonardo miró cientos de faldas que se movían en direcciones indistintas. Buscó con la mirada a Paola, sin poder localizarla.

Una muchacha a la cual reconoció como amiga de Paola se acercó.

–Paola me pidió que te entregara tu casaca –dijo entregándosela con indiferencia.

– ¿Y ella? –preguntó Leonardo recibiendo la casaca– ¿Dónde está?

–No ha venido –contestó la muchacha.

–¡Espera! –dijo él, cogiéndola del brazo– ¿Está enferma? ¿Ha viajado? ¿Por qué no ha venido?

–¡No sé! –contestó evasiva.

– ¿No sabes si mañana vendrá?

–No.

Leonardo quedó inmóvil, mirando hacia el fondo del patio, hizo un gesto de asombro y quiso reír.

–¿Cómo dices que no ha venido? –exclamó con alegría– ¿No es ella Paola? –señaló con la mirada– ¿La que está en el quiosco? –la miró. Paola conversaba con un grupo de chicas.

–No sé –contestó la muchacha– pregúntaselo tú.

Leonardo no sabía de qué hacer. Estaba desesperado. Caminó y se sentó en las gradas del monumento. Contaba los minutos para verla sola, pasando frente a él. Sintió que no podría esperar, que era mejor ir tras ella. Sin duda alguna razón muy fuerte había tenido para no acercarse personalmente a entregarle la casaca. ¿Acaso no eran enamorados para confiarse mutuamente sus cosas? De un solo impulso se levantó, metió las manos en los bolsillos del pantalón y caminó cruzando el patio congestionado de escolares que le saludaban.

Al llegar junto a Paola, esta pareció no reconocerlo, lo miró de reojo y siguió conversando, indiferente a cualquier señal confidencial. Leonardo se acercó aún más.

–Un momento, quiero conversar contigo –dijo cogiéndola de la mano.

–No tengo nada que hablar contigo –contestó huraña, soltándose con brusquedad.

Leonardo quería creer que todo era solo una broma de mal gusto, inventada para distraer los sueños fantasiosos de su corazón. Pero la mirada de Paola no podía mentir, había en sus ojos un repudio extraño, una especie de venganza planificada. En aquellos instantes experimentaba que la locura era lo más cercano a un ser humano desesperado y desorientado.

–¡Paola! ¡Por favor!

–¡No molestes! No tenemos nada que hablar.

–¡Por favor! –volvió a decir esta vez por cumplir con una cortesía condescendiente.

–No tengo nada que hablar contigo.

–Tú no, pero yo sí –su voz tomó de pronto una fuerza inusitada, era como una advertencia macabra. La cogió del brazo, obligándola a avanzar dos pasos.

–¡Déjame! Leonardo me lastimas –Paola se soltó.

–¡Déjala! ¡Oye déjala! –gritaron las muchachas.

–¡Cállense! –exclamó Leonardo con cólera– Ustedes no saben nada de nada.

–¡Ay! ¡Nada de nada! –se burlaron.

–¡Por favor! ¡Suéltame! –dijo Paola, respirando con dificultad– no tenemos nada que hablar.

–¡Como que no? El sábado estamos bien, y hoy ¿Qué pasa? –su voz descendía a la serenidad– ¡Dime! ¿Tienes problemas con tu tía?

–No, son otras cosas, son otras cosas –dijo sin mirarlo, caminando hacia su salón de clases.

–Pero, ¿Qué cosas? –Leonardo caminó tras ella– ¡Paola...!

–No hay nada que hablar –su voz era franca– no me molestes.

Una muchacha llamó a Leonardo.

–¡Hola! compañero, tenga, olvidó su casaca en el monumento.

–¡Gracias! –dijo Leonardo, volviendo a mirar a Paola que estaba por ingresar a su aula.

Leonardo corrió y la alcanzó en la puerta.

–Tenemos que hablar –dijo desesperado.

–¡No! ¡Por favor! –sus palabras tenían una voluble tonalidad.

–Iré entonces más tarde a tu casa.

–No vayas, mi tía no quiere verte.

–Entonces es por...

–No, no es por mi tía. Es por otra cosa.

–¿Por qué no me dices de una vez qué pasa?

El timbre sonó. Leonardo comprendió que el tiempo lo abandonaría en una agonía insalubre. Tenía que encontrar una respuesta.

El auxiliar se acercaba por el pasadizo.

–Estoy embarazada dijo casi suspirando, dio media vuelta y corrió al interior de su aula.

–¿Qué? –su voz quedó en el aire como un murmullo que se perdía en el eco de su pecho! – “Paola está llorando” –creyó adivinar.

Todo se derrumbaba irremediamente, el motivo de su sonrisa, la fuerza de su vida. Por un momento el silencio de la soledad invadió el interior de su ser. Sus oídos dejaron de escuchar el ruido atroz de las carpetas, sus ojos de ver la luz del sol. En ese abandono la angustia aparecía como una mano negra que le tapaba la boca. ¿Por qué? ¿Por qué todo se iba tan pronto? ¿Por qué?

CAPITULO VI

“Estás jugando conmigo, me quieres quitar las fuerzas que ayer tenía. Creíste que caería en la trampa de tu embarazo. Ahora sé que todo eso fue una mentira. ¡Qué tontería! Te miré por la ventana, escupiste como veinte veces al piso, según tu dramatismo eran malestares del embarazo. ¡Qué rara eres! No puedo entenderte. Si el sábado de alguna manera decepcioné tus propósitos ¿Por qué no me lo dices? ¿Por qué callas cuando tienes todas las posibilidades de decir la verdad? ¡Hay amor! Yo que pensé que eras el amor de mi vida.

Te fui a buscar a tu casa, salió tu prima y me dijo que no estabas. Volví a los diez minutos y al tocar la puerta, me gritaste desde el interior: ¡No molestes! Seguro me miraste desde el balcón, sino, ¿Cómo pudiste saber que era yo?

Nos hemos visto cuatro veces desde aquella vez, nos hemos mirado sin hablarnos. Me duele tener que decirlo, pero creo que te he perdido para siempre, sin saber el motivo.

Esta carta es la muestra fiel de mi nostalgia. No voy a negar que te amo, no voy a negar que estas noches no voy a poder dormir. Me has hechizado, sin embargo, quiero romper este lazo que me enloquece, voy a romper este papel, lo meteré en un hueco sin fondo, detrás iré yo. Entonces tú ya no existirás, estaré libre de tu hechizo...a lo mejor...¿Y si es tan potente? ¿Si a pesar de la distancia sigo enamorado? Ah, mejor no digo nada, me quedo callado, callado pero no mudo.

000 O 000

–¡Eres un idiota! –dijo Antonia con rabia– no pareces un hombre de verdad.

–¡La idiota eres tú! –contestó Leonardo exaltado– ¿Creíste que en verdad te buscaría? No me hagas reír, si ese día te acompañé fue por lástima ¿Crees que lo hice por tu cara bonita?

–¡Sonso! ¿Quién crees que soy? –la palma de su mano sonó en el rostro de Leonardo– No soy una cualquiera.

–Ah! Ahora te la das de santa –dijo cogiéndola con fuerza de ambas manos– quieres trabajarme de pura y casta, después que has andado con uno y con otro. A mí no me vas a venir con arrebatos, agradece que no estoy con ganas, de lo contrario no sé qué te haría.

–¿Quieres golpearme? ¡Hazlo! –Antonia se liberó de las manos de Leonardo– Sólo eso te falta para ser un cobarde, un completo maricón.

–Esto ya me cansó –exclamó furioso Leonardo, cogiéndola del cuello con ambas manos– tú no me conoces, nunca me has conocido, ¿Crees que soy tan imbécil como para dejarme retar por una pobre y ridícula mujer? Te has equivocado. ¡Serrana de mierda! Conmigo te jodiste.

–¡Suéltame! –su voz era un rugido ininteligible.

Leonardo soltó sus manos del cuello de Antonia. No quiso mirarle a la cara.

–¿Querías matarme? –dijo abatida, como si una ola hubiese estado a punto de ahogarla.

–No. ¡Imagínate! yo querer matarte –su respiración era acelerada– desaparece de mi vista, no quiero verte, ¡Vete! Desaparece...

–Eso no decías antes –contestó llorando.

–Pero ahora te lo digo. ¡Lárgate! ahora mismo. No vine aquí a escuchar tus confesiones.

–Prefiero morirme de hambre, que seguir cerca de ti.

Leonardo quedo callado, conmocionado, avergonzado de sí mismo. Actuar de esa manera tan burda, como un bandolero. “Soy un lunático” –pensó–.Después, el ladrido dispar de los perros ocasionaron en él un temor inexplicable a la muerte. Dos piedras rebotaron en

la vereda, deteniéndose junto a los zapatos de Leonardo. Pudo notar en la oscuridad que una sombra se ocultaba detrás de los árboles. Volvieron a caer dos piedras más. Leonardo se levantó, hizo la señal de la cruz y abandonó el parque.

000 O 000

–¿Por qué me suceden estas cosas justamente a mí? –exclamó Leonardo.

–Hay que tener paciencia –contestó Ricardo.

Estaban sentados en las gradas del monumento, observando el alboroto cotidiano de los escolares a la hora del recreo. Algunos compañeros de su aula jugaban fútbol, apostando como premio una Coca Cola helada.

–Soy un desgraciado en el amor.

–El amor tarda pero llega.

–Eso no funciona conmigo –dijo Leonardo, esquivando una pelota que estuvo a punto de caerle en la cara– tú has sido testigo de a cuantas chicas he querido “afanar”, y nada. Ahora que Paola parecía mi salvación, sucede esto, como una maldición fantasma. El amor sigue tardando.

–Ya verás que no, a lo mejor te vuelves enamorar y listo, la olvidas.

–No creo, a Paola la amo demasiado para olvidarla. Ha sido mi primer amor. Al primer amor nunca se olvida.

– A ningún amor se olvida.

–Tal vez tengas razón, pero a ella la recordaré con una devoción especial. ¡Es tan bonita!

–Bueno sí –dijo Ricardo casi sonriendo– te doy un consejo de amigo. No te sientas derrotado, si crees que tu amor es grande lucha hasta el final, habla con ella, de repente lo que ha sucedido es sólo una prueba de amor. Lucha por ella, no dejes que una batalla destruya la alegría de un verdadero amor.

–¡Si fuera tan fácil como lo dices! ¡Si fuera tan fácil!

CAPITULO VII

A lo lejos pudo darse cuenta que Paola lo miraba. Estaba con ropa de calle, parada en la puerta de su aula. Leonardo caminó, quería compartir su felicidad luego de ser juramentado como Dirigente Estudiantil, pero aquella ilusión era sólo una esperanza. Paola al verlo acercarse fingió un desinterés amenazante. Al notarlo, Leonardo quiso cambiar de rumbo, sin embargo al ver a la hermana de Felipe que salía, él también disimuló.

Conversó un breve momento, mientras miraba a Paola de reojo. Después cuando Juana se despidió, Leonardo arriesgó su decisión.

–Quiero conversar contigo –su voz temblorosa ocasionó en Paola un extraño absorbimiento.

–Te he dicho ya –contestó sin mirarlo– no tenemos nada de qué hablar.

–Siempre hay algo que conversar –dijo Leonardo buscando mirarla a los ojos– quiero decirte por ejemplo que estas últimas noches no he podido dormir pensando en ti, en tu mirada, en tu sonrisa ¡Tan tierna!

–No te creo –contestó mirándolo de manera muy fugaz.

–¿Por qué? ¡Te amo! Desde el lunes que dijiste esas cosas, que no sé si son ciertas, desde ese día mi vida ha cambiado, no soy el mismo de antes. En las tardes cuando escucho clases, tú eres mi única razón de ser.

–No te creo –volvió a decir esta vez mirándolo a los ojos. En el patio, frente al escenario de actuaciones, los alumnos bailaban celebrando el día de la juventud.

–¿Te han contado algo de mí? ¿Por qué dices que soy un mentiroso?

–No lo sé, pero...

–Pero, qué? ¡Dímelo! –Leonardo sintió que el telón de la oscuridad estaba punto de cerrarse.

–No me hagas caso, no es nada –dijo Paola en tono confidencial.

–Yo sé que te han dicho algo de mí.

–Te equivocas, no me han contado nada.

Un muchacho alto de uniforme, cruzó el patio mirando a Paola.

–¡Qué guapo! –exclamó ella como si pensará en voz alta.

–¿Qué? –dijo Leonardo fingiendo no haberla entendido.

–Nada –respondió– nada que debas saber.

Esta vez el silencio los sucumbió en una muda sensación de desamparo. Era como si esperasen alguna sentencia inquebrantable, donde las posibilidades y casualidades no servían de nada.

–¡Estás bonita! –dijo Leonardo.

–¿Si? No me había dado cuenta –contestó con tosca tonalidad.

–¡Vamos a bailar! –dijo Leonardo optimista.

–Te he dicho que no puedo –interrumpió Paola enojada– ¿Acaso eres sordo?

Leonardo la miró con recelo. Se sintió humillado, sin poder liberarse de esa esclavitud que lo atormentaba con sus tentáculos espinosos, ásperos como el dolor de no ser amado.

–Está bien –contestó burlonamente– no voy a seguir jugando al gato y al ratón. ¡Adiós!

Se alejó desechando las pocas esperanzas que hasta ese instante habían sobrevivido en su alma. Se alejó y en cada paso fue sintiendo que retornaba al punto cero de donde había empezado su sueño.

Paola ingreso a su aula y se puso a llorar.

–¿Podemos bailar? –preguntó Leonardo, a una muchacha de pelo suelto, la cual al principio lo miró de forma despectiva, sin embargo, luego asintió con la cabeza.

– Nos hemos visto antes –dijo Leonardo– pero nunca nos hemos hablado.

La muchacha fingía no escucharlo.

–¿Estás molesta por algo?

– No –bailaba mostrando aburrimiento.

–¿Cómo te llamas?

–María –respondió secamente.

–Nunca he conocido a una chica tan linda con ese nombre, y tan enojada. Pero no te preocupes, así me gustas más.

La muchacha parecía impermeable a cualquier palabra.

–¿Estudias con Paola?

–Sí, estudio con ella.

–¿Son amigas?

–¿Con esa? –contestó con desprecio– es una creída, se las da de chévere, “la más más”.

–¿Te llevas bien con ella?

–No, nadie se lleva bien con esa.

Leonardo miró la ira contenida en el rostro de la muchacha y se dio cuenta que no era fingida.

–Tú eres su enamorado. ¿Por qué me preguntas esas cosas?

–No –contestó Leonardo con ridícula sumisión.

–Ella dice que sí.

–Fue hasta algunos días –dijo Leonardo– pero ahora ya no. Me da cólera que se me haga la difícil, después que...tú me entiendes. –La muchacha sonrió.

–¿Podemos bailar después? –preguntó Leonardo cuando la canción terminaba.

–¡Tal vez! –contestó– pero me da un poco de miedo porque Paola me puede pegar.

–¡No creo! –rió Leonardo.

–Yo sí –dijo la muchacha– ella es capaz de todo.

000 O 000

–Cuando la vi embarazada suspiré de alegría. De la que me he salvado dije. Se volvió fea, más de lo normal, toda huachafa en su forma de vestir. La encontré en el mercado y me quiso pasar la voz, pero me hice el que no la vi. A los pocos días empezó a ir a mi casa, según ella quería ayudar a mi mamá. Te juro que no la podía soportar. Desde ese día empecé a tener fobia a las mujeres embarazadas.

–¿Y después que tuvo su chibolo?

–Afortunadamente los primeros meses no la vi. Su marido la llevó a la sierra.

–Serrano, tenía que ser el desgraciado.

–Pero no estuvo mucho tiempo, a los cuatro meses la volví a ver. Su marido la había abandonado. A la pobre nadie le quería dar trabajo, con el chibolo que lloraba por cualquier

cosa, al mínimo ruido se despertaba. Además era feíto, según ella se parecía a su padre. ¡Tenía unos pelos! ¡De punta! Los vagos de mi barrio me fastidiaban: “Es tu hijo, igualito a ti”. ¡Me daba una rabia!

–¿Qué? ¿No se parecía a ti?

–¿Tú también? No seas tan ciego, yo soy crespo, bueno al menos no soy erizo.

–¡Qué humilde eres!

–A pesar que ella sabía lo que era el sufrimiento, no se compadecía de su madre. Mientras estuvo soltera trabajó sólo para divertirse, no le importaba que la pobre señora no tuviese que cocinar para sus hermanos pequeños. Después cuando tuvo el hijo, recién recordó que tenía mamá, pero sólo para fregarla. De todas maneras una madre nunca deja de querer a sus hijos, sino ¡Imagínate! ¿Dónde habría tenido que ir a parar? Y todo por no saber pensar.

–Si pues, así es la vida.

CAPITULO VIII

Las alumnas empezaron a salir de forma desordenada, mientras afuera los alumnos hombres se agrupaban hacia ambos lados del portón, formando una especie de callejón humano. Era la reiteración de todos los días. Algunos alumnos llamaban a sus enamoradas, conversaban mientras las acompañaban a la esquina. Leonardo platicaba con Eduardo y José, en la cola de aquel callejón que poco a poco se iba dispersando, mezclando alumnos y alumnas. ¡De improviso! Leonardo escuchó una voz que lo llamaba entre la gente, sin poder captar de donde provenía.

–¡Ven! Quiero conversar contigo –dijo la muchacha, esta vez parándose a unos cuantos pasos de él.

Leonardo reconoció aquella figura, su corazón empezó a latir con fuerza. Era Paola quien lo llamaba.

–Sí –dijo tratando de adivinar el motivo de aquel llamado.

–Quiero pedirte una cosa –dijo categórica– no quiero que vuelvas a mencionar mi nombre en tus conversaciones estúpidas y menos si es para hablar mal de mí.

–Yo nunca he hablado mal de ti –respondió Leonardo sonrojándose.

–Sí, nunca, ¿Y lo del viernes? –su voz era amenazante.

–¿Qué?

–No te acuerdas, María me lo ha contado todo, le dijiste muchas cosas y entre ellas que soy una cualquiera.

–Yo no le dije eso –contestó Leonardo contrariado.

–No lo niegues, no te sirve de nada. Además, ¿Por qué te atreviste a ir a mi casa? ¿Qué tal si hubiera estado mi tía? ¡Con esa pinta de borracho que tenías!

–¡Perdóname Paola! No debí hacerlo.

–¿Recién te das cuenta? A lo mejor no te acuerdas lo que me dijiste: “No te hagas la difícil, bien que eres fácil” ¿Tú crees que eso tenga perdón? Ir a insultarme, sólo a eso. ¡Por favor!

–Lo dije sin pensar –dijo Leonardo agachando la cabeza.

–¿También lo dijiste sin pensar a María? Te perdono que me lo hayas dicho a mí, ¿Pero a María? Toda la mañana me han estado molestando con eso.

–Yo no le he dicho nada.

–No mientas porque la puedo llamar.

–No es necesario –dijo Leonardo admitiendo su error- ¡Perdóname!

–¡Nunca! –dijo Paola como si hubiera estado esperando ese momento para retirarse– ¡Nunca te lo voy a perdonar!

Leonardo volvió agachar la cabeza y se cogió la frente como si estuviese propenso a un desmayo.

–¿Qué pasa Leo? –preguntó Eduardo al acercarse– ¿Otra vez problemas con las mujeres? No les hagas caso.

–¡Búscate otra! –dijo José.

–No pasa nada compañeros –dijo Leonardo caminando– es sólo una piedra en el camino.

–No la patees –rió Eduardo– déjala que otro la recoja.

Leonardo simuló sonreír. “¡Es el fin!” –pensó queriendo llorar.

CAPITULO IX

Eran los primeros días de noviembre, Leonardo caminaba solo por el patio. Se sentía como un guerrero vencido, derrotado por un enemigo que jamás había conocido. Recordaba a Paola con extraña nostalgia, como si fuera la razón de un padecimiento voluntario. Las fuerzas se le estaban agotando. Sentía que había experimentado demasiadas cosas en tan corto tiempo. Pretendió incluso renunciar a la dirigencia estudiantil, pero el deber de la responsabilidad jurada se lo impidió. Aquella mañana en el silencio de las horas de clases, sus pasos emitían un sonido nítido y diabólico, como si fuesen ecos de una voz moribunda que luchaba contra la muerte. No existía el mismo entusiasmo, era todo como un pozo de barro de donde se habían extirpado las riquezas más maravillosas. No quedaba nada, solo un espacio vacío difícil de llenar con esperanzas.

En la Dirección lo esperaban Eduardo y Felipe desde hacia media hora. Estaba llegando con un retraso inusual. Ese día iniciarían una campaña para la ampliación de la Banda de Músicos. No encontraba excusas válidas, decir que se hizo tarde por pensar en ella, por recordar sucesos desteñidos por la melancolía, decir que cada vez que caminaba por el patio tiene ganas de llorar, ¿Quién lo comprendería? ¿Quién podría ayudarlo?

Luego de ingresar a todas las aulas, Leonardo podía por fin sonreír. La campaña había sido un éxito. Con el dinero recaudado podrían comprar dos trompetas. La hora del recreo lo sorprendió sacando cuentas en la Sala de Profesores. No sentía ganas de salir al patio, al contrario, quería que el tiempo dejase atrás aquel recreo que ya no era su aliado sino su enemigo. Por un momento aquella apatía se desvaneció, se dio cuenta que por una mujer no se podía acabar el mundo y mucho menos la rutina de su vida. Salió de la sala caminando entre el desorden de las alumnas, buscando a sus amigos que habían desertado para encontrarse con sus respectivas musas. Aquel repaso, sin embargo, le lanzó un dardo venenoso, justo antes de sentarse en las gradas del monumento. ¡No podía creer lo que veía! era peor que una pesadilla de medianoche, inaceptable, absurdo y hasta traicionero. Ricardo con ella, abrazados, caminando por el patio, sin importarles la gente ni el qué dirán.

–¡Hola! –saludó Ricardo sonriente.

Paola rió, lo miró con espanto, como si Leonardo fuese un payaso mal pintado. Su orgullo era una tela negra que tapaba sus ojos. Se sentó, recostándose contra el monumento, observando absorto la claridad del cielo azul.

–¡Pobrecito! no se lo merece –dijo una muchacha a modo de comentario– ¡Pobre muchacho!

Leonardo la reconoció, era María. Quiso llamarla, pero no sabía para que, todo estaba perdido: el tiempo, el amor, su vida, sus sueños...todo.

000 O 000

–Es una pena –dijo Jorge.

–Sí –contestó Leonardo arrancando la etiqueta húmeda de la botella– es una muerte demasiado fea.

–Toda muerte es fea –contestó Jorge.

–Tienes razón, pero de todas maneras no es común una desgracia así, la gente pobre es por lo general la más expuesta a esas cosas.

–Sí y sobre todo por donde ella vivía.

–¡Claro! Casas de esteras, mejor dicho “chozas”, todas apiñadas.

–Se hubieran salvado si hubiesen tenido agua, pero desgraciadamente es lo que menos tienen. ¡Pobres! Esa gente tiene que comprar agua por baldes de los camiones cisternas, y eso da cuanto más para dos días porque no hay dinero suficiente.

–Parece mentira que los cuatro hayan muerto carbonizados. ¡Qué horrible!

–Si pues, así es, sabemos el día que nacemos pero no el día que vamos a morir.

Conversaban sentados junto a una mesa forrada con un plástico de colores y roto. Leonardo tomaba con pausa cada vaso de cerveza, saboreaba cada trago con una parsimonia inspiradora. Jorge dispuesto a seguir platicando, tarareaba los boleros de Lucho Barrios.

–¡Provecho! –gritó Eduardo que pasaba por allí.

–¡Oye! ¡Vengan! –dijo Leonardo al ver también a José– ¡Vengan! no sean quedados – gritó saliendo hasta la puerta.

Eduardo y José aceptaron la invitación.

–¡Pasen zanahorias! –dijo Jorge– El otro día se corrieron, no aceptaron ni un vaso.

–No tomen tanto –dijo José cogiendo una silla para sentarse– mucha cerveza hace mal.

–A uno que es sano lo alimenta –contestó Leonardo sentándose.

–¿Qué festejan? –preguntó Eduardo recibiendo la botella de manos de Jorge.

–Nada, al contrario. Estamos de luto –contestó Jorge.

–¿Por quién? –preguntó José.

–¿No sabes? –exclamó Jorge– ¿No sabes que anoche murieron cuatro personas en la zona de Indoamerica?

–Sí, he leído en el periódico. Ya veo que buscan cualquier pretexto para tomar.

–No es eso, lo que sucede es que entre los muertos se encontraba Antonia.

–¿Quién? ¿La paisana? –exclamó Eduardo.

– Sí –contestó Jorge– ella misma. Anoche se le incendió su casa.

–Es una lástima –murmuró Eduardo saboreando la cerveza.

–No te endulces tanto con el vaso –pidió Leonardo– pásame la botella.

–Entonces te quedaste viudo –sonrió José mientras observaba la forma desesperada en que tomaba Leonardo.

–¿Viudo? –dijo Leonardo golpeando el vaso contra la mesa. Esa mujercita se me hacia la estrecha.

–¿Y Paola? –preguntó José cogiendo el vaso.

–No le hables de ella –dijo Jorge– porque van hacer necesarias varias “chelas” para que te contesté.

–Paola también ha muerto –contestó Leonardo– para mí ya no existe. Es como un fantasma de la ultratumba.

– ¿Ha muerto? –rió Eduardo– En la mañana lo vi con un tipo que no quiero mencionar su nombre.

–Sí –dijo Leonardo recibiendo la botella casi vacía– por eso mismo ha muerto. Me quiere sacar pica con Ricardo. ¡Qué tonta!

–Ah! Por ella estabas tomando –dijo José– ayer fue por Paola y hoy por Antonia. Estás de malas hermano.

–Parece que sí –respondió Leonardo dejando vacía la botella– un parcito más de cervezas –gritó golpeando la mesa– y por favor ponga un boquerito de Iván Cruz. He querido renunciar al cargo –bebió cerrando los ojos– pero, ¡Carajo! por una mujer no voy a joder mi vida, que se jodan ellas, pero porqué yo.

–Tienes razón –dijo Jorge– a las mujeres no hay que tomarles mucha importancia porque si no se te revelan.

–Estás en lo cierto –contestó José dejando espacio para que la señora coloque las botellas– creo que por ese gusto...un par más señora –dijo metiéndose la mano al bolsillo– creo que todavía hay algo de plata.

Leonardo escupió al piso, sintió que los ojos se le nublaban, quiso llorar, gritar que su amor era Paola, que la amaba, pero se contuvo. “No te voy a dar el gusto –pensó– no me vas a derrotar”. La estrofa de un bolero fue repetida en coro:

“Mujeres mejores que tú las encuentro por la calle, eres mala y sin prestigio por eso ya no te quiero...”

SEGUNDA PARTE

CAPITULO I

Estaba sola, tendida en la cama con colchón de espuma, recorriendo con su mirada las paredes recién pintadas, el estante con libros encuadernados que jamás siquiera por curiosidad los había hojeado. Observó sobre el escritorio el porta-retratos con borde dorado, se levantó, dio dos pasos y logró cogerlo. Volvió a su cama, echada boca arriba colocó el retrato sobre su pecho. Miró con detenimiento la foto de colores, se imaginó niña, luciendo aquel peinado con cerquillo y aquel vestido amarillo el cual se puso para posar en la foto. Recordó las caminatas de la mano de su padre por las calles de Chiclayo, el parque, el mercado, las tiendas de juguetes, la muñeca de pelo rubio que le regalaron en navidad cuando tenía ocho años y vivían como una verdadera familia, en la inmensa casa junto a la Corte Superior de Justicia. Su mente la transportó a un mundo de ensueño y pudo ver a sus hermanos corriendo por la azotea de la casa, mientras ella manejaba su bicicleta. Su abuela la reprendía: ¡Cuidado niña! ¡Te vas a caer! palabras al vacío, pues seguía dando vueltas sin importarle los consejos a nieta consentida.

Un recuerdo traumático opacó sus visiones, cerró los ojos quedando sumida en la oscuridad de la desesperación, sintió que la respiración se le aceleraba y entonces vinieron a su encuentro imágenes tenebrosas: sus padres discutiendo a la hora del desayuno, en acciones entrelazadas como parte de una misma rutina. Su madre iracunda arrojaba la taza de café contra su padre. Ella aún niña sin poder entender las discusiones. Luego su padre sacando su maletín de viaje, saliendo a toda prisa. Llantos, gritos, ella tras él. Un sonido funesto, el automóvil era acelerado por un conductor enfurecido que se iba sin saber el día que volvería. Silencio, una pausa para entender que la realidad empezaba a convertirse en dolor.

Abrió los ojos llorosos, su foto de niña volvió aparecer, esta vez como si fuese un espejo del pasado. Pensó en su madre, en el sufrimiento de un hogar acéfalo, en las vanas esperanzas que tenían cada vez que llegaban cartas de Lima. “Es de tu papá les manda algo de dinero y muchos saludos”. El regreso se iba haciendo cada vez más lejano y difícil. Los años pasaban y las cartas borraban cada vez más el retorno, la alegría o el simple orgullo de decir: “Papá”.

Al levantarse de la cama colocó el porta-retratos en su lugar, buscó entre los libros el símbolo de su angustia, cuando al fin pudo hallarlo volvió a su cama, era la foto de su padre el día del ascenso a Capitán del Ejército. ¿Qué hará? Era un año desde la última vez que lo vio. ¿Dónde estará? ¿Por qué tuvo que irse? Mi madre no lo comprendía, se sentía su dueña, segura de que era amada con devoción. Ciega, no se daba cuenta que esa vanidad la estaba alejando cada día

más de su verdadera felicidad. Nos arrebató el cariño de padre, a cambio tuvimos que soportarla con sus desvanes histéricos, sus noches de insomnio. “Si mi padre se hubiera quedado con nosotros, hoy no sería lo que soy”.

000 O 000

“No es por ella que sufro, sé que es algo más trascendente, sé que me entristezco por una cuestión más sensible. La melancolía de separarme de mis buenos amigos de colegio, de dejar estas aulas sabiendo que jamás volveré como hoy, con este uniforme desteñido por el tiempo, con esta forma incipiente de pensar. Ayer, cuando al caminar por el patio las suelas de mis zapatos se rompieron, sentí que todo en esta vida tiene un fin. Las cosas no son eternas, tal vez el tiempo tampoco lo sea.

En este salón de clases, entre estas cuatro paredes rayadas por la miseria, el calor de la primavera que se avecina me hace sudar de impotencia, por ratos quisiera repetir el año, hacer que mis amigos deseen lo mismo, pero ¿El futuro? Existe más allá, está esperándonos. Cuando hayamos abandonado estas aulas, nuestros caminos serán distintos, cada uno será un caminante solitario, algunos tropezarán con piedras y no se levantarán, otros correrán saltando los huecos y barreras que se interpongan en su ruta y otros se quedaran mirando sin arriesgarse a caminar.

El profesor trata de explicar el sentido de la filosofía y yo no entiendo ni jota sus preceptos. Tampoco quiero esforzarme por comprenderlo. La vida no es una clase de filosofía, se podría decir mejor que la filosofía es una clase de la vida. Cada cual tiene sus propias ideas, sus íntimos pareceres, nadie puede cambiar el destino de nadie, si éste no lo quiere. “Conócete a ti mismo” decía Sócrates, sospechando que el conocimiento empieza por uno mismo, por descubrir nuestros defectos y virtudes que nos hacen seres imperfectos. Eso nos conduce a buscar la perfección de una manera distinta. Todo esto está contra las leyes y métodos universales, donde no siempre es el que más sabe el ganador, a veces es necesario simplemente conocer un poco de nosotros mismos.

Yo no tuve la suerte de conocerla, saboreé sólo parte de sus virtudes, no llegué a descubrir que detrás de su sabor sensual se escondía un sabor picante y agrio. Ahora que no puedo estar con ella empiezo a conocerla, empiezo a darme cuenta que a pesar de sus defectos la sigo amando, a pesar de su olvido la sigo recordando como el día en que la besé por primera vez”.

CAPITULO II

Cuando el escándalo era inevitable, su madre decidió gestionar el traslado. Aquellos últimos días los comentarios antojadizos y mordaces amenazaban expandirse por todo el colegio. Paola a sus quince años no medía las verdaderas consecuencias, trataba de adaptarse en vano a una forma de vida que no le hacía ningún bien. Su madre fiel a sus preceptos tradicionales, puso término a toda aquella maraña de vergonzosos sucesos: el traslado. Tendría que abandonar Chiclayo, estudiar en Trujillo, vivir en casa de su tía hasta que el tiempo pudiese borrar parte del escándalo, de aquel amor prohibido.

En el despertar de su juventud aquellos sucesos la marcarían toda su vida. El matrimonio estuvo muy cerca, se hubiese concretado si la decisión de su madre no lo hubiese impedido. Ella vio con horror la consolidación de un compromiso promiscuo, donde su posible hierno doblaba la edad de su hija. Además del qué dirán, la hija seducida por el profesor, algo inaceptable para su naturaleza recatada.

Fueron las compañeras de clase quienes empezaron a sospechar, a darse cuenta que entre miradas y guiños siempre existía una confianza más privada; entonces todas aquellas apreciaciones se divulgaron de manera antojadiza, al gusto de quienes las contaban. El Director del colegio no quería, ni tampoco aceptaba dar fe a los rumores, pero las evidencias notorias no podían engañar, esto era ya un escándalo y una mala fama para el colegio. Esperarían el fin del semestre para expulsarla de una forma diplomática. Es por eso que cuando se solicitó su traslado se lo concedieron inmediatamente, sin las usuales demoras.

–Te vas –le dijo su madre– no puedo arriesgarme a que la gente hable más, ya tengo suficiente con lo que comentan de mí.

La decisión estaba tomada. Una noche a finales de julio, Paola se despidió de casa, sin llanto ni tristeza, se despidió de sus amigas con la serenidad de un hasta luego. El profesor no estuvo en su pensamiento cuando al pasar frente al parque Quiñones una mano temblorosa le dijo ¡Adiós! En el fondo sentía que estaba huyendo de una sombra fantasma. Ese era su remedio, el consuelo casual de su lejanía.

Al llegar a Trujillo, sus ilusiones de niña consentida se desvanecieron. Pensaba que viviría en una urbanización, llena de parques y carros del año, de amigos deseosos de invitarla a pasear en bicicleta, mas al bajar del taxi frente a la casa de su tía, lo único que pudo observar fueron calles de arena, casas sin pintar, niños que corrían descalzos tras una pelota sucia. La decepción se transformó en costumbre, pronto aquellas ilusiones soñolientas le hicieron abrir los ojos hacia una realidad palpable.

Poseía una vanidad heredada de su madre, creía falsamente que el mundo estaba obligado a complacer sus caprichos. Aquel egocentrismo le significó al inicio el no tener amigas. La mayoría de compañeras de clases le profesaba adversidad, la consideraban como un bicho raro que creía que todo le pertenecía. Las pocas muchachas con las cuales se reunía expresaban una tosca madurez, con una forma libertina de encarar el amor, y es que Paola no encontraba en aquel tumulto de caracteres ninguno afín con el suyo. Ella era diferente, tenía momentos en los cuales recapacitaba sobre sus errores, consideraba que el amor no podía ser un pasatiempo ni una diversión ocasional como repetían sus amigas cada vez que las increpaban las formas poco honestas de tratar a sus enamorados.

000 O 000

El rumor del río se confundía con el bullicio de los escolares. La lejanía de la ciudad, la caminata para llegar, el aire puro, todo confluía para fertilizar amistades hasta ese momento difíciles.

Leonardo despertó aquel día con una abulia desconocida que se fue haciendo crónica en el trayecto. Sin ánimo de caminar fue el último en llegar.

“Es feliz” –pensó al ver a Felipe abrazado de Juana. Por primera vez se dio cuenta que se estaba quedando solo entre tanta gente, solo como un perro muerto en la esquina de una calle pestilente. Miró a sus compañeros correr, jugar al fútbol en el campo verde de la antigua Cooperativa Santa Rosa, otros se bañaban en el río tirándose desde el pequeño puente. Tuvo ganas de sentir esa felicidad, pero al pensar en Paola, sus deseos desaparecieron. No la había visto en el colegio a la hora de salir, ni tampoco la veía en los alrededores. Era probable que hubiera desechado la idea de pasar un día de campo. Quiso llorar, un extraño impulso se lo impidió: “Ya no soy un niño”, el llanto era para los niños, no para los hombres de su edad.

–¿Qué te pasa? –preguntó Susan interrumpiendo sus pensamientos– ¿Por qué estás tan solo?

–No tengo nada –sonrió Leonardo de mala gana– sólo estoy descansando. ¡Siéntate! –limpió con la mano un espacio del tronco sobre el cual estaba sentado.

–¿Estas triste por algo? –preguntó Susan al sentarse.

–No, no tengo nada porque preocuparme.

–¡No sé!, como estás separado de tus amigos.

–Así soy –contestó– me da un poco de miedo la multitud.

Miró a Susan, sus cabellos revoloteados, su cara sudorosa con algunas espinillas. Se dio cuenta que en aquel rostro existían reminiscencias oscuras de Paola, como si el rostro de Susan fuese una réplica burda y grosera de la belleza delicada que lucía el cariz de Paola.

–¿Cuántos años tienes? –preguntó Leonardo.

Susan quedó callada, indecisa a contestar.

–No me digas qué no te gusta decir tu edad –dijo Leonardo en tono irónico– porque entonces si que empezamos mal.

–Tengo quince –contestó Susan.

–Me gustan las mujeres como tú. ¡Sabes! Me da cólera cuando una chica evita decir su edad, no me explico la razón, al menos yo lo tomo como una señal de inmadurez y de inseguridad. Si, eres una verdadera mujer, el hecho de que tengas quince, veinte o treinta no te quita nada, por el contrario, los años dicen mucho de una persona, son el reflejo de su experiencia en el mundo.

–Tienes razón –contestó Susan sonriendo– por lo que veo, tú no tienes ningún reparo en decir tu edad.

–Así es, tengo dieciséis, no me avergüenzo ni me enorgullezco, a lo mejor me comporto como un niño pero esa es mi realidad –Leonardo dibujó el 16 en la arena.

–Somos casi de la misma edad –sonrió Susan.

–Sí –dijo él dibujando el número quince para sumar– si nuestras edades pudieran juntarse tendríamos treinta y uno –rió, dibujando esta vez un corazón alrededor de los números.

Susan no pudo contener la risa, se tapó la boca con las manos, borrando al mismo tiempo con su zapatilla los números graficados en la arena.

"Es una niña muy tonta –pensó Leonardo al mirarla.

–¿Tienes enamorado?

–No –dijo ella sonrojándose– nada que ver con el amor. Además todos los chicos que me han insinuado algo, no han valido la pena.

–¿A qué te refieres?

–Bueno, no han sido inteligentes, no me refiero a que saquen buenas notas, creo que hay aparte del estudio, momentos en que una persona puede demostrar que es inteligente.

–¡Claro! –dijo Leonardo sin entender aquellas apreciaciones de Susan– entiendo perfectamente.

–Y tú, ¿Tienes enamorada?

–No.

–¿En serio?

–Lamentablemente.

–No te hagas –dijo Susan levantando la cabeza para mirar las hojas secas que caían del algarrobo– ¿Y Paola?

–Una buena amiga, nada más que eso.

–Mentiroso. Ella ha sido tu enamorada.

–¡No es cierto! –dijo casi mecánicamente, luego cuando se dio cuenta que esa negativa podría ser considerada por Susan como una incitación a iniciar algo sentimental se rectificó– Bueno, éramos enamorados.

–Lo tenías escondido –dijo Susan como no esperando aquella afirmación– lo querías negar como si no se supiera.

"Si sabes. ¿Para qué preguntas?" –quiso contestar Leonardo.

–Y compadre! ¿Qué hay de nuevas? –dijo Felipe.

–Nada –contestó Leonardo pensativo– nada.

–¿Cómo que nada? –contestó Jorge– has estado durante todo el paseo con ella, y no ha pasado nada, ¡No jodas!

–Sólo conversábamos –dijo Leonardo.

–¡Que marica! –exclamó Felipe– la chibola quiere contigo.

–Afánala –dijo Jorge– yo sé lo que te digo, ¿O es que acaso no te gusta?

–Casi no –contestó Leonardo.

–Al final de cuentas es mujer –dijo Felipe– tiene su cosita chiquitita –rió.

–Tiene buenos senos –dijo Jorge golpeándolo levemente en la espalda.

–Ya no jodan –gritó Leonardo escandalizado– yo sé lo que hago.

CAPITULO III

Paola quedó callada, sin saber que decir, esperó caminar dos cuadras para volver a conversar. Por un momento la remembranza de aquellos días felices la había enmudecido, sin encontrar en su mente palabras ni respuestas.

–¿Lo has visto? –preguntó mirando atrás, buscándolo– ¿Te has dado cuenta si me ha mirado?

–No –contestó Teresa– no te ha mirado, ha pasado de frente como si no te conociera.

–¿Pero crees?...que aún...¡tú sabes!

–¿Qué aún te quiera? Es difícil, un hombre también tiene su orgullo, que te haya visto con otro y que todavía te quiera es difícil, muy difícil.

–Pero ahora estoy libre, dispuesta a estar con él.

–Puede ser cierto, pero el tiempo pasa y a veces...

–En verdad crees –dijo Paola alicaída– ¿En verdad crees que ya no me quiera?

–Date cuenta –dijo Teresa abrazándola– hay muchas chicas, incluso el día del paseo la pasó con una.

–¿Tiene una chica? ¿Qué has dicho?

–Ese día no se desprendió de...

–¿Quién? ¿Mónica? –preguntó soltándose del brazo de Teresa.

–No, es otra, una blanquita que está en tercero.

–¡Mentirosa –replicó Paola.

–Es la verdad –dijo Teresa– tú debes hacer lo mismo; yo sé que hay muchachos que se mueren por estar contigo.

Paola no contestó, la voz de su corazón no era sonora.

Desde ese día lo único que deseaba era verlo, encontrarlo en los días de actuación, a la salida del colegio, parado junto al portón. Quería creer que el destino los volvería a unir, que un

día podrían amarse sin límites, que todo aquel sufrimiento, en el futuro sería sólo un mal recuerdo, una huella oscura que los nuevos días borrarían.

000 O 000

–Ayer fue Susan a mi casa –dijo Leonardo.

–Sí, ¿Levante al toque o nada que ver?

–Algo, algo –contestó– justo la hora que fue mi mamá había salido, y entonces estaba solo.

–Seguro que al verla no quisiste salir, tenías miedo a una violación a domicilio.

–No –rió Leonardo– estaba escuchando música y de improviso tocaron la puerta, la hice pasar y nos sentamos a conversar.

Leonardo lo miró como si en aquellos instantes ordenase sus pensamientos.

–Primero estábamos conversando cosas sin importancia, del colegio, del día del paseo, de tonterías. Después ella empezó a insinuarme cosas, que comentaban en su salón que éramos enamorados porque siempre nos veían juntos y tantas otras indirectas. Yo le dije que no tenía nada de malo, que tal vez eso no era tan falso, ella se sonrojó, entonces me di cuenta que estaba palteada.

–¿Y qué le dijiste?

– Al verla, así disponible –Leonardo se rascó la cabeza– le pregunté: “¿Qué harías si te dijera que me gustas?”, no supo que decirme, se puso más roja. “¿Qué crees que diría?” –me preguntó. “No sé”, le contesté.

Leonardo silbó a una muchacha que pasaba por la vereda de al frente.

–Como me di cuenta que lo estaba haciendo muy difícil, me arriesgué y le dije: “En serio, Susan, ¡Te quiero! ¡Me gustas!” Fue entonces que se ruborizó tanto que se puso a llorar.

–¿Y qué te dijo?

–Que lo pensaría, que antes de darme una respuesta quería estar segura de lo que sentía.

Jorge rió tratando de contagiar a Leonardo quien permanecía serio.

–Se hizo la estrecha, bien que quería; y entonces hoy has venido a buscarla, todo un loco enamorado ¿Ya la viste?

–No –contestó Leonardo– ¿Y tú?

–Tampoco.

–¿Eres su vecino y no la ves?

– Hoy no ha salido –respondió Jorge– he estado ocupado, tal vez está en casa de Janet.

–¿Se reúnen siempre allí? –preguntó Leonardo– Susan me dijo que la busque allí o en casa de Gloria.

–Sí –dijo Jorge– creo que los domingos, aprovechando que Janet se queda sola se juntan a morbosearse, ¿Por qué no vas?

–Me da vergüenza –dijo Leonardo observando a lo lejos la casa de Janet– de repente está en su casa.

–Yo te acompaño.

–¡De un rato! –contestó Leonardo mirando que Susan salía de su casa.

–Se va a la tienda –dijo Jorge– ¡Mira! Dice que la esperes.

–¿Tú crees que venga? –preguntó Leonardo saludándola a la distancia.

–Está que se muere por su mariachi, va a venir corriendo.

–Susan, Leo quiero conversar contigo –dijo Jorge– hace rato que no veía las horas de verte.

–¿Qué querrás decirme? –preguntó Susan coquetamente.

–Tú ya sabes –contestó Leonardo con timidez.

Susan sonrió, quería mostrarse seductora.

–La respuesta es positiva –dijo ella.

–¿En serio? –replicó Leonardo, incrédulo y confuso.

–Sí, es en serio.

Leonardo no podía concebir la felicidad de aquel nuevo amor, no sentía que era parte de su destino, era más bien como un hechizo casual, una especie de romance aventurero. Al ver a Susan, parada frente a él, una sensación de tormento lo torturaba. Inmadurez, indecisión de último momento, secuencias de un sentimiento inseguro que amenazaba con extinguirse esporádicamente.

–¡Pasen! –dijo Jorge al abrir el portón– es mejor conversar en un lugar más tranquilo donde no haya tanta gente mirando.

Al entrar Leonardo vio el carro celeste de Jorge. Era un Ford antiguo de los años sesentas que ocupaba casi toda la sala acondicionada como cochera.

–¡Ese gusto que tienes! –dijo al observar el parabrisas decorado con afiches fosforescentes– saca esas figuritas de niño.

–Son adornos –se excusó Jorge con presunción. Abrió la puerta delantera sacando un manajo de llaves– regreso pronto, conversen con tranquilidad.

Leonardo sintió que la respiración se le aceleraba. Miró a Susan y la notó nerviosa. Al escuchar el golpe del portón al cerrarse, un escalofrío recorrió todo su cuerpo.

–¿Qué querías decirme? –preguntó Susan apoyándose contra la puerta delantera del auto.

–Quería saber tu respuesta –contestó Leonardo apocado.

–Ya la sabes –dijo ella.

Leonardo la cogió de la mano, miró sus ojos negros inmersos en un mundo mágico. Percibió una fragancia suave como el limón, suspiró sin hacer ruido. Fue sintiendo que entre sus manos el calor del suspenso lo sofocaba impidiéndole liberarse de aquella forma nueva de sensualidad.

–¡Te quiero! –dijo abrazándola, palpando sus labios húmedos– ¡Te quiero!

Susan ofreció su boca virginal, quiso gritar de felicidad el sentir que un beso le entibiaba los labios. Era su primera vez, su primer sabor de hombre.

Mientras la besaba sin cerrar los ojos, Leonardo imaginaba un mundo blanco, cubierto de un cielo donde volaban mariposas negras. Se veía caminando por un mar brumoso y nublado, temblando de frío, sintiendo que se ahogaba de angustia.

– ¡Te amo! –dijo Susan con los ojos cerrados– Es maravilloso todo esto, me gusta sentirte mío.

Leonardo cerró los ojos como si quisiera escapar de esa realidad. La abrazó con fuerza volviéndola a besar. Comprendió que había momentos en la vida en que se actuaba por un instinto involuntario, no era amor, no era siquiera deseo carnal, no la amaba. Tuvo miedo de dejarla, de decirle que estaba equivocado, que no podía mentirle. Otra vez entre la espada y la pared, aprisionado en aquellas redes imaginarias, inventadas por un corazón desengañado que buscaba refugio en cualquier sonrisa, en cualquier día de campo.

Susan enamorada de un hombre desechado por las virtudes del verdadero amor. A su edad la esencia de su alma emitía una compasión magnética, a la cual Leonardo no podía escapar. Era la primera vez que Susan se enamoraba, las manos le temblaban, su corazón palpitaba a un ritmo febril, haciendo de su cuerpo la expresión serena de su sentir, de su amor y sus sueños.

Cuando Jorge regresó estaban sentados en el asiento trasero del auto, conversando como dos desconocidos que se encuentran en la sala de espere de un dentista. Leonardo le hablaba de sus proyectos, describiéndolos con ásperas frases. Ella lo escuchaba atenta, tratando de mostrarse interesada por todos los detalles, sin embargo, existía entre los dos un vacío difícil de llenar con palabras. Era la falta de correspondencia, la falta de un punto de encuentro común.

Al despedirse Susan lo besó en la boca.

–¡Nos vemos mañana! -dijo al cerrar la puerta.

–¡Nos vemos! –contestó Leonardo sin saber donde se volverían encontrar, sin recordar que ya no eran simplemente amigos.

–¿Cayó en la trampa? –preguntó Jorge al quedar solos– me olvidé decirte que en la guantera tengo un sobre de condones.

–¿Estás loco compadre? –respondió Leonardo– no soy tan cobarde, no la amo. Me he dado cuenta que lo estoy haciendo sólo por pasar el tiempo. ¡No siento nada por ella!

–Pero, normal, hubieras aprovechado en probar, a lo mejor de esa manera te enamoras.

–No, hermano no la quiero, pero debo respetarla.

–¿Qué vas hacer? ¿Decírselo?

–¡No lo sé!, lamentablemente esta vez no se qué hacer. Además estoy un poco cansado, será mejor que me vaya.

–¿Te has molestado por algo? –preguntó Jorge.

–No –dijo Leonardo– sólo estoy un poco confundido. Mañana conversamos con mayor tranquilidad.

–Sí –dijo Jorge abriendo la puerta– parece que ya se hizo de noche. Será mejor que lo pienses bien.

–¡Eso, eso! –sonrió Leonardo dándole la mano– creo que me hace falta un buen baño.

CAPITULO IV

“Profesora, deje de hablar como una tonta, no necesito que me explique tanto, peor me confundo. Déjeme sola con mis pensamientos, deje que mi voz se quede muda para gritar con la telepatía de mi corazón. ¿Por qué tiene que interrumpirme cuando pienso en él? ¿Por qué?. No sea mala, no haga clase, a nadie le gusta la química, bueno a casi nadie. Mi mamá dice que los números son los más fáciles de dominar, pero ella no sabe nada, hace todo lo que no se puede hacer. Que sonsa soy, no sé ni lo que digo. En otras palabras mi mamá hace lo más difícil, ahora por ejemplo me pide que regrese a Chiclayo. Me dice que Fausto ya no es profesor, que se fue de la ciudad. ¿Qué me importa ese tipo?, no tengo ningún motivo para volver, aquí están todas mis razones, todos mis anhelos de mujer.

¡Leonardo, Leonardo! ¿Dónde estarás?, seguro que estudiando, a lo mejor ingresaste a la universidad. Entonces te vas enamorar, tantas chicas que hay. Te vas olvidar de mí, si es que aún no me has olvidado ya. Yo estoy sola, ¿Hasta cuándo? Hasta que te vuelva a ver, hasta que un día me olvidé de ti. Ayer volví a leer la hoja que conserva tus versos, volví a sentir que estabas cerca. Me puse a llorar, mientras los versos se impregnaban en mis lágrimas tú te expandías en mi alma. ¿De que forma quieres que te olvide? ¡No puedo! Cada día que pasa te extraño más.

A la hora de salida te busco entre la gente, pero tú no estás, has desaparecido para siempre de mi vista. Algunas veces encuentro por las calles o el mercado a tus amigos de promoción pero a ti, nunca. Es como si la mala fortuna me acompañara. He intentado derrotar a la mala suerte, usando perfumes con aromas de hierbas, Pusanga, rezando al bañarme con esas flores exóticas. He comprado collares de semillas de ashango, durmiendo sobre claveles rojos...me da risa...bañándome con ruda...me da más risa. Tú Leo, tú me entiendes.

Juraría que he escuchado sonar el timbre. Ya es cambio de hora profesora, ¡Váyase! Esto sí que es amor a la profesión. Se va a quedar hasta que todos entiendan, eso va a ser difícil, yo nunca voy a comprender. ¡Un momento! La maestra me está mirando, quiere que salga a resolver una ecuación, me está mirando y yo me hago la disimulada. Es demasiado tarde, se acerca, se acerca. Ha dejado la tiza blanca sobre mi carpeta. ¡Qué mala suerte! Leonardo. ¡Óyeme! Voy a dibujar un corazón en la pizarra, voy escribir tu nombre y el mío, no me importa si me desapruaban, al final igualito voy a salir jalada. La profesora me está llamando, yo sigo sentada ¿Qué voy hacer? Ahí voy profesorcita, su mejor alumna entra en acción, ahí voy...”

000 O 000

Citas, encuentros a media luz, paseos por el patio del colegio, besos en la esquina, esa había sido la rutina de aquel amor, hasta que se terminaron las clases. Dejó de verla, de andar por esas

calles oscuras, de visitar a Jorge con la misma frecuencia. Nunca pelearon ni tuvieron discusiones serias, era una relación aparentemente ideal, sin embargo dentro de la íntima realidad aquello era sólo un falso reflejo. Aquel romance expiró el día de clausura, se despidieron con un ¡Nos vemos más tarde!, una frase que quedó suspendida en el recuerdo de las noches más tristes de aquel verano.

El día que Susan lo visitó, Leonardo fingió una alegría forzada. Al verla con el mismo peinado anticuado, con aquella vestimenta carente de elegancia lo único que paso por su mente fue vergüenza y pena, comprendió que el tiempo había causado en su percepción estética una rara influencia de refinamiento. No encontraba atracción en aquel cuerpo desfigurado por la leve obesidad tampoco tenía ganas de sentir sus besos tibios como antes. Todo había cambiado en aquellos seis meses, sin duda sus gustos también.

–¡Siéntate! –dijo Leonardo ofreciéndole una silla.

–¿Estás solo? –preguntó Susan al ver que Leonardo cerraba la puerta.

–No te preocupes –sonrió, se sentó a su lado, la cogió de la mano– cuando estoy solo no soy peligroso.

–Sigues siendo el mismo mentiroso de siempre.

Leonardo la abrazó, la besó con insinuado erotismo, esperando ser correspondido. Fusionó en sus labios toda su energía contenida, buscando vencerla, sumirla en las redes del amor libidinoso.

–¿No decías que cuando estabas solo no eras peligroso? –dijo Susan liberándose bruscamente de aquellas sensaciones.

–Sí –sonrió él– pero ahora no estoy solo.

En ese momento perdió toda la fogosidad, era como si un balde de agua fría lo hubiese mojado sin dejarlo reaccionar. Abrió los ojos para darse cuenta que estaba engañándose sin motivo, entonces quiso olvidarse de ella, quedar solo, echarse en su cama, sacarla para siempre de su pensamiento, cerrar la puerta de su corazón, decirle ¡Adiós! ¡Adiós!.

–¡Hasta luego! –dijo Susan cerrando la puerta con fuerza.

Leonardo la miró por la ventana, una nostalgia efímera acompañó la visión de su mirada.

En la Universidad las mujeres iban apareciendo en una secuencia interminable de ilusiones y desengaños. A su edad, el amor era una canción difícil de interpretar, no conocía la emoción de

un amor entregado a totalidad, todo había sido un simple rose de deseos interrumpidos por el desaire o el desengaño repentino.

–Este año lo pasé invicto –dijo Leonardo– no encontré ni una ¡Es el colmo!

–Hay que tener paciencia –dijo Ever– no dices que en tu colegio las mujeres te llegaban cuando menos lo esperabas.

–Sí, pero en la Universidad es distinto.

–Cuando uno tiene suerte en el amor –dijo Sergio– encuentra mujeres en cualquier parte – cogió una botella y la destapó con su cortaúñas.

–Todo porque tienes una mocosa de colegio –rió Ever.

–Tú la pica porque eres tan viejo que ni las de la U te hacen caso.

Leonardo sonrió, observó el crepúsculo del último día del mes, pensó en Paola y su rostro adoptó un rictus perplejo.

–Ya pues compadre –gritó Sergio– toma con ganas.

Leonardo quiso beber todo de un solo impulso, pero al percibir el sabor amargo arrojó el vaso sobre la arena del mar.

–Está fea –dijo– no puedo seguir tomando, continúen ustedes, voy a dar un paseo por el muelle mientras terminan.

–¿Qué pasa? –preguntó Ever limpiando el vaso contra su pantalón– ¿No dijiste que nos quedaría chica la caja?

–¡Déjalo! –dijo Sergio– después regresará con sed.

Leonardo se fue caminando con las manos en los bolsillos, sumido en un recuerdo matinal, en unos ojos y una sonrisa que buscaba entre las olas del mar vespertino.

CAPITULO V

–La próxima semana te vas –dijo la tía de Paola– tu mamá quiere que estudies en Chiclayo. ¿Por qué negarte?, ella busca lo mejor para ti, aprovecha esta oportunidad. Es cierto que tu padre te ofrece lo mismo en Lima, pero es muy diferente, nunca vas a comparar los cuidados de una madre con las de un padre que no vive en casa, tendrá poco tiempo para estar contigo.

–No quiero irme –dijo Paola– quiero estudiar aquí, allá ya no tengo amigos, me he acostumbrado en Trujillo.

–¡Hija! por mí no hay ningún problema, pero es mejor que vayas con tu madre, no quiero involucrarme después en problemas.

–¿Qué problemas puedes tener? –dijo Paola molesta.

–Eres joven, cualquier locura puedes hacer. ¡Imagínate!, la responsable ante tu madre seré yo.

–No tía, aunque pretendas convencerme no voy.

–Tu mamá lo ha dispuesto –dijo la tía mirándola adusta– tú no vas a ordenar.

–Ya te he dicho, no voy –contestó Paola levantándose del sofá.

–Pero...

–No tía –su voz era implacable– si no quieres que esté en tu casa me voy, no tengo ningún inconveniente, ya veré como me las arreglo. Nadie tiene porqué meterse en mi vida personal.

–¿Cómo?, te estás volviendo muy atrevida –contestó iracunda, levantándose de la silla– a mí no me vas a levantar la voz –la cogió de los cabellos.

–¡Suéltame, Vieja loca! –gritó Paola empujándola con el brazo, haciéndola trastabillar.

Salió corriendo, cerrando la puerta con ímpetu, sin saber a dónde ir. En la calle, la oscuridad empezaba a nacer. Paola caminó conteniendo el llanto, sin mirar a los vagabundos que silbaban en las esquinas.

Quiso ir a la casa de Teresa, pero comprendió que era demasiado peligroso, cuantas veces había escuchado sobre los asaltos que se cometían. Tuvo cólera, siguió caminando, odió a todos aquellos ociosos que pasaban las noches escuchando rock en las esquinas, gritando palabras estúpidas a cualquier transeúnte ocasional. "Por eso el Perú vive jodido –pensó– si tuviera una metralleta los mataría uno por uno. En una esquina, un muchacho que vestía camisa fosforescente la interceptó, ofreciéndole un cigarrillo. Paola le escupió la cara, el muchacho le mentó la madre queriendo cogerla de la mano. "Hijo de perra" –murmuró Paola.

No podía entender la idiosincrasia de donde vivía: jóvenes que no tenían un sol en el bolsillo, deambulando por las calles, perdiendo el tiempo en las esquinas, entregados al vicio, olvidándose que en casa tenían una madre que lavaba ropa ajena para darles de comer. Algunas veces la policía los capturaba, entonces era necesario dinero para sacarlos: "Mamá presta dinero, cuando

salga te devuelvo, voy a trabajar, ya no voy a ser un ocioso”; promesas, sólo eso. Al salir en libertad ya no valían los arrepentimientos, todo volvía a empezar.

Cerca de la iglesia, Paola observó un grupo de vagos reunidos alrededor de una botella de licor, cogió una piedra, caminó sin poder resistir el llanto, lloraba desconsoladamente. Al pasar frente al grupo, uno de los muchachos se le acercó gritando, riéndose, mientras pretendía abrazarla.

–¿Qué tienes amorcito? ¿Por qué lloras?

–¡Calla imbécil! –gritó Paola, corriendo.

–No te vayas –dijo uno de gorra roja– ¡Ven! con nosotros vas a llorar de felicidad.

Paola palpó la piedra, su mano sudaba. A cierta distancia observó que el muchacho le hacía señales obscenas, no resistió más y arrojó la piedra con toda su fuerza.

–¡Te fregó! ¡Te fregó! –gritaron voces desorientadas.

Paola volteó a mirarlo, el muchacho se cogía la frente mientras la sangre brotaba sin pausa. ¡De pronto! lo vio caer sobre la arena, dos de ellos la miraron amenazantes. Paola, corrió, escuchando gritos, ladridos de perros, piedras que caían a su alrededor. Sentía que luchaba contra su propia esclavitud, por una libertad que no era suya, por un ideal que amenazaba dejarlo exhausto. Siguió corriendo, miró hacia atrás, la calle estaba vacía. Pronto llegaría a casa, y otra vez el tormento. Era preciso buscar una salida diferente. El mundo daba vueltas como un círculo de fuego y ella no encontraba por donde escapar, la vida se le hacía cada vez más difícil. En aquella ruta no sabía que puerta tocar ni que camino escoger.

000 O 000

–¡El Hotel Prado! –exclamó Leonardo, recordando sus días de colegio.

Al llegar a Cajamarca la mente se le había llenado de proyectos incitantes, tenía la esperanza de ratificar un nuevo amor, de conquistar el corazón indomable de la dueña de sus pensamientos.

En el mismo hotel se hospedaron dos años atrás sus compañeros de colegio, en el viaje de promoción, al cual por circunstancias económicas él no asistió. Es por eso que al leer el letrero sintió que aquella coincidencia era una señal de buen augurio. En ese mismo lugar Jorge hizo suya a María después de una noche de parranda donde las inhibiciones dejaron de obstaculizar el verdadero amor. La mitad de muchachas esa misma noche en forma sincrónica perdieron la virginidad de una forma casi mágica, pues al día siguiente todos los recuerdos habían

desaparecido, lo único que quedaba de aquella noche eran evidencias trasmutadas en lamentaciones vanas e innecesarias. Épocas de colegio que podían repetirse con detalles nuevos.

En la Universidad todo era diferente, las mujeres, las noches, los días de playa y hasta los viajes de estudio. Eran sólo cuatro hombres acompañados de una veintena de mujeres, con las cuales se habían familiarizado lo necesario como para dormir en la misma cama sin sentir nunca ningún arrebató emocional. Era cierto que algunas veces los deseos no podían reprimirse tanto, pero no sucedió jamás ni un forcejeo de resistencia, si ellas accedían a cualquier solicitud lo normal era olvidarlo a la mañana siguiente. Leonardo en aquellos gajes aventureros nunca pudo llegar a su verdadero objetivo: Gloria. Siempre la notó esquiva, indiferente, rara en comparación con las demás. A su opinión era una mujer frígida que necesitaba palabras tiernas más que halagos materiales. Tendría que buscar la mejor oportunidad, el momento preciso.

Aquella noche que iba a cumplir dieciocho años, el profesor les concedió el permiso de realizar la fiesta de cumpleaños, sin embargo, Leonardo se dio cuenta que iba hacer el peor cumpleaños de todos. Al salir a la discoteca lo hizo sin ánimo, con una extraña urgencia por estar solo, no le importaba la diversión ni las copas de champagne. Nació en él un sentimiento desesperado por olvidar, por cerrar los ojos a la miserable visión que lo acongojaba. "Otra vez lo mismo" –dijo mientras se bañaba. La historia se repetía, Gloria caminando con un desconocido, no podía aceptarlo, la mujer con quien pensaba disfrutar aquella noche, la mujer por quien había decidido viajar, la única que parecía poder llenar el vacío de un amor fantasma, no era más que una simple y ordinaria mujerzuela. Maldita la hora en que la encontró, todo hubiese sido diferente, pero al verla abrazada con ese hombre sus sueños se hicieron pesadillas. Por un momento creyó equivocarse, mas al mirarla, al escuchar su voz, ya nada era mentira. ¿Por qué se enamoró de ella? ¡Justo de la más burda! La vio besándose por la calle con ese tarado. Era inaceptable, y todavía se lo presentó como su enamorado cajamarquino, a ti Leonardito tontito, con rima y todo, ¿Quién era ella? Ahora la desconocía, ¿Quién era su amor? No lo sabía, no lo entendía; por eso se bañó, por sentir en el agua fría un poco de ella, un poco de su mirada congelada.

Aún no eran las doce cuando abandonó la discoteca, evadiendo a sus amigos que consultaban sus relojes. Ever con quien había tomado casi una docena de cervezas lo apoyó: "¡Vete a dormir!, si no disfrutas en este ambiente, es mejor que vayas a descansar". Salió a escondidas, buscando la verdadera identidad de su desgracia. Por la calle buscó a Gloria, buscó su risa, sus pasos agujereados, sus besos desperdiciados. No la encontró, ella estaba más allá, donde el amor era una lluvia de granizo.

Tendido sobre la cama, con la mirada perdida en el reflejo de luz que ingresaba por la ventana, imaginaba que su corazón era un prisma en donde el amor había acariciado su superficie sin poder tocarlo, sin hacerle sentir los mil deseos que ahora experimentaba por ella. Tal vez era

sólo un juego, era una esperanza loca, pero halagadora. Tenía ganas de estar con ella, de escuchar excusas, de perdonar, de terminar amando como nunca antes lo había hecho.

Probablemente Gloria estaba camino a un hotel, con aquel desconocido, a lo mejor haciendo el amor entre las hierbas. En esas horas ella se olvidó de los planes programados, el de cenar frente a la Plaza de Armas, de caminar en la tranquilidad que ofrecían las calles andinas, ¡tantas ilusiones! para olvidarlas justo ahora. En esa maraña de abruptos razonamientos podía darse cuenta que las circunstancias presentes hacían variaban cualquier decisión pasada. El espacio transforma al ser humano a su antojo, sin dejarlo pensar ni decidir, ¿Qué podía ofrecer Leonardo a una mujer en la que había depositado toda su esperanza? Lo único, lo elemental, lo más esencial: el amor sin retoques ni ambigüedades. Pero desgraciadamente ahora su amor no estaba de oferta, ella lo había destruido a pisotones.

Una sombra fugaz se dibujó por un instante entre las ráfagas de claridad de la ventana. Su corazón palpitó extasiado, una esperanza moribunda despertó de su letargo. Leonardo permanecía inmóvil. Tal vez era Gloria, que volvía arrepentida, desengañada del pedazo de hombre que creyó tener. La puerta se estremeció por tres veces alternadas de un breve silencio, Leonardo se acomodó los cabellos desordenados, buscando peinarse en forma natural. Sus pies tocaron el piso frío. La puerta volvió a sonar. Al abrir, apareció ante sus ojos una silueta desconocida, erecta como un monumento. Era una mujer pintarrajeada, cubierta con diminutas prendas de colores extravagantes.

–¿Eres tú Leonardo? –preguntó. La mujer masticaba escandalosamente chiclets.

–Sí –contestó él con asombro, observando los senos abultados que parecían huir de su intimidad.

–¿Puedo pasar? –preguntó la mujer guiñándolo con provocación.

–¿Quién eres? –dijo Leonardo mirándola de pies a cabeza.

–Lo único que te puedo decir es que alguien me envió para hacerte compañía, para que no te sientas tan solo.

–¿Quién? ¿Ever? –preguntó Leonardo no ocurriéndosele otro nombre, disponiéndose a dejarla ingresar.

La mujer rió, escupiendo su chiclet en forma accidental.

–No es un hombre. ¡Alégrate! Es una chica la que se preocupa por ti.

–Pero, ¿Quién? ¡Por Dios! –exclamó Leonardo.

–No creo en Dios –dijo ella– soy atea –volvió a sonreír.

–No tendrás que cumplir con tu trabajo si me dices quien te envió.

–Un regalo no se rechaza –contestó la mujer acariciándole el cuello– y menos si viene de uno de tus amores escondidos.

–¿De Gloria? –dijo casi temblando– ¿De Gloria?

–No sé su nombre muñeco –contestó molesta– lo único que sé es que eres medio cabrito. ¡No seas tonto!, ¡Déjame entrar! Desquita tu soledad conmigo en la cama, moviéndote así – empezó a mover su cintura en forma circular, mientras lo miraba con una sensualidad indescriptible.

–No me jodas –gritó Leonardo– no quiero ningún regalito y menos si es usado y peor si viene de una puta más puta que tú.

–¡Qué genio! –dijo la mujer impávida, como acostumbrada a aquella clase de trato– tú te lo pierdes, hice todo lo posible, pero en fin –de su cartera sacó un condón y se lo puso en la mano– que te sirva –dijo– ¡Chau! –Hizo una pausa– ¡Cabrito!

Leonardo cerró la puerta haciendo estremecer todo el edificio. Escuchó el ruido de los zapatos de la mujer que bajaba por las escaleras. Abrió las cortinas de la ventana, observó las luces de la Plaza de Armas que iluminaban los pequeños arboles que imitaban formas de animales y cosas. En una de las bancas pudo reconocer a Gloria y Silvia, sentadas mirando hacia la ventana, riéndose."¡Qué imbécil –pensó Leonardo– ¡Recontra, pero recontra imbécil! Luego vio a la mujer pintarrajeada que conversaba con Gloria. Entonces Leonardo abrió la puerta de la habitación para salir al balcón.

–Gloriaaaa –gritó Leonardo, la mujer volteó a mirarlo– ahí te mando a tu madre.

Gloria agachó la cabeza. Leonardo quiso volver a gritar, pero fue impedido por el ruido de la puerta que amenazaba con cerrarse.

"¡Perdóname Dios! ¡Por ser vengativo! –exclamó– pero no pude aguantarme".

CAPITULO VI

–¡Pasa! –dijo Claudia –creía que no venias, te estaba esperado.

–¡Imagínate!, no podía soportar un día más.

Puso sus maletines sobre una mesa, cerró la puerta y se sentó al borde de la cama.

–¿Nadie te vio? –preguntó Claudia sentándose a su lado.

–No –contestó Paola– apenas salió mi tía cogí mis maletas y salí corriendo.

–¡Ya verás que todo va ir bien! –dijo Claudia– tu tía se va a dar cuenta que ya no eres una niña, que no es por capricho que abandonas su casa, sino porque necesitas estar sola, tener más libertad.

–¿Tú crees que salga a buscarme?

–¿Le has dejado la carta?

–Sí –dijo Paola– la dejé pegada en el espejo de la sala.

–Entonces no hay problema, es normal que pregunte a los vecinos, después se va a cansar y comprenderá tus motivos.

–¡Ojala! –dijo Paola– pero de todas maneras no voy estar tranquila hasta conversar con ella.

–No te preocupes tanto por eso –dijo Claudia.

–Tienes razón –contestó Paola– más bien debo preocuparme en encontrar trabajo, te tengo que ayudar con el alquiler.

–Pero Paola, ¡Por favor! –dijo Claudia tomándola de la mano– Olvídalo, los amigos estamos para ayudarnos, hoy por ti mañana por mí.

Claudia se levantó, cogió un espejo y empezó a peinarse.

–Lees mucho –dijo Paola observando un estante lleno de libros– ojala un día tenga la suerte de estudiar una profesión.

–Lo vas a tener –dijo Claudia– la vida nos reserva muchas sorpresas, Dios nunca se olvida de los que necesitamos.

Paola permanecía sentada, recorriendo con la mirada la habitación ordenada y limpia. Una cama, un estante con libros, una mesa de estudios, un ropero, dos sillas, una repisa, un televisor sobre el modular que servía también para colocar la grabadora. Quedó admirada que en tan pequeño espacio pudiesen colocarse tantas cosas.

–Cuando viajas a Talara ¿Quién te cuida el cuarto?

–Una amiga que vive a lado.

–Tú papá debe ganar bien –dijo Paola– Trujillo no es una ciudad barata.

–Ni creas, ahora las compañías petroleras están mal, con eso de la privatización. Además mis hermanos también estudian y todo es gasto.

–¿No los extrañas? –dijo Paola levantándose de la cama– debe ser difícil estar lejos de toda la familia.

–Cuando uno recién sale de casa da pena, después te vas acostumbrando, ¡claro! que es natural extrañar a tu tierra, la gente, la comida.

–Tienes razón, yo por ejemplo me vine de Chiclayo y ahora ya no quiero regresar.

Paola miró su reloj, buscando una razón para olvidarse que el tiempo no tiene retorno.

–Van a ser las nueve –dijo– las horas pasan volando.

–Si pues –replicó Claudia– cuando uno tiene con quien conversar ni cuenta se da. Me da gusto que hayas venido, no he comido esperándote. ¡Vamos!, te invito a comer –cogió la llave de sobre la mesa.

–Ya he comido –contestó Paola.

–No te he preguntado –sonrió Claudia– ¡Vamos!

–Pensándolo bien, ahora recuerdo que no he comido –dijo Paola riendo.

000 O 000

A la mañana siguiente Paola habló por teléfono con su madre.

–¡Hija!, ¿Por qué te comportas así?, yo quiero lo mejor para ti.

–Sí mamá, pero desgraciadamente lo mejor para mí no es lo que tú deseas. Necesito independizarme, sentir que debo valerme por mí misma.

–¿Tú crees que eso es lo mejor para ti?

–Sí, de lo contrario no hubiese salido de mi tía.

–¡Reflexiona hija!, regresa, yo te mando para tu pasaje, aquí podrás estudiar.

Su voz tenía la imperiosa necesidad de convencerla, no podía aceptar que su hija anduviese sola, exponiéndose a tanto peligro oculto.

–¡No puedo mamá! ¡no puedo volver!, estoy bien así.

–¿Pero, con qué dinero vas a vivir? ¡Date cuenta!.

–Voy a trabajar, la amiga con quien estoy es una buena muchacha, no pienses que quiero vivir sola para corromperme o perderme por mal camino. No es así mamá, voy a trabajar para salir adelante.

–Tu tía está muy preocupada, dile siquiera dónde estás, de repente necesitas algo, ella te puede ayudar, no seas ingrata.

–Se lo diré, pero después, ahora no puedo.

Su madre quedó en silencio, como si esperase un cambio de opinión en ese breve lapso forzado.

–Yo viajo esta semana, supongo que a mí si puedes darme tu dirección.

–No mamá, dame un tiempo para establecerme, luego podrás visitarme, yo iré a verte a casa de mi tía.

–Eso es una falta de consideración, yo soy tu madre, no soy ninguna desconocida que pretende hacerte daño.

–Hay que dar tiempo al tiempo, no te preocupes, todo me va ir bien; saluda a Sandra, a Oscar y a Raúl, diles que estoy bien. Voy a estar pensando en ustedes.

–¡Cuídate hija! piensa bien lo que haces.

–Lo haré mamá. ¡Adiós!

CAPITULO VII

Desde que la vio por primera vez una sensación rara lo invadió, era como si la conociera de antes, de vidas pasadas. Aquel raro presentimiento lo impulsó a pensar que el amor era lo más normal que podía darse entre los dos. Era un sentimiento enlazado a una creencia ocultista, a la cual acudía cada vez que por su alma ingresaba la soledad.

Ahora que la volvía encontrar, el sentido del amor conjurado lo unía en una nube opaca y todo volvía a repetirse como antes cuando al salir de la Universidad la encontraba en el paradero sintiéndose un cobarde al no poder decirle ni una frase bonita, ni un piropo, ni una sola palabra. Su amor se limitaba a un silencio conjugado con miradas y gestos compartidos por ella de una manera casi platónica.

Al verla, Leonardo se dio cuenta que Sonia tenía la boca pintada de rosado, los ojos le brillaban como el destello en las horas matinales. No podía creerlo, se sentía propenso al vértigo que da la felicidad inesperada; antes de ese momento la había considerado una creyente evangelista que no participaba en ceremonias mundanas, pero al verla ahora comprendía que las falsas suposiciones actuaban a su favor. Se sentía nervioso, conversaba con sus amigos sobre asuntos de valor y lucha para alcanzar los amores imposibles. De rato en rato la observaba, encontrando en cada mirada una razón más para acercarse.

Sonia fue rechazando en forma secuencial a todos los que pretendían bailar con ella. Leonardo bebía con más ganas en un rincón del salón de baile, quería acercarse, pero su fortaleza era de espuma, temía sufrir un desaire como los demás. Los vasos de cerveza lo fueron inundando de una energía mefistofélica, su corazón se fue convirtiendo en una roca inflexible donde se desechaban los vaivenes de la indecisión.

El tiempo siguió pasando, hasta que en un parpadeo la debilidad explotó saliendo de su ser. El humo de los cigarrillos era su inspiración, el aroma que lo embriagaba haciéndolo viajar a un universo de formas y símbolos traducibles. Se acercó, sin mirarla, conversando en el trayecto con los amigos que encontraba desperdigados entre los danzantes. Era un disimulo, una actitud ficticia para ocultar su total insomnio. Cuando percibió que era observado el sudor de la timidez brotó por los poros de su rostro, su respiración sucumbió en un desequilibrio sísmico. Miró el piso rojo manchado por pasos desorbitados, por zapatos que se movían a un ritmo diferente y contradictorio, algunos ya viejos dibujaban las últimas huellas de su existencia.

Leonardo levantó la mirada. Sonia estaba sentada con las piernas cruzadas. Miró los zapatos blancos, deslizó sus ojos con lentitud como si fuesen reflectores con memoria; el vestido entallado dejaba traslucir una voluptuosidad súbita e inimaginada de curvas perfectas. Dos bultos enervados fueron captados por su ojo visor, eran como balcones de un palacio rococó, una cadenita dorada los limitaba, dividiéndolos con una estética armoniosa; más arriba el cuello fino, el rostro risueño mostrando la inherente elegancia de su sonrisa. No valían descripciones ni palabras, la belleza era la muda traductora de cualquier emoción soterrada.

Cuando por fin su voz salió disparada desde su intimidad se habían mirado tres veces. La invitó a bailar, y ella expuso razones sumidas en el desequilibrio, las cuales se inclinaron al lado del acrobático mandato del corazón. Aceptó con complacida admiración. El baile se hizo una danza hipnótica. Leonardo siguió un ritmo interno, olvidándose del sentido coreográfico de la verdadera música, miraba a Sonia con una admiración sincrética, emitiendo con sus ojos señales telepáticas de ilusión. Su voz quedó sin aliento, se dio cuenta que en aquella forma tonta no llegaría a nada concreto. Sonrió volviendo a mirarla.

—¿Cómo te llamas?

–Sonia –contestó ella bajando la mirada.

–Estudias educación, ¿Verdad?

–Sí –contestó Sonia– ¿y tú?

–Arqueología –respondió Leonardo sintiendo un ligero temblor en el cuerpo. Se dio cuenta que perdía el tiempo preguntando cosas que sabía de memoria– ¡Estás bonita esta noche! –dijo Leonardo.

–¡Gracias! –contestó mostrando una serenidad desconocida.

Leonardo miró anonadado, era capaz de todo por ella, por besar sus labios húmedos que le transmitían un magnetismo eléctrico descargando su potencia en el centro mismo de su virilidad. La deseaba con una fuerza descontrolada y explosiva.

–Siempre nos hemos visto –dijo Leonardo– pero nunca nos hemos hablado. Es raro. ¿Verdad?

–Sí –dijo ella sonriendo– todo es raro en esta vida.

Leonardo guardó silencio, la canción estaba por terminar, se lamentó el no haber concebido un diálogo más expresivo. Se sentía como un muñeco de trapo, incapaz de poder conquistar.

–Tienes cara de estudioso –dijo Sonia.

–¿Por qué? ¿Soy demasiado serio?

–No, sino que parece que siempre estuvieras pensando, “craneando” algo.

“¿Craneando?, me decepcionas Sonia, eso suena feo, a una mujer esas palabras le quitan delicadeza”

–No me había dado cuenta, pero es verdad, siempre estoy pensando, planeando algunos proyectos, ¡Si me conocieras más!

Su voz se perdió en el aire sin ser oída. La canción llegó a su fin dejando inconclusa su respuesta.

–¡Gracias! –dijo Sonia regresando a sentarse.

Leonardo caminó por entre la gente, buscando en vano a algún amigo con quien compartir aquel momento.

En la calle pudo respirar el viento fresco de la noche, escuchó el bullicio de los carros, los desvaríos de los muchachos que luego de tomar algunos tragos discutían o bromeaban a las

afueras del Casino Municipal. Había salido con la intención de tomar un poco de aire, pero al sentir que las fuerzas ya no lo ayudaban optó por regresar a casa. Al día siguiente la vería en la universidad, se encontrarían en el paradero, entonces ya no sólo la miraría, le diría ¡Hola! Entonces conversarían evocando aquella noche, luego la invitaría a tomar un jugo en el "San Agustín", sería de noche, la tomaría de la mano, le diría que es la mujer más bella del mundo, que la amaba, que sólo pensaba en ella. ¡Qué felicidad! ¡Qué alegría! Era fácil soñar con esa posibilidad. Contó las últimas monedas que le quedaban en el bolsillo, paró un taxi y luego de muchos ruegos por el precio retornó a casa, sin dinero, con amor y sin sueño.

000 O 000

Eran casi tres meses viviendo con Claudia. Ahora se daba cuenta que ya no era la niña caprichosa de antes, que lloraba cuando las cosas le salían mal, había aprendido en estos meses a soportar los golpes naturales que daba la vida, era dueña de sus propios fracasos y triunfos, que nadie se los podía arrebatarse. Las experiencias vividas eran las que le daban fuerza para no desfallecer. Nadie puede aprender la verdad de la vida, sólo el que la vive.

Aquel domingo Paola al escuchar los toques en la puerta no imaginó la alegría que la deparaba luego de haberse levantado temprano. Cuando leyó el e-mail de su papá. lo único que pensó que todo era un sueño. Corrió a despertar a Claudia, incitándola a jalones a que abriese los ojos.

–¡Claudia! ¡Claudia!, ha escrito mi papá.

Claudia abrió los ojos, le quitó la tablet, leyó el encabezado y de un impulso se sentó limpiándose las legañas.

–¡Léelo!, lee que lo que te escribe.

Paola abrió el mensaje y empezó a leer, su rostro fue tomando todas las formas que causa la alegría insospechada. Por momentos sonreía llevándose la mano a la boca, como si de esta manera tratase de evitar decir palabras. Sus gestos expresaban optimismo, tristeza temporal y júbilo. Al terminar de leer sin haber pronunciado ni una sola frase perceptible, Paola se había transformado en una estrella que rutilaba en la oscuridad del silencio. Unas gruesas lágrimas se descolgaron de sus ojos y se fueron deslizando sin obstáculos por la superficie tibia de su rostro.

–Mi padre me pide que viaje a Lima –dijo suspirando débilmente– respeta mi decisión de vivir sola, pero no le parece bien que haya salido de casa de mi tía como una delincuente, sin agradecerle ni comunicarle.

–¿Y por qué no te escribió antes?

–No estaba en Lima, lo habían destacado a la selva, donde no tenía acceso a internet.

–¿Irás a Lima con tu padre?

–Iré a verlo, pero la idea de vivir allá no me atrae, es una ciudad muy congestionada, al menos no me acostumbraría.

–¿Qué vas hacer?

–Bueno, primero alistar mi ropa, creo que viajaré mañana.

Paola volvió a leer el correo, tratando de concentrarse en las partes más importantes.

–Mi madre habló con él –dijo apagando su tablet– se fue hasta Lima, le ha dicho que soy una muchacha malcriada, que no la respeto, que hago todo lo que se me viene en gana, en fin, le fue a dar las quejas.

–¿No te sientes apenada por ella?

–Sí, un poco, cuando regrese de Lima iré a visitarla.

CAPITULO VIII

–Ayer encontré a Miriam –dijo Leonardo– está encinta, casi no la reconocí, su esposo es un tipo flaco y feo, más feo que tú dijo mirando a Eduardo– de la que te salvaste.

–Te la chapaste en el cine –dijo José– si seguías con ella ya tuvieras un hijo.

–No jodan –contestó Eduardo– fue producto del licor.

–Y en Cajamarca con Rubí, te salvaste por un pelo de coche, un poquito más y te convertías en padre adoptivo –sonrió Leonardo.

–Ahí si me salve –dijo Eduardo moviendo la cabeza– ¡Si Vanessa supiera que soy un sádico!

–¡No exageres! –dijo José– cualquiera hace el amor en un hotel cuando sale de viaje de excursión.

–Pero no con una preñada –dijo Leonardo– y todavía de otro.

–Tienes razón.

Eduardo frunció la boca, sacando la lengua. Leonardo estuvo a punto de pincharle con su lapicero. Algunos pasajeros los miraron asustados.

–¡Bajan Milagro! –gritó el cobrador.

–Ya vamos a llegar –dijo José– es allí donde se ven esas luces de colores.

–Ahora, ya no es peligroso como antes –comentó Leonardo– antes daba miedo venir, había mucha gente maleada, hoy hasta un grifo han abierto en la entrada.

–Primera vez que vengo –dijo Eduardo– ¡Sí mi mamá supiera!

–No seas maricón –dijo José– seguro que te tiemblan los huevos.

Bajaron confundidos entre otros parroquianos, entre ellos un anciano que caminaba ayudándose con un bastón. Un fuerte viento levantaba la arena que cubría toda aquella planicie.

–Ese tío, es el dueño del chongo –dijo Leonardo mirando al anciano– el tío es tan tacaño que se viene en micro.

–¿Hay buenas hembras? –preguntó Eduardo mientras caminaba por un camino de piedras, el cual conectaba el paradero con la entrada del burdel– yo quiero una charapita.

–Has mañas en tu casa –dijo José– aquí vas a tener que aceptar lo que haya.

Cuando regresaron, la oscuridad empezaba a invadir aquel desierto, las luces de los micros que regresaban a la ciudad iluminaban el camino, apurando a los clientes que salían. José tropezó contra una piedra perdiendo los dos únicos soles que le quedaban.

–¡Riquita la hembra! –dijo Eduardo– era de Tarapoto.

–Ya te templaste –rió José– seguro que quieres venir la otra semana. Aguántate por lo menos un mes. ¡Cúidate! porque sino lo vas agarrar de vicio.

–Sí –dijo Leonardo– aquí se quema billete, mejor es tener una enamorada, claro, si es que te va a corresponder, sino es igualito.

–Vanessa es chibola –dijo José– primero se te va a ser la difícil, después cuando lo pruebe le va a gustar como azúcar, entonces te va a pedir a cada rato.

–¿A cada rato? –preguntó Eduardo, abriendo los ojos asustado.

Leonardo y José rieron.

–¡A cada rato! –repitieron a dúo.

000 O 000

–Tu papá es una persona buena –dijo Claudia– no entiendo porqué tu madre no se llevaba bien con él, pero bueno en algo se parece a mi madre, ella es también demasiado impulsiva– ¡Paola? ¿Me estás escuchando? –interrogó Claudia mirándola con extrañeza.

–Sí –contestó Paola– me dio gusto volver a verlo –sus ojos permanecían quietos como si buscasen movimiento en el mundo invisible del pensamiento.

–¿Paola, qué tienes? –preguntó Claudia.

–Nada –contestó ella– creo que es el amor –cerró los ojos, como si buscara encontrar respuesta a sus problemas en el fondo de su mente.

–¡Lo amo! –dijo como si aprendiese de memoria aquella frase ¡Lo amo! ¡Era tan sereno! Recuerdo aquella noche en la casa de mi tía, cuando me regaló la rosa, luego el beso que me dio. ¡Fue tan maravilloso!, y sin embargo la felicidad no pasó de esa noche. Todo se terminó.

–Debes tratar de olvidar, uno no puede vivir de recuerdos, es necesario cambiar un poco, despertar.

–Sí, pero para mí eso es difícil.

–¿Hace cuanto tiempo que no lo ves?

–Desde que terminó el colegio, hace dos años.

–Pareces una muchachita adolescente –sonrió Claudia– trata de pensar en otra cosa, a lo mejor ya se casó.

–¡No lo creo! –contestó Paola– presiento que aún está solo.

–¡Por favor!, yo sé que hay tantos chicos que se mueren por estar contigo.

Paola no contestó, miró las paredes de la habitación, tratando en vano de encontrar una mirada dibujada, luego se levantó y caminó hasta el estante con libros y buscó entre las hojas de una vieja revista la remembranza material de su recuerdo.

–Lee –dijo extendiendo un papel rosado sobre la mesa– ¿Crees que esas frases son tan falsas como para que las haya olvidado su autor?

–Las he leído muchas veces –dijo Claudia– no niego que lo pudo escribir inspirado en ti, pero el tiempo a veces suele ser el mayor enemigo del amor. Cuando no es correspondido en su momento se vuelve rencoroso y luego se olvida.

–El amor verdadero nunca se olvida –dijo Paola.

–Si lo amabas demasiado. ¿Por qué te alejaste de él?

–No sabía lo que hacía, era una muchachita tonta, quería ponerlo a prueba, inventé que estaba embarazada, ¡Le mentí! Después cuando descubrió mi mentira, ya ni me miraba. Te juro que me arrepiento de todo, desgraciadamente eso no me sirve de nada.

–¡Le mentiste! ¿Crees que un hombre olvida? No quiero ni pensarlo, pero...bueno, todo es posible, a lo mejor aún te recuerda.

–Tengo que buscarlo –dijo Paola cogiendo el papel– en alguna parte del mundo lo voy a encontrar. Mañana iré a Florencia, mis amigas me pueden dar información.

–Admiro tu optimismo –dijo Claudia– de verdad que me gustaría ser como tú.

TERCERA PARTE

CAPITULO I

Leonardo sonrió, miró a la puerta, y una amiga de colegio de la cual no recordaba ni su nombre saludó a todos los asistentes varones con un hola superficial, luego caminó hacia el fondo de la sala donde se encontraban las chicas. Leonardo la observaba tratando de adivinar su nombre, buscando en cualquiera de sus gestos poder refrescar su memoria. Luego, vencido cerró los ojos y su mente quedó en blanco, sin poder siquiera experimentar el olvido.

–¡:Ha pasado tanto tiempo ! –dijo Leonardo– que no me acuerdo ni de los nombres de las chicas.

–La que ha entrado se llama Carmen –contestó Eduardo.

–¿Y la que está al frente? –miró a una muchacha de pelo negro ensortijado la cual le correspondió con una sonrisa– sé que es de la promoción pero tampoco recuerdo su nombre.

–Es Martha –dijo José casi murmurando.

–Es bonita –dijo Leonardo– me gusta su sonrisa, seguro que tiene enamorado.

–¿Tú crees que te va a pedir permiso? –sonrió Eduardo.

–Recuerdo haberla visto en el colegio –dijo Leonardo volviéndola a mirar– pero nunca hablé con ella, de las que están aquí sólo algunas eran mis amigas, a las demás las conozco sólo de vista.

–Me parece que Martha es casada –dijo Eduardo– una vez la vi con un bebito esperando carro en el paradero.

–Sí, yo la vi también una vez –dijo Leonardo.

Volvió a observarla, con curiosidad, con ansías desconocidas.

Atisbó las caras risueñas y alegres de sus antiguos compañeros de promoción. Algunos hablaban en voz alta, contando los nuevos detalles de su vida, evocando experiencias de su adolescencia, sintiendo que ahora la juventud también se les iba. Los amores de colegio reposaban en el recuerdo de los primeros desengaños, columpiabanse en las palabras gotas de nostalgia, de brisas lejanas que cada día se alejaban más.

–Ustedes los del Quinto C eran los más quedados.

–¡Mentira! Nunca nos perdíamos un baile. Íbamos a todos los que ustedes organizaban.

–Iban, pero no nos sacaban a bailar.

–Eso ocurría con los más zanahorias.

–Nosotras inventábamos cosas para salir de casa: "mamá voy hacer una tarea a casa de mi amiga, ya vengo voy a la biblioteca".

–Y nosotros nos escapábamos del colegio, saltando las paredes que eran más altas que las del cuartel.

–Mi mamá una vez me buscó por todas las casas de mis amigas, y se dio con la sorpresa que en ninguna estaba; hasta que por fin supo que nos encontrábamos en un tonazo con licor y todo. Cuando llegué, mi mamá me dio una paliza que me quitó toda la borrachera.

–Aquellos años, ¡Imagínense! ¡Cómo pasa el tiempo!, hoy planeando una despedida de solteros.

–Sí y algunos chicos se han vuelto sobraditos, ya no conocen.

–Nos hemos vuelto dirás.

–Bueno, yo tampoco me escapo de eso, pero no es porque yo quiera, sino que algunos ni miran, nos ignoran y entonces ¿Con qué cara decirles siquiera: Hola?

–Las chicas son más sobradas, se pasan de frente.

–Eso dices tú porque cada vez que ves una mujer te corres.

Leonardo escuchaba en silencio, sorprendido de la elocuencia mostrada por amigos que en el salón de clases habían sido callados y tímidos.

Martha simplemente reía, mostrando un carácter introvertido y recatado.

–Yo me caso el otro mes.

–¿Y ustedes? –dijo Leonardo mirando a las muchachas que se encontraban cerca de Martha– ¿Son solteras?

–Sí –contestó una de voz delicada.

–¿En serio? –volvió a preguntar Leonardo– ¿En serio que están solteras?

–¡Claro! –contestó Martha.

–Entonces nos hemos encontrado todos los solteros de la promoción –sonrió Leonardo– debe ser por algo.

–¿Acaso crees en el destino? –dijo José palmeándole en el hombro.

–Tal vez sí –contestó Leonardo– sobre todo si aparecen chicas bonitas –su voz se hizo una flecha y llegó hasta Martha como una propuesta disimulada.

–¡Bueno chicos! –dijo Carmen en voz alta interrumpiendo las conversaciones dispersas– creo que ya hemos esperado suficiente –se paró en el centro de la sala– programamos esta reunión para las cinco, ya son las seis .Estamos veinticinco asistentes, a simple vista más mujeres que hombres.

Algunos empezaron a contar en voz alta.

–Bien, estamos quince chicas y diez chicos –dijo Carmen– como ustedes ya saben, el motivo de esta reunión es preparar la despedida de solteros de Antonio y Katia; aprovechando que ambos son de la promoción hemos pensado que sería bueno reunirnos hombres y mujeres en una sola fiesta. Por lo que me he dado cuenta no hay nadie de la sección D, todos son del C y del A.

–Sí –gritó Carlos, un muchacho de pelo lacio.

Leonardo fue perdiendo la coherencia de la plática, entregándose a una soledad enfermiza, interiorizándose en sus propios complejos. Lo único que no desprendía de su atención era la figura de Martha, la miraba con un delirio embriagador, percibiendo la sensación inextricable del deseo, del delirio de convertir todos sus sueños en realidad. Era una pasión confluida en su corazón desde ese momento, se sentía abismado por aquella sonrisa tan tierna, por aquellos gestos pausados y a la vez arrebatadores. Martha le correspondía con miradas furtivas, pero él no quería sacar conclusiones incipientes, la experiencia le había enseñado que no siempre los pareceres son fórmulas en las que hay que confiar. Leonardo cerró los ojos, voló por un paraíso de flores rojas, escuchando el rumor del viento, el canto de las aves, la voz de Martha. Se imaginó en un prado verde, durmiendo a la sombra de una palmera, cantando una canción. Abrió los ojos ensombrecidos, imitó la risa de los demás, expresó una afirmación sin saber la causa ni la razón. Volvió a mirarla, esta vez con una diáfana lucidez. Comprendió que el amor no aceptaba motivos ni explicaciones.

–¿Por qué te despediste al último de Martha? –preguntó Eduardo mientras caminaban por la pista– y con esa mirada de ansiedad como si quisieras...

–¡Cállate! –contestó Leonardo sonrojado– no es nada, es sólo casualidad –miró hacia atrás y vio a Martha que se alejaba con Carmen.

–¡Casualidad! –gritó incrédulo José– ¡Qué rara casualidad!

–Es la verdad –contestó Leonardo– sin embargo, no puedo negar que me gusta, si la hubiera conocido antes, quizás...

–En el colegio tenía su enamorado –dijo Eduardo.

–¿Quién era? –preguntó Leonardo con curiosidad.

–Antonio –contestó Eduardo.

Leonardo no quiso pensar para no recordar aquellos días.

–El tiempo pasa –dijo José– todo se olvida.

–A veces no es fácil –respondió Leonardo– a veces somos esclavos del pasado, prisioneros de nuestros propios recuerdos.

–Yo me olvidé de Giovanna al toque –dijo Eduardo– y eso que fuimos enamorados tanto tiempo.

–Te olvidaste porque no lo hiciste nada –dijo José– en tu lugar esa hembrita me ahorraba los viajesitos al chongo.

Leonardo sonrió. Caminaba con las manos en los bolsillos.

–¿Qué les parece Martha? –preguntó con una tonalidad imparcial.

–Más o menos –contestó José.

–¿Y a ti? –dijo mirando a Eduardo.

–Sí, pasable.

–¿Creen que pueda atracar conmigo?

–Si no tiene gil, sí –respondió Eduardo– aunque es bien difícil que no tenga.

–Pero ella dijo que estaba libre.

–Las mujeres son así –contestó José– te dicen las cosas de una manera tan dulce que hasta te pueden hacer creer que son santas.

Leonardo desestimó aquella posibilidad, no consideraba a Martha como una mujer falsa, la veía más bien como una muchacha tranquila que reunía todos los requisitos de su mujer ideal.

–¿Crees que salga bien la fiesta? –interrogó José.

–¡Claro! –contestó Eduardo– colaborando todos vamos hacer un tonaso.

–Leonardo se ha comprometido ir de casa en casa –dijo José con tono burlón– todo por estar con Martha.

–¡Cállate!, huevo frito –dijo Leonardo conteniendo la risa– tú no sabes nada, esto es asunto de hombres.

–Escúchalo –contestó Eduardo– se cree hombre.

–No sabe que es eso –rió José– lo conoce por teoría.

–Cuando tengas una mujer en tu cama serás hombre –dijo Eduardo empujando a Leonardo contra José.

–No creo que esa sea la respuesta –replicó Leonardo– todo porque Vanessa se te regaló, ¿Quién te ha engañado que esa mocosa es ya una mujer?

–La edad no tiene que ver –protestó Eduardo– tiene quince pero responde más que tú.

–Será una verdadera mujer cuando conozca a un verdadero hombre –dijo Leonardo con malicia– pero no te preocupes, ya lo encontrará.

–No lo molestes –dijo José.

–Es una broma –contestó Leonardo– no lo tomes en serio, si ella te quiere, ¿De qué te preocupas?

“¡Si Martha me llegara a querer! –pensó Leonardo”.

000 O 000

–Con mi hija no puedo hacer nada –dice Irene, tiene las manos cálidas, la mirada sosegada– ni trabajo me quieren dar.

Leonardo está sentado en uno de los brazos del sofá, quiere consolarla, endulzarla con palabras de esperanza.

–A veces la gente no comprende los problemas de mujeres como tú –su voz es como una disculpa grabada– uno tiene sus tropiezos pero eso no quiere decir que ya estás vencida.

–Todo es plata, hasta para ir a Trujillo, peor todavía con esta mocosa –la sujeta de la mano, la niña quiere coger el pisapapeles del escritorio de Leonardo– y para remate es traviesa.

–Todos los niños son así –dice él– inquietos.

Irene sonríe, tiene los cabellos despeinados, la sonrisa pintada de un rosado crepuscular. Es joven, en sus gestos se expresa la adicción tropezada de una vida entrecortada, esa extraña voluntad que de pronto se pierde, luego de luchar sin encontrar respuestas.

–¡Hace calor! –sonríe, echándose viento con la palma de su mano– ¿Te acostumbras a este clima?

–Sí, algo –contesta Leonardo tratando de coincidir con ella– lo que no me gusta es la soledad.

–A mí tampoco –dice ella– en la casa de mi tía no me acostumbro, me da miedo, imagínate estar toda la tarde sola. Mirar televisión aburre.

–Sí pues, es necesario siempre conversar con alguien –Leonardo camina hacia la mesa con tablero de vidrio, sobre la cual se encuentra el equipo musical– ¿Te gusta la música?

–Sí –contesta ella alzando a Cinthia.

–¿Qué música prefieres?

–Cualquiera –dice Irene– me gusta de todo.

Leonardo coge un CD del cajón de la mesa y lo inserta en el equipo.

–Es José José –dice ella escuchando el sonido acompasado de Mi almohada– me gustan sus canciones.

Leonardo se acerca, se sienta junto a ella, percibe su olor a mujer fértil, siente una atracción inefable de la cual no puede escapar.

–Contigo el tiempo no pasa –se atreve a decir sin mirarla. Ahora encontré quien me haga compañía.

–Estás solo porque quieres –contesta ella con serenidad– en tu casa no creo que te sientas solo.

–Sí, pero en mi casa es distinto. Me siento mejor aquí.

–¿Y mi tío? –pregunta Irene como si recién recordara que Leonardo vive con él.

–Debe estar por adentro –dice Leonardo– en verdad casi no lo veo, él vive al fondo, sólo a veces viene para conversar.

–Es decir que vives prácticamente independiente.

–Sí, eso me da más libertad para estudiar y reunirme con mis amigos.

–¡Tranquila Cinthia! -reprende Irene a su hija que se para frente a la mesa con la intención de coger el control remoto– ¡Eres muy traviesa! –se levanta para cogerla de la mano– ven, siéntate tranquila, Leonardo se va a molestar.

–No te preocupes –dice Leonardo– más bien te voy a dedicar una canción –busca un CD y lo coloca en el equipo buscando con el control encontrar la canción deseada– si fuera cantante te cantarían esta canción –dice subiendo el volumen antes de que la canción empiece a sonar.

Irene está sentada en el sofá, con Cinthia en los brazos. Leonardo se acerca y se sienta a su lado.

***"Quiero ser tu canción desde el principio al fin,
rosarme en tus labios y ser tu carmín..."***

Ella baja la mirada, no dice nada, está como adormecida, abrazada de su hija como quien comparte una pena.

–¿Te gusta? –pregunta Leonardo observándola con detenimiento.

–Sí –dice ella– pero... –se sonroja. Existe un vaivén entre lo que piensa y lo que quiere decir– ¡No sé...!

–¿Qué cosa? –dice Leonardo, aceptando el pensamiento tímido de Irene– ¿Por qué te pones así?

–Por nada –dice ella– olvídale.

Leonardo se rasca la cabeza, quiere rosar los cabellos de Irene, acariciar su cara, tocar sus manos.

Cinthia empieza a llorar apoyándose contra el pecho de su madre.

–Ya tiene hambre –explica ella– es hora de que me vaya –quiere pararse pero la niña llora con más fuerza, entonces Irene desabotona su blusa y descubre uno de sus senos para darle de lactar.

Leonardo mira de reojo, el seno abultado, blanco. Por un instante observa su pezón rosáceo con sombras oscuras en los bordes."Es mi prima –piensa, mientras vuelve a mirarla.

CAPITULO II

–¡Oye! Creo que me está haciendo efecto la cerveza, no debimos haber pedido tanto –dijo Leonardo.

–Tú fuiste el que propuso y ahora te arrepientes –dijo Eduardo– además todavía es temprano.

–Dos cervezas de golpe emborrachan –comentó José– y sobre todo si lo tomas con sentimiento.

–Toma con cuchara en un plato y verás lo que pasa –dijo Leonardo– cuando estábamos en el colegio hacíamos tonterías, aunque con ustedes muy poco me reunía, en cambio con Felipe y Jorge, era una ley reunirnos todos los viernes, incluso le invitábamos a "gato con botas", "ya pues profe, sólo un parcito", primero se hacía el difícil, pero después la seguíamos hasta la noche. Teníamos que parar un taxi y mandarlo a su casa.

–Yo cuando me emborracho me cruzo –dijo Eduardo– soy capaz de cualquier locura.

–Por eso te chapaste a Miriam –dijo José– de borracho te transformaste en un hombre, y cuando la costilla te iba a buscar a tu casa, te escondías. ¡Qué manera de desperdiciar!

–A veces somos sonsos –dijo Leonardo– no valoramos lo que tenemos hasta que lo perdemos.

–Sí –contestó Eduardo– pero Miriam no me gustaba, si le di su chape sólo fue por pasar el rato.

–, ¡ Claro!, te comprendo –dijo con burla José– ahora niega que estabas templado de ella, yo me daba cuenta, te gustaba, lo que pasa es que no tenías valor, te mariconeabas.

–Mejor no hables –dijo Eduardo– peor tú que nadie te paraba bola.

–Terminen rápido –dijo Leonardo– dejen de hablar como viejas.

–Tú estás pasando piola –sonrió Eduardo– ya no te acuerdas cuando andabas detrás de Paola, tú si que estabas más emperrado que César de Ana. Todo el día andabas en el colegio, tarde y mañana, no tomabas ni desayuno en tu casa.

–No lo niego –contestó Leonardo– era una buena hembra, si la volviera encontrar, seguro que me daría ganas de estar con ella.

–No me hagas reír –dijo José– ¿Crees que Paola se va acordar de ti? Es bien difícil.

–Cuando uno deja huella –dijo Leonardo– todo es posible.

–Permíteme reírme –se burló Eduardo.

Leonardo cogió el vaso con cerveza y se lo tomó de un solo trago.

–Terminemos –dijo– vamos a llegar tarde.

–Compremos chiclets –dijo Eduardo parándose– con este aroma vamos a correr gente.

Leonardo miró las seis botellas vacías en la mesa, sintió nauseas, la cabeza le daba vueltas. "Tal vez Martha pueda ser mía" pensó– todo es posible en esta vida.

–¡Vamos rápido! –dijo sintiendo un ligero dolor en el estómago.

000 O 000

En medio de aquella alborotada reunión, distante de la razón y del tiempo, Leonardo trató de huir de la realidad, quiso creer que al día siguiente todos aquellos compañeros de aula volverían estar juntos como lo hicieron cada tarde hace tres años. Saldrían a la hora del recreo a caminar por el patio, algunos, como él, saldrían a sentarse junto al monumento, a conversar sobre mujeres y conversar sobre amores futuros. Luego ingresarían a clase y escucharían al profesor: "aprovechen ahora, después cuando dejen el colegio las cosas serán diferentes, no habrá papá ni mamá. Ustedes serán los dueños de su destino". Leonardo ocultó una lágrima pasando su mano temblorosa sobre sus ojos. Reflejó en su gesto una actitud melancólica, miró que sus amigos conversaban, reían, pensaban, y sólo él sufría.

Martha llegó. Vestía blue jeans con blusa blanca, su sonrisa era cubierta en parte por los mechones de su cabellera negra ondulada. Leonardo al verla sintió un latido profundo en el corazón. Una energía artificial lo impulsaba a pensar cosas que en su estado normal no habría imaginado. Se acercó, saludándola con un beso en la mejilla, aspiró su aroma cálido, excitante y sibilino.

–En cualquier momento llegan –dijo Carmen– en cuanto lleguen apagamos las luces, esto tiene que ser una sorpresa.

–Preparen los regalos.

–Una canción romántica –dijo Beatriz– Carlos, ¡Por favor! ¡No te olvides de eso!

El bullicio de los asistentes contagiaba los ánimos decaídos, sería la primera despedida de solteros que organizaban, nadie de su promoción hasta ese entonces se había casado oficialmente. Se estaba convirtiendo en costumbre unirse sin ninguna ceremonia protocolar, es por ello que el matrimonio de Antonio y Katia era un evento de especial significado.

–¡Ahí vienen! ¡Ahí vienen!

El silencio invadió la casa adornada con globos que imitaban condones inflados; las serpentinas del techo, que colgaban de diversos colores, le daban un matiz infantil a la decoración. En contradicción, en el centro del techo pendía una inmensa botella de cartón que asemejaba a la de una cerveza. Una mano anónima apagó las luces y entonces un mutismo confabulado bostezó aquella noche de febrero. Leonardo permanecía parado, sintiendo que su cuerpo se balanceaba sin poder contenerlo.

–¡Sorpresa! ¡Sorpresa!

Las luces volvieron a iluminar la sala disfrazada. Esta vez los invitados hicieron un círculo rodeando a Katia y Antonio que estaban ensimismados en la ingenuidad del colapso repentino.

–¡Que bailen! ¡Que bailen!

La música romántica empezó a sonar, los novios sin recobrase todavía de su asombro empezaron a bailar, mientras los aplausos desfiguraban el ritmo original de la canción. Los novios empezaban a comprender la insistencia con las que Carmen les había llevado a su casa, a pesar de las excusas y disculpas.

Después, cuando las risas empezaron a ser parte de la fiesta, Leonardo sintió que la pesadez del cuerpo se extinguía, su mente hasta entonces retraída en el desorden de lo inextricable empezó a seguir la rutina de aquellos últimos días: ¡Martha! ¡Martha!

La entrega de regalos liberó las tensiones taciturnas. Antonio y Katia fueron vendados para recibir los obsequios preparados. Carmen y Segundo fueron los encargados de entregarlos. Una toalla higiénica revestida con gelatina de fresa fue presentada frente Antonio quien empezó a saborear el postre sin poder imaginar la cara de asco que expresaban sus compañeros. Pero las miradas se dirigían también a Katia quien recibía de Carmen el plato con un plátano adornado de dos huevos duros, uno a cada extremo. Algunas muchachas se tapaban la cara al captar el doble sentido que guardaba aquel regalo.

El momento culminante llegó con la presentación de los últimos obsequios, Carmen sin poder contener la risa ofreció una papaya pelada al novio, este al probar el sabor se dio cuenta de la indirecta y rió en coro con los asistentes.

–¡Provecho! –gritaron.

En aquel momento Segundo apareció portando la llamada “Copa del castigo”, que no era otra cosa que la representación en cerámica del órgano sexual masculino, un poco exagerado en tamaño. La escandalosa risa de las muchachas fue mayor que la expresada por Carmen en horas

de la mañana cuando tuvo que llevar la copa a su casa. Katia empezaba a beber champagne contenido en la cerámica sin darse cuenta la ubicación ni la forma que tenía el único agujero disponible para disfrutar el licor. En épocas prehispánicas los hombres de aquellas sociedades habían diseñado esa sugerente representación para mediante eso las mujeres al unirse en matrimonio demostrasen públicamente su sumisión y obediencia absoluta a la persona con quien se casaban, sin embargo ahora, aquella copa era simplemente un regalo más que causaba en los asistentes una secreta concepción erótica y voluptuosa de la vida marital. Fue el último acto antes de empezar el baile general que sellaría la reunión de aquella noche.

Leonardo se acercó a Martha que estaba sentada hacia el fondo de la sala, parecía cansada, tenía el rostro desfallecido, era como si la reunión la hubiese puesto triste, no aparecía en su semblante ni una muestra de su acostumbrada jovialidad.

–Todo ha sido muy divertido –dijo Leonardo tratando de parecer espontáneo.

–Sí –contestó ella– menos mal que todo ha salido bien.

–Cuando hay unión nada sale mal –contestó Leonardo– además con mujeres como tú, da ganas de seguir adelante.

Martha sonrió mientras sacaba una tarjeta pequeña del bolsillo de su blusa.

–Me la regaló un amigo –dijo mostrándola a Leonardo– ¿Te gusta la frase?

Leonardo leyó: “Eres lo más especial de mi vida”

–Algo –dijo– aunque hay mejores.

–¿Coleccionas tarjetas también?

–No, pero siempre llevó algunas en mi billetera –Leonardo se apuró en sacar una– ¡Te la regalo! –dijo ofreciéndola una de color rosado– es justo lo que quiero decirte.

Martha leyó en voz alta: "Encontrarás en tu camino de todo, pero un amor como el mío jamás"

–Me gusta la frase –dijo volviéndola a leer.

–¡Tú me gustas más! –dijo Leonardo– porque eres tan bonita que tu hermosura no la puedo describir con palabras.

–¿Esa es otra frase de tarjeta? –sonrió Martha.

–No –dijo Leonardo– es la palabra de mi corazón.

000 O 000

–El tipo que nos acompañó se veía muy interesado en ti –dijo Claudia.

–Sí, pero no me gusta –contestó Paola– no me gustan esa clase de hombres que apenas te conocen y ya te invitan a salir.

–Pero, ¿Por qué? Así es la moda.

–Será la moda, pero yo no soy ningún juguete para ser tomada como un objeto de adorno.

–A ese paso te vas a quedar solterona.

–El amor creo, el amor tarda pero llega.

–Sí, pero debes tratar de ser comprensible, más amigable con los que quieren tu amistad.

–No es necesario –dijo Paola apresurando el paso– uno se da cuenta cuando una persona se acerca con buenas intenciones, es fácil diferenciar a un hombre decente de uno aventurero.

–Y según tu idea sólo Leonardo reúne tus requisitos.

–No es eso –contestó Paola desorientada– lo que pasa es...

–¿Sigues pensando buscarlo? –preguntó Claudia como dando entender que ello era ya descartado.

–Sí –contestó deteniendo un poco la velocidad de su andar.

–Eres demasiado soñadora. ¡Despierta mujer! ya no eres una niña.

–Por eso mismo, quiero luchar por lo que amo.

–¿Y si no lo encuentras? ¿Si él no te quiere?

–No me importa, porque sólo así podré saber la verdad. No estaré después con el remordimiento de haberme quedado con los brazos cruzados sin hacer nada por mi felicidad.

–Pero, ¿Por qué tanto capricho por un amor así?

–No lo sé Claudia! Te juro, que a veces me hago la misma pregunta sin poder encontrar respuesta.

000 O 000

–De aquí nos vemos en el matrimonio –dijo José– espero que cuides bien a tu novia.

–No te olvides de mis consejos. –dijo Eduardo parado junto a la puerta de la calle– ¡Por favor, Katia! Escúchame, no lo descuides –miró a Antonio que la abrazaba– en el colegio tenía la mala costumbre de escaparse.

–No te preocupes –rio Katia– no lo voy a dejar escapar.

–Esta vez no puedo –sonrió Antonio– estoy demasiado comprometido.

–Sí –dijo José– ¡Demasiado! Cuando nazca tu hijo ponle mi nombre, no se te vaya a ocurrir ponerle un nombre francés.

–No –dijo Antonio– eso queda para los alienados.

–Bueno Martha, ha sido un gusto estar contigo –dijo parándose para despedirse– es una lástima que tenga que irme Eduardo y José me están esperando.

–Es peligroso caminar a estas horas –dijo Martha.

–Sí –respondió Leonardo– en la oscuridad uno no está libre de nada.

Leonardo estaba enclaustrado en una salida indecisa, no quería una despedida fría, ello significaría no volver a verla, tenía que aguantar su timidez, lanzar toda su energía contenida o lamentarse después por su cobardía.

–Martha –dijo como si recordara alguna noticia importante no puedo irme sin decirte que voy estar pensando en ti, porque eres muy especial para mí. No sé si alguna vez –su voz tomó una tonalidad dispuesta al desaire– No sé si alguna vez pueda visitarte.

–¡Claro! –contestó Martha parándose– cuando tú quieras, somos amigos, siempre es bueno visitarnos.

Leonardo la miró hipnotizado, sentía que una fuerza muy profunda entibiaba el frío de su cuerpo.

Eduardo lo llamó desde la puerta.

–Ya voy –contestó Leonardo en voz alta, volviendo a conversar con Martha– entonces uno de estos días...

–Espero que no me mientas –dijo Martha– te voy estar esperando.

–Ya verás que no –dijo dándole un beso en la mejilla– ya verás que pronto nos vamos a volver encontrar.

CAPITULO III

“Los amigos corrompen el cerebro, llenándolo de cosas absurdas, quieren hacerme cambiar, sacarme de mis casillas. ¡Chápala! –me dicen– ¡Es bonita!, que importa que tenga una hija, mucho mejor ya te ganaste la lotería ,porque debe moverse en la cama como pagada. Yo no quiero escucharlos, antes cuando recién la conocí y todavía no la hablaba, al verla pasar, sentía un raro sentimiento. Está buena, me decía para mí solo. Después, cuando se me ocurrió difundir mis pareceres la cosa cambió, ahora mis amigos me hostigan con sus traumas, me aconsejan que la invite a salir. ¡Tiene unos senos riquitos! –exclaman simulando dibujarlos en el aire. Yo siento que las fuerzas me abandonan, que hay en mi corazón una lucha de guerreros cansados, de armas que sólo son adornos. Todo es un drama argumentado por el deseo. Mientras cierro mis ojos tratando de borrar imágenes, ella vuelve aparecer y me jala contra sus pechos, me arrastra junto al calor de su almohada. Cuando pasa por esta calle, cuando al estar parado en esta puerta ella me mira, siento que el cuerpo se me enfría, quiero ir tras ella, detenerla en la esquina, caminar a su lado por esta calle sucia, sintiendo que ella es la única razón para seguir viviendo.

Estos días en la soledad de mi pensamiento, las horas han quedado detenidas en un reloj que antes no existía. Ella tiene mi edad y su mundo sin embargo es distinto, demasiado conflictivo. En su mirada hay una rara humildad, un brillo inocente que la convierte en la mujer más inofensiva, en el ser con menos asperezas. No sé si estas apreciaciones sean imparciales, tal vez estoy creando un universo lleno de fantasías. ¡No lo sé!

Cuando viene con su hija y se sienta en el sofá de la sala, cuando toca la puerta y me dice: “¡Hola, te vine a visitar!”, tengo deseos de besarla, “Me gusta la música que tienes”, quiero ser música, tengo ganas de decirle. Qué importa que su hija juegue con las cajas de mis CDS o con mis libros olvidados sobre mi escritorio, que ensucie con sus zapatos de barro los forros de mis muebles viejos, eso no importa, si a cambio ella está conmigo, diciéndome que nunca más se va a volver a enamorar porque está desengañada de los hombres, que tiene miedo tener otro tropiezo, que ya no es una chibola para soñar con los ojos abiertos.

Tengo un compromiso conmigo mismo; esto tiene que ser un vacilón, una aventura, nada de enamorarse. Sin embargo en cuestiones de aventura mi corazón se acobarda, no puedo permanecer impávido ante el calor de una caricia loca. Me siento débil, tentado por las circunstancias.

Es mi prima o mi tía, no sé exactamente. Tiene una hija, no me conviene. Es bonita, pero sería arriesgar mi vida. Me gusta su cuerpo, no debo guiarme por las apariencias. “Los golpes son remedio para los débiles de corazón”, no sé de donde he sacado esa receta, cuando la mente no quiere entender, un golpe en el cuerpo ayuda a recapacitar. Eso lo saben Eduardo y José, por eso cuando me ven ensimismado, con los ojos ensombrecidos, hablando a cada rato de ella, atontado,

complacidamente ciego y sordo; entonces me golpearán, me patearán, comprobarán la técnica del olvido, me harán recordar que no debo enamorarme de ella. Abriré los ojos, escucharé el rumor del viento y diré que todo es una farsa, que no estoy enamorado, que no estoy enamorado.

000 O 000

Al doblar la esquina Leonardo sintió que su ánimo se le debilitaba. Después de tanto tiempo las calles volvieron a ser sus compañeras, como en los años de colegio. Una debilidad oportunista lo humillaba tratando hacerlo desandar; su corazón lo impulsaba hacia el riesgo y su mente lo retraía, confundiéndolo, retándolo contra un temor ilógico, infantil y casi estúpido. No podía cambiar su decisión por un simple nerviosismo exagerado. Sus pasos recobraron el compás natural; sabía que al llegar a la siguiente calle cualquier meditación estaría de más, ya no valdrían dudas ni meditaciones.

Al divisar las calles que confluían en aquella esquina su mirada recorrió el horizonte, observando los detalles vivos de aquel día de verano. Una impresión avasalladora detuvo sus pasos por un momento, al contemplar a Martha parada frente a su casa. Leonardo simuló seguir adelante, pero ella lo miró y cualquier falsedad se esfumó en ese momento.

–¡Hola! -dijo ella- te estabas pasando de frente.

–No –dijo él– vengo a visitarte. ¿Cómo estás?

–Más o menos –contestó Martha apocada– ahora estoy un poco mejor que la semana pasada.

–¿Por qué dices “ahora”?

–Ah, porque estuve un poco delicada de salud, me dolía la cabeza, me daban nauseas.

–Es una pena que no haya podido venir antes –dijo Leonardo observándola fijamente a los ojos.

Martha sonrió complacida.

–¡Si hubiera sabido...! –hizo una breve pausa, mostrando un semblante de tristeza- seguro que venía.

–Sí, pero no te preocupes, ya estoy bien.

Tantas veces Leonardo había repasado un bosquejo de diálogo, tantas suposiciones y frases para nada. Lo diseñado perdía su argumento para sucumbir ante los sucesos inherentes al tiempo presente.

En aquella calle desnuda, donde el viento del crepúsculo vespertino creaba nubes de arena, por donde los perros deambulaban en grupos heterogéneos. Allí el tiempo iba pasando como una burbuja de jabón. Conversaban tratando de revivir cosas que parecían olvidadas, recuerdos rebuscados, sensaciones desgastadas por el trajín de las horas incalculadas: el colegio, los profesores, los amigos, la promoción; el último año, las reuniones clandestinas, los bailes, los romances pasajeros; las ilusiones y desventuras.

–¿En serio que no tienes enamorado? –preguntó Leonardo mientras observaba a un grupo de vagos que pasaban gritándose palabras soeces.

–No, aún no –contestó Martha mostrando incomodidad.

La noche empezaba.

–¿Y por qué?

–Porqué, porque no he encontrado a mi hombre ideal.

–¿Eres de las mujeres que tiene diseñado un tipo especial de hombre?

–No. Soy más bien de las que buscan encontrar a un hombre que sepa amarla y quererla incondicionalmente.

Una niña de pelo lacio se acercó:

–Te llama mi papá –dijo.

–Ya voy –contestó Martha como no dándole importancia.

Leonardo comprendió que era ya muy tarde para continuar con la conversación.

–¿Vas a estar el domingo?

–Sí –dijo ella mirándolo interrogante.

–Entonces...tal vez pueda venir el domingo a visitarte. Claro, si es que tienes tiempo.

–Si tengo –sonrió Martha.

–Voy a estar pensando en ti –dijo Leonardo– desde hoy voy a pensar sólo en ti.

–¿En mí? –dijo ruborizada.

–Sí, en ti –contestó Leonardo no dejándola de mirar.

“La quiero”–pensó, sintiendo que era prematuro decírselo, pensando que se estaba volviendo a enamorar después de muchas lunas.

–Tengo que irme –dijo metiéndose las manos en los bolsillos del pantalón– ya se hizo de noche, me alegra haber estado un rato contigo. ¡Nos vemos el domingo!

–¡Chau! –contestó ella– ¡Gracias por la visita!

Leonardo se perdió en la oscuridad de la noche.

CAPITULO IV

–¿No piensas volver con el padre de tu hija? –pregunta Leonardo– a lo mejor tienes un poco más de suerte.

–No –dice ella frunciendo el ceño– ¿Estás loco? Una sola vez me equivoco, no dos.

–¿Pero, seguro que lo querías?

Irene se queda callada, camina mirándose los zapatos, recorre sus manos sobre su cabeza y quiere evadir la respuesta mostrándose indiferente.

–Eso ya pasó –dice– en verdad que no sé si lo quise.

–¿Ni por tu hija volverías con él? –pregunta Leonardo sacando un cigarrillo del bolsillo de su casaca– tu hija se está criando sin el amor de su padre.

Leonardo enciende su cigarrillo con un encendedor de lata.

–Hablemos de otra cosa –dice ella brindándole una sonrisa sutil– no quiero acordarme de ese desgraciado que no le compra nada ¡Imagínate! Juntarme con él. ¡Sería el colmo!.

–¿A qué hora sale Carolina? –dice Leonardo cortando aquella plática que ahora empieza a no gustarle. Aspira su cigarrillo, expulsando un humo oscuro por las narices.

–A las seis –dice Irene– ya debe estar por salir. Me da cólera mi tía porque la ha acostumbrado a recoger todos los días.

–Es una pena que tampoco Carolina tenga un padre que la proteja –dice Leonardo– tú y mi tía han tenido mala suerte en el amor.

–Al menos mi tía trabaja y puede comprarle lo que necesita, en cambio yo, estoy fregada.

Leonardo la mira con melancolía. Una señora de edad viene caminando por la vereda, justo directo a por donde camina Leonardo. Él baja la vereda y ahora camina por la pista para que la señora pase sin problemas.

–Eres joven –dice Leonardo, exhala por la boca un humito que se pierde en el viento dibujando líneas curvas y espirales– tienes una vida por delante, ya verás que tu suerte va a mejorar.

En la puerta de la escuela un tropel de alumnos se va deshilachando a uno y otro lado. La tarde está nublada. Algunos niños pasan, uniformes desteñidos, camisas remendadas, zapatos despintados.

–¡De repente! esa mocosa ya salió –dice Irene preocupada– es muy malcriada, seguro que está con las amigas jugando.

–No creo –dice Leonardo.

Están entre una multitud de niños que los empujan.

–Si fuera soltera, mi vida sería diferente –dice Irene molesta– no estaría aquí de niñera.

Leonardo camina, evitando rozar con su cigarro las ropas de los alumnos, pero una profesora pasa, y es demasiado tarde para disculparse; el cigarrillo se apaga, pegado al saco de la profesora. Irene no puede aguantarse la risa.

–No fue nada –sonríe él guiñándola.

–¡Eres un bandido!

Leonardo bota su cigarro tratando de no mirar a la profesora.

–Carolina, ¡Ven! –dice Irene– te estaba buscando, ¿Donde te habías metido? –ahora la coge de la mano, buscando salir de aquella bulliciosa prisión de cuerpos– te pones a jugar hasta tarde.

–No –contesta la niña– nuestra sección siempre sale al último– mira a Leonardo como si no lo conociese.

–Así seas la primera en salir, siempre te quedas a jugar.

Carolina no contesta, con su maletín golpea levemente los muslos de su tía.

–Leonardo es tu novio. ¿Verdad?

Leonardo se sonroja, mientras Irene le quita el maletín sin decir nada.

–No tienes de que hablar –dice– ¿No ves que es tu tío?

"Los niños se dan cuenta de todo –piensa Leonardo– y lo peligroso es que no se callan".

000 O 000

Aquella tarde Leonardo inventaba excusas ilusas para salir del fantasma abstruso que lo confundía. Encerrado entre las cuatro paredes de su habitación, tendido en su cama dura, se sentía hastiado de hacer planes sin fundamento. La mente se le convertía en una computadora amorfa, llena de confusas alegorías. Recordaba con nostalgia el día del matrimonio, la resignación al no encontrarla en la iglesia, la decepción después al no verla en la fiesta; fue un golpe mortífero. Lo consideró como un desaire, trató de hallar justificaciones, no importándole lo crueles que podían ser. "No vino porque Antonio fue su enamorado –pensó– no podía sentirse bien al ver a su antiguo amor casándose".

Las últimas visitas habían sido impulsadas por el deseo de declararle su amor, pero los obstáculos se proponían impedirlo. En la casa de Martha no existía la privacidad necesaria. Conversaban casi siempre junto a la puerta y en ese espacio era casi imposible sincerarse con palabras. En cualquier momento podía aparecer la hermana mayor o tal vez la madre, las cuales algunas veces sin proponérselo habían escuchado retazos de las pláticas. Leonardo trató de variar su estrategia, invitándola a observar el ocaso de sol más bello del Perú, en Huanchaco. El mar sereno, el muelle, el viento fresco al nacer la noche. Martha parecía estar accidentalmente imposibilitada a disfrutar de aquellas experiencias frente al mar. "No puedo", que su madre iba a salir, tendría que cuidar al hijito de su hermana. "Mejor otro día". Esta secuencia de propuestas negadas fue aumentando su desesperanza, sentía que estaba perdiendo el tiempo en ilusiones imposibles.

La última vez que la visitó, Leonardo se despidió sin ánimo, con la intención de no volverla a buscar, resignado a suspender para siempre aquel idilio no correspondido. Se encerró en su casa y no caminó por lugares próximos a la casa de Martha, sin embargo, comprendió que era difícil liberarse de esa pasión. Por eso el día de la boda fue predispuesto a terminar con todas sus dudas, sin sospechar que el destino deseaba castigarlo aún más.

–Leonardo, te buscan –dijo su madre desde la sala.

"¿Quién será?" –pensó levantándose de la cama.

–Son tus amigos de promoción –llamó la madre, como si le adivinara el pensamiento.

–¡Ya voy! –gritó Leonardo peinándose frente a un espejo roto.

En aquel momento no sabía en quien pensar, mucho menos podía sospechar una visita de Martha, por eso al abrir la puerta la impresión que experimentó lo hizo cerrar los ojos de incredulidad.

–¡Hola! Pasen, tomen asiento.

Carmen, su enamorado y Martha ingresaron a la sala, mientras la madre de Leonardo huía a la cocina.

Al saludarla sintió que la amaba, no podía ocultar ni su nerviosismo ni su admiración circunstancial.

Martha se sentó junto a Leonardo, Carmen y Mateo frente a ellos.

Las conversaciones se restringieron en dos bandos, Leonardo encendió el equipo de música buscando en vano una emisora con buenas canciones.

Al final colocó un CD de música romántica.

–Me voy Lima la otra semana – dijo Martha observando a Carmen que dialogaba con Mateo insensibles a lo que conversaban Leonardo y ella.

–¿Por qué ahora? –preguntó Leonardo en tono débil– ¿Por qué tienes que irte?

–No es algo del momento –contestó Martha– ya lo tenía planeado desde antes.

–¿No hay forma de que no te vayas?

–No –su voz parecía negarse a complacer– no la hay.

Leonardo empezó a sentir la soledad. Quería encontrar un consuelo y una esperanza: “¡Si tan solo supiera que me quiere!”

–Te voy extrañar, tú en Lima y yo aquí solo.

–Tienes amigos, amigas. No vas estar solo.

–Sí, pero tú eres distinta –un silencio emparejado con el de la música calló sus palabras– tú eres...

–Encontrarás a alguien, estoy segura que lo harás.

–Encontraré a muchas –respondió él– pero como tú. ¡Nunca!

Las palabras empezaron a expresar sentimientos guardados en los rincones más recónditos del alma. Leonardo explayó su sentir inundando los límites de la simple amistad. Flanqueó un

territorio nuevo, arriesgando las confianzas desconocidas hacía el abismo de la curiosidad. No le importaba que Martha pudiese considerar aquellas palabras como fruto de la desesperación o como motivo de falsa cortesía.

–Los días van a ser tristes, si tú no estás.

–No pienses eso, ya verás que no.

–¿Te acordarás de mí?

–¡Claro!, a los amigos nunca se los olvida.

La música seguía cantando, tropezando con la noche que iba cayendo como un dardo venenoso.

–Es hora de irnos –dijo Carmen– se ha hecho tarde.

Martha no contestó. Leonardo fingió no escuchar y cambió el CD.

–Nos vamos –volvió a decir Carmen– habíamos venido por un ratito y mira la hora que es.

Martha permanecía callada, poseída por un raro espasmo.

–Bueno, yo también me voy –dijo al observar que Carmen y Mateo se disponían a abandonar la sala.

–Les acompaño –dijo Leonardo abriendo la puerta.

Ya en la calle Carmen y Mateo caminaron adelante, dejando solos a Martha y Leonardo.

–¡Espera! –dijo Leonardo– Martha, tengo que decirte algo.

–¿Qué? –la voz de ella era asequible a cualquier respuesta.

Leonardo la miró fijamente a los ojos. No podía soportar por más tiempo su timidez.

–¡Te quiero! –dijo con un brillo en los ojos– ¡Me gustas! Estoy enamorado de ti –su voz transmitió un mensaje secreto desde el fondo de su corazón.

–¡Por favor! –dijo Martha, como si tratara de hacerlo desistir en sus palabras.

–¡Te quiero! No puedo evitarlo –sus manos rosaron levemente las de Martha.

Luego, como si aquel diálogo hubiese sido sólo un tropiezo en el camino, volvieron a caminar.

–Esta noche no voy a poder dormir –dijo Leonardo condenado a no reiterar sus propuestas de amor.

–¿Por qué? –preguntó ella.

–Voy estar pensando en ti.

Sus palabras, hilvanadas con el hilo de la vicisitud inoportuna parecían ya no tener la fortaleza meliflua, eran más bien los últimos quejidos de un corazón que no se resignaba perder la esencia de su latir. Había esperado por tanto tiempo, y ahora los sucesos le interrumpían el placer de la unión.

Luego de caminar casi siete cuadras volvieron a juntarse con Carmen. Leonardo guardó su cólera, era evidente que tendría que despedirse.

–Bueno chicos –dijo Carmen abrazada de Mateo– nosotros nos vamos de frente.

–No se preocupen –contestó Leonardo– yo voy acompañar a Martha hasta su casa.

Al quedar libres, Leonardo se acorraló en sus propios pensamientos. Siguieron caminando sin decirse palabra alguna. ¡Maldita la hora! Gente por todas partes. Era difícil encontrar un rincón solitario para conversar.

–Hasta aquí no más –dijo Martha al llegar a la esquina– ¡Gracias a tu compañía!

–¿Podré verte mañana? –derrotado, sin esperanzas claras.

–Sí –contestó ella fríamente.

–Vendré en la tarde –dijo él.

Observó el resplandor de sus labios pintados y tuvo ganas de besarla.

–¡Leonardo, no! –dijo percatándose de la intención.

–¡Te quiero! –dijo él cogiéndola de la mano.

Martha lo miró comprensiva, observó de reojo a su alrededor, como si buscara la soledad de la calle para entregarse a la fantasía ligera de un beso.

–¡Nos vemos mañana! –dijo Leonardo, pronunciando la frase sólo con el propósito de despedirse con un beso en la boca.

Una anciana apareció frente a ellos: “¡Hola!, Marthita!”.

Leonardo comprendió que todo estaba perdido.

–¡Nos vemos! –volvió a decir, despidiéndose con un simple apretón de manos.

–¡Hasta mañana! -dijo ella.

–¡Hasta mañana! –respondió Leonardo maldiciendo a la mujer que había aparecido a último minuto.

Miró en la oscuridad la silueta frágil de Martha que se alejaba. Dio vuelta la mirada en dirección opuesta y bajando la cabeza solo pudo decir: "¡La mala suerte me acompaña!"

000 O 000

"Te he invitado a salir este sábado; me dices que no, que vas a ir con tus amigas a Simbal. El lunes viajas y no quieres salir conmigo, entonces ¿Qué quieres?, me decepcionas, no eres la mujer que yo imaginaba. Si no quieres nada conmigo, ¿Por qué no me lo dices?, yo no me voy a molestar. Me dices: ¡Nos vemos mañana! Me voy a buscarte y te encuentro bien peinada, saliendo de tu casa, un minuto más y me palteaba, no te hubiera encontrado. ¡No puedo soportar más! El día del matrimonio, me puse celoso al no verte, sabía que tu ausencia se debía a Antonio, en tu lugar hacía lo mismo, si un día te casarás con otro, ¡Te juro que no iría a tu boda!

¿Con qué cara ir a bailar? Sabiendo que la mujer que se casa, no, no quiero ni pensarlo. Yo bailando y los demás riéndose en mi cara. Eso es no tener orgullo, pero también es testimonio de que duele. Por eso tuve cólera. Finalmente uno a veces se amarga la vida por las puras, de repente ni me quieres y yo pensando en ti como un tonto. Te llega altamente verme o no verme, ¡Para ti es igualito! Pero tus amigas, Carmen insinúa que puedo tener esperanzas ¿Por qué? ¿Acaso es un complot contra mí? ¿Acaso se han puesto de acuerdo para fregarme la poca paciencia que aún me queda?

Me dices que vendrás el lunes a despedirte, pero no exclusivamente a eso, lo más importante es que vendrás antes por casa de una amiga, luego si te queda tiempo pasarás por mi casa. ¿Qué cosa puedo hacer? Esperar, sentarme a rogar que te acuerdes de tocar mi puerta. El amor es ciego, no se equivocan, pues ya es de noche y no has venido; a lo mejor te has perdido, no logras encontrar la fachada de mi rancho. Esto si que es una estupidez: creerte, amarte, soñarte, todo por las puras, "Por la hueva", diría Jorge.

Te deseo un buen viaje, pues es seguro que ya no tocarás mi puerta para despedirte. No te olvides de Pinocho. ¿Recuerdas el cuento? Lo recordarás cuando empiece a crecerle la nariz. Suerte, suerte..."

000 O 000

–¡Oye!, no –dice Irene– vas a botar las cosas de tu primo.

La niña parece no escuchar, coge el cuaderno de sobre el escritorio y se lo lleva a la boca.

–¡Déjala! –dice Leonardo– no vale.

Ahora camina, cruza la sala y se pierde detrás de la cortina que separa la sala de su habitación. Abre el cajón de la mesa de noche, saca un encendedor y una cajetilla de cigarros. Sale y se sienta junto a ella. Una llama rojiza aparece en la boca del encendedor quemando la punta de un cigarro arrugado. Aspira, luego un humito tenue y oscuro se dibuja en el aire.

–¿Siempre fumas? –pregunta ella recibiendo el cuaderno deshojado que le entrega Cinthia.

–No; sólo a veces –dice Leonardo– ¿A ti no te gusta fumar?

–No puedo, me trago el humo, no sé botarlo.

–Mentirosa, bien que fumas.

–¡Oye! –dice Irene– ¡Cómo crees que te voy engañar?

Cinthia gatea por la sala, juega con un estuche de CD. Leonardo la mira, tiene pena por su caja rayada, llena de rayas imborrables.

–¡Toma! –dice alcanzando el cigarro– fuma, práctica un poco.

No quiere recibirlo. Leonardo se acerca más, ahora sus hombros rosan los de ella. Le pone el cigarro entre los labios, Irene mueve la cabeza, pero sólo por instinto. Coge el cigarro e inspira con suavidad.

–¡Tú puedes! –dice Leonardo– es fácil.

Irene cierra la boca, evita toser, entrega el cigarro. No puede contenerse, ahora tose. Una nubecilla de humo sale huyendo de su boca.

–¡Tonto! –dice ella tapándose la boca con la mano– ¡Tonto! vuelve a toser.

Leonardo sonrío, le toca los cabellos con ternura, bota el cigarrillo al piso y lo apaga con el taco de su zapato.

–No fue nada –dice cariñoso– por algo se empieza.

Irene lo mira a los ojos, le coge la mano, como si pretendiera contarle algún secreto.

–Tus manos están calientes –dice soltándolo intempestivamente– el vicio calienta el cuerpo.

–Sí –contesta Leonardo observando a Cinthia que ahora está parada cogiéndose de la pata de la mesa– el tabaco es un mal vicio, pero no para mí, pues no fumo tanto.

Irene permanece pensativa, alejada del rumor de las palabras.

–¡Ojala! que mañana salga el sol –dice estirando la cabeza hacia atrás contra el respaldo del sofá– ¡Ojala!, porque sino..

–¿Para qué quieres que salga el sol?

–He lavado la ropa y Cinthia no tiene que cambiarse.

–Entiendo –dice Leonardo– las ocupaciones de una madre.

–Las preocupaciones, dirás.

Cinthia gatea, se coge del pantalón de su madre, llora. Irene la sienta sobre sus muslos.

–Esta mocosa quiere dormir.

"Ahora le va a dar de mamar –piensa Leonardo– va a sacar uno de sus senos y me voy a poner nervioso".

–¡La luz! –dice Irene– llegó la luz...

Leonardo mira el fluorescente de la sala y lo ve apagado.

–Te haces el loco –sonríe ella– el fluorescente está apagado. Te digo que llegó la luz porque la grabadora está sonando...

Leonardo se ríe, se acerca hacia la grabadora y le sube el volumen.

–Estás enamorado –dice ella.

–¡De repente! –contesta Leonardo– tal vez tú vas hacer la primera en saberlo.

Cinthia ha dejado de llorar, cierra los ojos y se abraza de Irene.

–Se durmió, ahora tengo que irme.

–No te vayas –dice Leonardo mirando la hora en un reloj dorado que cuelga de un clavo en la pared junto al retrato de la Virgen de la puerta de Otusco.

–Tengo que irme –dice ella– ya se durmió.

–No hay problema –dice él– acuéstala en mi cama, quédate un rato más.

Irene se para con su hija dormida en sus brazos. Mira a Leonardo y él siente que en su cuerpo empieza a nacer algo nuevo, una sensación de hipnosis, de adormecimiento en sus manos frías. Ella lo vuelve a mirar, le dice con los ojos que se va a quedar; le pregunta con la expresión de su rostro si es que puede pasar a la habitación a acostar a su hija, a esa niña que no tiene padre, a ese pequeño ser que suspira, que suda, sin conocer el amor de un verdadero hogar.

–¿Tú crees que mi tía...? –Irene queda inmóvil.

La puerta suena por dos veces, se estremece la sala y la niña sobresalta, emite un quejido minúsculo que se apaga como el fuego de un fósforo.

Irene se acerca a la puerta. Leonardo se adelanta y abre.

–¡Hola! –sonríe– ¡Pasa!

Un viento fresco ingresa levantando las hojas de papel que están sobre el escritorio.

–Ya me voy –dice Irene mirando a la muchacha que acaba de ingresar– es tarde.

–Te presento a Karina –dice Leonardo, como si no la escuchase– una amiga de la Universidad.

–¡Hola! –dice Karina dejando el rastro de un beso apurado en su mejilla– ¡Qué bonita tu bebita!, se quedó dormida.

–Si pues –contesta Irene sonriendo de mala gana– tengo que llevarla que duerma, me voy, otro día nos vemos.

Leonardo le da la mano a Irene.

–¡Chau! –dice Karina mientras camina a sentarse en la silla del escritorio.

–¡Hace frío! –dice Leonardo al cerrar la puerta.

Karina lo escucha, mirándolo con incredulidad.

–Sí, pícaro –dice– no te hagas, a esa muchacha la conozco, no es ninguna santa.

–¡Otra vez! –dice Leonardo frente a la grabadora, colocando un CD –esa chica es mi prima, no creo que la conozcas, pues vive a la otra cuadra.

–¿Con tu prima escuchas baladitas? –sonríe– con tu prima te fumas unos cigarrillos, no me hagas sentir que me chupo el dedo. ¡Qué raro!, conmigo nunca fumas, en cambio con ella –mira el piso rociado de cenizas.

–Estas malinterpretando –se pone serio, camina hasta ella y la abraza tratando de besarla–
Karina, ¡Mi amor!

–Eres un bandido, a tu primita la conozco, iba a buscar a mi primo, varias veces la he visto en su casa.

–Es probable –Leonardo logra besarla en forma fugaz– pero no me interesa ¿No entiendes que es sólo mi prima?

–Te lo digo porque conozco a ese tipo de mujeres –lo coge de la mano– a esa clase de mujeres no les interesa nada.

Leonardo la besa, cierra los ojos e imagina que la está besando a ella, a Irene. “No me interesa –piensa– no me importa que seas mi prima o una muchacha incomprendida, te deseo, ¡Te amo!”

–¡Te amo! –dice en voz alta.

–Yo también –contesta Karina.

000 O 000

–No se despidió –dijo Eduardo burlesco– tu amor se fue sin decir nada. Imagínate –miró a José– el pobre hombre limpió su casa, se bañó, se vistió como para un tono, sacó su "music" y nada.

–No fue así –contestó Leonardo– no exageres, lo único que hice fue esperarla y al ver que no venía, normal.

–¡Te voy a creer! –dijo José– bien que sufres.

Era de noche. Leonardo conversaba parado frente a sus dos amigos que permanecían sentados en una banca del parque.

–¡En serio! –dijo Leonardo– creo que hasta lo hacía por vacilón, si estuve tras de Martha fue por pasar el tiempo, ustedes son testigos que casi no le tomaba importancia.

Su conciencia lo acusaba de mentiroso, eran sin duda las heridas del desaire. No podía aceptar un final más amargo, hasta los recuerdos lo castigaban. Su mente volvía al pasado, a los años de colegio, a las vivencias irrepitibles que ahora se transformaban en simples folios de una vida nueva, distinta y contradictoria. A lo largo de su vida, la experiencia con el amor lo había

pisoteado en las partes más susceptibles de su corazón. Cada desilusión era como la caída de agua de una catarata de infelicidades.

–¿Cuándo va a volver? –interrogó Eduardo– ¿O ya no va a regresar?

–¡No sé! –contestó Leonardo confundido.

–¡Qué triste! –cantó José– luce todo sin ti.

–¡Cállate! –dijo Leonardo con los ojos asustados– no van a creer lo que estoy viendo. No volteen.

–¿Qué cosa? –dijo Eduardo.

–Miren disimuladamente hacía atrás y van a llevarse una gran sorpresa.

Eduardo y José voltearon a mirar.

–No hay nada –dijo José.

–¿Acaso no se dan cuenta? –Insistió Leonardo– miren esas tres siluetas.

–¿Quiénes son? –interrogó Eduardo.

–No ven a Martha, Carmen y su...

–Sí –gritó José– son ellas.

–Yo de ti lo mando a recoger piedras –dijo Eduardo– ella bien tranquila caminando y tú como un imbécil, sufriendo.

–¡Hazle la parada! –exclamó José– ¡Qué una mujer me haga eso!

Leonardo se sintió avergonzado, arrepentido por haberlos hecho mirar a Martha. ¡Si no hubiera abierto la boca!

–Hay que llamarlas –dijo Eduardo– esto no puede quedar así.

–No –contestó Leonardo, sintiendo que la cara se le llenaba de rubor– no las llamen, ni cuenta se han dado de nosotros.

–¿A dónde crees que vayan? –preguntó José.

–Van a la iglesia –contestó Leonardo como si pensara en voz alta– estoy casi seguro que van para allá, Martha me comentó que hoy habría una verbena de aniversario.

–A lo mejor ha quedado en verse con alguien –dijo Eduardo tratando de alimentarle la cólera.

–¡De repente! –contestó Leonardo– pero igualito me da.

–¡Qué tal roche! –gritó José observando que Martha llegaba a la esquina de la avenida–
¡Vamos a tomar un par! Así nos relajamos un poco.

–Eso es –dijo Eduardo– una buena solución.

–No –dijo Leonardo parado como un poste– mejor me voy a mi casa.

–¿Crees que va ir a buscarte? –dijo Eduardo– no te hagas ilusiones.

–No es por eso.

–Vamos a la verbena, normal, no vayas por ella, hazte cuenta que no la hemos visto, que está en Lima.

–No tengo ganas –contestó Leonardo.

–No dices que no te importa –dijo José– ¡Vamos! De puros amargos si las encontramos no les pasamos la voz.

–No quiero verla –dijo receloso– no está en mi agenda atender distritos hoy día.

–¡Qué miedoso! –dijo Eduardo frunciendo el ceño.

–La que se va a paltear va ser ella –dijo José.

–¡Anda! ¡Vamos! –volvió a decir Eduardo levantándose de la banca– ¡Ánimo!

Leonardo pareció dudar por un momento.

–¡Bueno ya! –contestó– ¡Vamos! No me interesan las mujeres mentirosas.

Un joven alto empezó a cantar, su cara era reflejada por las luces de colores que componían la escenografía del escenario. Su guitarra emitía notas apócrifas, convencionales y melodiosas.

–¡Hace frío! –dijo José– estas gradas parecen de hielo.

Estaban sentados a un costado del escenario, el cual en días normales era un campo de fulbito.

–Y Martha no está –dijo Eduardo– para mí que está planeando –miró a Leonardo, y éste parecía no escucharlo– no es para que te pongas mal, normal, si un amor se va, otro vendrá.

–¡Cállate! Que por ahí vienen –dijo Leonardo– no nos ven.

–¿Vienen para acá? –preguntó José.

–No –dijo Eduardo– por suerte se van a sentar por donde están los arcos.

–¡Martha está riquita! –dijo José– ¡Como nunca!

Martha se sentó en la parte delantera de las graderías de cemento.

Por el pensamiento de Leonardo fueron pasando escenas románticas, miradas vistas como por detrás de un vidrio, algunas tan borrosas, como nubes de humo. Sin proponérselo, se encontró con la mirada de Carmen, a la cual esquivó instantáneamente, como si un presentimiento de desaire le hubiese impedido corresponder con un saludo. Martha no volteaba a mirar, estaba como hechizada observando el escenario.

Leonardo volvió a encontrarse con la mirada de Carmen, esta vez para recordar recuerdos de antaño. Recordó que la conoció en la escuela primaria cuando tenían seis años, ella de trenzas, una de las más pequeñas del salón, de voz delgadita. Eran amigos, a la hora de recreo Leonardo le invitaba su pan con atún que le preparaba su madre, algunas veces incluso la encaminaba hasta unas cuerdas antes de su casa. Probablemente ahora Carmen no recordaba aquellos días, los años la habían hecho olvidar.

Martha daba muestras ficticias de una actitud serena. Sabía que Leonardo la estaba mirando, cualquier artificio estaba de más, con él no podía fingir, sin embargo, le era difícil sobreponerse a aquella situación embarazosa.

–¡Vamos a orinar! –dijo Eduardo.

Caminaron por la parte alta de la gradería, pasando por detrás de Martha, sin que ella pudiera darse cuenta. Saltaron sobre el borde del campo de fútbol, se abrieron paso entre la gente que se había arremolinado, cercándolo.

–¡Vayan ustedes! –dijo Leonardo, cuando estaban fuera de aquel círculo humano– les espero.

Leonardo compró cigarrillos y luego regresó ubicándose delante de los espectadores, una señora protestó que se sentase, que no dejaba ver. Leonardo caminó a un costado. Desde ese lugar podía mirar a Martha, estaban frente a frente. Al voltear a buscar a sus amigos se encontró con uno de sus vecinos.

–¡Hola! Alfredo –dijo dándole la mano.

Una muchacha de aspecto coqueto lo saludó.

–Sobrado –dijo– ya no me conoces.

-¡Hola! Karol –dijo disculpándose con un gesto de asombro.

-¡Qué pasa jugador! –dijo Alfredo– ya no la conoces, ¿Qué es eso?

Leonardo cogió a Alfredo del brazo y lo hizo caminar a corta distancia de Karol.

-¡Oye! –dijo Leonardo– una pregunta, la chica que está sentada al frente, a la derecha, casi frente al arco, la de polo celeste, ¿Está mirando para acá?

-Sí –dijo él– ¿Por qué?

-Por nada –contestó– más bien quiero pedirte un favor de amigos –miró a ambos lados, como si temiese encontrar a alguien conocido– déjame un ratito con Karol, no es para enamorarla, yo sé que pronto va a ser tu costilla, es para...

-Entiendo, entiendo –sonrió Alfredo– normalazo, adelante, yo soy ciego y sordo.

Leonardo se acercó e Karol, la besó en la mejilla como si recién la encontrara. Trataba de comportarse como un pícaro aventurero. Martha lo estaría observando, dándose cuenta que no era tan tonto como parecía.

Eduardo y José le silbaron, pero cuando Leonardo trató de llamarlos, éstos no estaban.

-Ya nos vamos –dijo la voz de una mujer.

-¡Todavía no se vayan!

Volteó la mirada, era Martha que se despedía de José. Leonardo sintió que su orgullo se derrumbaba, dejó a Karol y fue tras de Martha.

-¡Hola! –dijo parándose frente a ella.

-¡Hola! –contestó Martha.

-Todavía no se vayan –dijo Leonardo dando la mano a Carmen y Mateo– es temprano, la verbena recién empieza.

-No –dijo Carmen– nos han dado permiso sólo hasta esta hora.

Eduardo y José caminaron adelante, mientras Carmen y Mateo los seguían. Martha quedó sola, abandonada. Leonardo sorprendido por aquella feliz circunstancia la alcanzó.

-No te fuiste –dijo resentido– pensé que ya estabas en Lima.

-He tenido algunos problemas –contestó Martha.

Pasaban frente a la puerta de la iglesia.

–Yo también –contestó Leonardo tratando de parecer equitativo– no he podido dormir pensando en ti, creyendo que estabas lejos.

Martha lo escuchaba sin mostrar interés.

–Hoy que te veo mi corazón ha vuelto a ser feliz –Leonardo hizo una pausa, esperanzado en escucharla– ¿Siempre te vas?

–Sí, de todas maneras, dentro de unos días.

Los demás iban riendo, sin detenerse a esperarlos.

–¿Eres romántica? –preguntó Leonardo al escuchar a lo lejos una balada de José José.

–Sí, demasiado romántica –dijo ella– ¿Y tú?

–Sólo en ocasiones especiales, como por ejemplo esta noche.

Se sintió solo, desilusionado, invadido por una pasión incomprendida. Conversaba olvidando el desaire, tratando de borrar las dudas de su mente.

–¡Te quiero! –dijo Leonardo al llegar a la esquina– aunque la distancia nos separe nunca te voy a dejar de amar.

–No mientas, yo sé que me vas a olvidar.

–No puedo, no podré.

–Ya verás que sí

El silencio se convirtió en un rito triste. Era el momento de la despedida, al otro lado de la calle Carmen y Mateo la esperaban.

–Te acompaño –dijo Leonardo, tratando de retomar la conversación.

–¡Gracias! –contestó ella– pero tengo que regresar con Carmen, mi mamá no me hubiera dado permiso si no fuera por ella, si llego sola. ¡Imagínate! lo que pensaré.

–¡Por favor! –dijo Leonardo tratando de cogerla de la mano necesito hablar contigo.

–¿Qué quieres decirme?

–Algo muy importante –sonrió Leonardo, al ver que Eduardo y José le decían adiós con las manos– no te lo puedo decir ahora, te están esperando, pero...

–Pero...si yo les digo que se vayan, que tú me vas acompañar, me lo dirás sin apurarte. ¿Verdad? –la voz de Martha poseía un tono detestable, de desprecio.

–No es eso –contestó Leonardo, humillado sin saber que decir.

–No te hagas –sonrió Martha– yo también soy un poco sicóloga, me doy cuenta de tus intenciones, me gusta la idea pero ahora no puedo.

–¿Y mañana? ¿Si voy a tu casa?

–¡Puede ser! –dijo ella mostrándose indiferente, con ganas de terminar la plática.

–Dime con seguridad, si puedes o no.

–Ya –contestó ella, como si no existiese otra alternativa. Mañana.

Leonardo sintió rabia, se sentía como un estorbo al cual trataban de quitarse de encima.

–¿Mañana?

–Sí –dijo ella alejándose, sin darle ni siquiera la mano– mañana.

Martha cruzó la calle, apresurada, como si la presencia de Leonardo la hubiese molestado, ahuyentando su alegría.

–¡Nos vemos! –gritó Leonardo mirando a Carmen y Mateo– ¡Cuídenla!

–No te preocupes –contestó con un movimiento de su mano.

Leonardo sintió el vacío de la angustia. La medianoche lo cubrió de ilusión, de esperanza y frío, de un frío que era como ella: huidizo.

CAPITULO V

–Ayer te vi en Trujillo –dice Irene– te vi abrazado de una chica.

–¡Qué mentirosa que eres! –dice Leonardo– ayer no salí.

Leonardo la mira, en sus ojos hay una serena provocación, siente que una fuerza lo atrae hacia ella. Observa las formas de sus pechos, expresados a través de su blusa plegada. Tiene miedo de dar un paso en falso, piensa en olvidarla, en no continuar con ese indescriptible juego. Sabe que ella no entiende de romanticismo idealista, descarta la retórica del adorno y quiere hablar en la forma más simple.

–Yo tampoco he salido ayer –dice ella– te estaba mintiendo para ver tu reacción, ya veo que te pones serio, seguro que...

–¿Tú crees que si tuviera mi chica, estaría aquí?

Irene baja la mirada y lo mira de reojo.

–Estaría con ella –dice Leonardo.

–Vas a decir que no tienes enamorada –ahora vuelve a mirarlo

Leonardo sonrío.

–¿Tú tienes enamorado?

–¡Yo! –exclama Irene sonrojándose– ¡Estás loco! ¿Cómo se te ocurre?

–El hecho que tengas tu hija no es impedimento, el amor no tiene límites.

–¿Tú aceptarías a una mujer con hijo como enamorada?

Leonardo se acerca hasta tocarla con los hombros, la mira a los ojos, saca del bolsillo un papel rosado escrito a máquina.

–Lo escribí para ti –dice poniéndolo en sus manos– en la mañana escuchando música me llegó la inspiración y lo escribí.

Irene lo recibe con una curiosidad temerosa. Empieza a leerlo con voz entrecortada:

*"Inspirado en tu recuerdo, suena mi voz.
Relumbran tus ojos en el sueño de mi mente, y
Empiezan a nacer las flores de tu boca roja.
No necesito oír tu nombre ni cantar tu belleza,
El amor es un soplo que deja su huella
donde el silencio se transforma en palabra".*

–Eres un mentiroso –dice ruborizada– quieres engañarme para que me ponga nerviosa.

–¡Es la verdad! –contesta– todo lo que escribo me sale del corazón, no puedo mentir.

-Pero...

Leonardo la mira, carraspea, mueve los dedos de su mano. Ahora la toca.

–Estoy enamorado de ti –su voz es el eco de su alma– hace tiempo que quería decírtelo.

–¡Leonardo! ¡Por favor! somos familia –su mano presiona con fuerza la muñeca de Leonardo como si fuese consecuencia de un acto fallido, de una necesidad de protección– eso no puede ser.

–Pero, ¡Te amo! El amor no tiene explicaciones, es una energía que no la puedes contener.

Irene trata de pararse. Leonardo se lo impide, la coge de la mano, la jala hacia él. Ella opone una resistencia voluble y se vuelve a sentar. Leonardo la abraza, le besa los cabellos y busca con desesperación besar sus labios carnosos. Ella lo evita moviendo la cabeza, pero ese desequilibrado forcejeo pierde fortaleza. Logra besarla, prueba su sabor dulce, cierra los ojos y en ese preciso instante Irene se levanta— Pongamos música —dice caminando hacia el equipo de sonido.

—¡Ven! —dice Leonardo— ¡Ven!

Irene lo mira, coloca un CD de Gianmarco y se arregla los cabellos.

Leonardo se levanta, camina para abrazarla, absorbe su calor, intenta besarla. En sus manos siente la tibieza de una piel que se niega a ser acariciada en toda su amplitud.

Probablemente Irene no quiere soltarse, pero tampoco se deja besar. En momentos como ese, siente que está volando en un globo de papel, le gusta la aventura, pero tiene miedo, miedo de caer. Quisiera entregarse sin reticencias, mas una huella indeleble aparece borrando sus intentos.

—¡Te quiero! —dice él, siente un ligero temblor en las piernas— ¡Me gustas!

—Lo voy a pensar —dice ella— tengo mi hija y no es fácil tomar decisiones apuradas.

Se abraza con fuerza de él. Ahora es ella quien besa, con su boca, con sus pechos, con su vientre, con todo su cuerpo, con sus lágrimas, con sus penas, con sus sueños, con todas sus emociones.

Allí en ese reposo de la tristeza, el papel rosado es un verso fugaz que ella quiere retener en su alma, no importa el pecado, su amor es un pájaro que ahora es libre para volar y cantar.

Leonardo deja caer sus palabras y sobre ellas se acuesta exhausto, feliz, dormido o amado. En los brazos de Irene los corazones dibujados en su mente se vuelven de azúcar. Quiere apartarse, pero es tarde, los corazones son de miel. Es tarde, el amor es amor.

CAPITULO VI

Cuando la oscuridad amenazaba inundar el cielo azul, cuando el viento soplaba insistente, llevándose retazos de papeles sucios, Leonardo tocó la puerta.

—¿Quién? —preguntó una voz desde el interior.

—Yo —contestó Leonardo sonriendo por aquella respuesta. "Yo —pensó— ¿Quién es yo?"

–¿Quién? -esta vez la voz se escuchó nítida.

Leonardo miró a la ventana.

–¡Hola! –dijo– ¿Está tu hermana?

–No –contestó Teresa– ha salido.

Un niño pretendía abrir la puerta, pero Teresa se lo impidió.

–¿No sabes a qué hora va a regresar?

–No sé, ha ido a casa de mi tía.

–¿A tu tía? –por un momento tuvo ganas de preguntarle donde vivía esa tía– bueno...había quedado venir hoy...

–Te ha estado esperando –dijo– no hace mucho rato que ha salido.

–Es una pena –sonrió Leonardo– verdaderamente necesitaba conversar con ella.

–¡Espérala un momento!

–Tal vez, va a demorar.

–Eso pues.

–Mejor –hizo una pausa, examinando los papeles que llevaba en el folder– creo que más tarde vengo.

–Quiero preguntarte algo –dijo Teresa.

–¿Sobre qué? –contestó atento Leonardo.

–¿Te acuerdas de Paola?

–¿Qué? ¿De Paola? –su rostro cambió de matiz.

–Sí, de una chica que estudiaba conmigo.

Leonardo sintió que la visión se le nublabá. Cómo no iba a recordarla, si cada día que se sentía solo se consolaba mirando su fotografía. La mujer más mística, la que se fue de su vida sin dar explicaciones, volvía a ingresar en su presente, silenciosamente como el día en que la conoció.

–¿De qué Paola? –volvió a preguntar, tratando de divagar la respuesta, temiendo que Martha lo estuviese escuchando detrás de la puerta.

–No te hagas –dijo Teresa– yo sé que la recuerdas.

–¿La chiclayana? –respondió Leonardo, como si adivinase un acertijo– ¿De ella me hablas?

–Sí –dijo Teresa– ayer vino a visitarme y me preguntó por ti.

–¿Paola vino? –sus ojos tomaron un brillo ignoto– ¿Paola vino? ¿Donde vive que hace tiempo no la veo?

–Creo que en...¿Te gustaría verla?

–No sé, ha pasado tanto tiempo que...

–Ella quiere verte.

–¡Estas mintiendo! –dijo Leonardo exaltado– yo sé que no es cierto.

–¿Fue tu enamorada? ¿Verdad? –su voz invitaba a una respuesta sin inhibiciones– no lo niegues, normal, a mi hermana no le importa el pasado. “Tampoco yo le importo” –pensó Leonardo.

–Sí, fue mi enamorada por veinticuatro horas.

–¿La has olvidado?

–No del todo, al primer amor nunca se olvida; bueno creo que ningún amor se puede olvidar.

–Ella no te ha olvidado –dijo Teresa.

–Me sorprende –contestó Leonardo, sus deseos reprimidos afloraron entusiastas, volvieron a ser parte de historias inconclusas. Ahora comprendía que existían sentimientos escondidos en las paredes mojadas de su anhelante corazón. Para esos sentimientos no valían pretextos ni distancias. Era suficiente una simple voz de alerta.

–¿La quieres aún?

–No sé –contestó Leonardo contrariado.

–Eso quiere decir...

–Si un día la encuentro podría saberlo.

–¡Lástima!, no me dejó su dirección, sino te la daría.

–No importa –dijo él mirando de soslayo la puerta– me contento sabiendo que se acuerda de mí.

–¿Y mi hermana? ¿La quieres?

–Sí –contestó con tristeza– ¡Se me hace tarde! ¡Tengo que irme!

–¿Vas a volver?

–Tal vez más tarde. Si en caso no pueda volver, dile a tu hermana que le deseo un buen viaje. ¡Chau!

CAPITULO VII

–¿Y cómo te fue? –preguntó Eduardo palmeándole la espalda.

–Bien y mal –dijo Leonardo mientras observaba a una muchacha que pasaba por la vereda.

–¿Y eso, por qué? –con una mano sostuvo la puerta evitando a que se abriera.

–Ha ocurrido algo interesante, algo casi como un milagro.

–¿Qué cosa? ¿La llevaste a un hotel? ¿Se te declaró?

–No –rió Leonardo– es otra cosa.

–¿Qué cosa?

–La hermana de Martha me habló de Paola, me dijo que la había visto y que le preguntó por mí.

–¿Preguntó por ti? Eso es una broma. ¿Cómo puedes creerlo? Te mintió, por fastidiarte.

–No, yo sé que es cierto, Teresa era muy amiga de Paola.

–¿Qué más te dijo?

Leonardo trató de empujar la puerta.

–¿Quién está adentro que no quieres dejarme pasar? ¿Una chica?

–Sí, creo que la conoces.

–¿Quién?

–Claudia, mi compañera de clases.

–¿La flaquita? –Leonardo empujó la puerta, pero sin poder observarla– y, ¿La estás afanando?

–No, nada que ver –Eduardo volvió a cerrar la puerta– no creo que atraque conmigo, además no es mi tipo.

–¡Es bonita! –dijo Leonardo en voz alta, pretendiendo ser escuchado por la invitada.

–Sí –susurró Eduardo– pero más linda es Martha, anda no te hagas el loco, ¿La encontraste? ¿Pasó lo que tenía que pasar?

–Nada –dijo Leonardo apesadumbrado– no la encontré, según su hermana se había ido a casa de su tía, pero yo creo que estaba escondiéndose de mí.

–¿O sea que te hizo ir por las puras?

–Lamentablemente sí.

–Un fracaso más, qué importa –sonrió Eduardo– ya vendrán los buenos tiempos.

–Todas se me están achorando –dijo Leonardo con recelo– a Martha ya no pienso buscarla.

–¿Para qué vas a volver? A lo mejor mañana se va.

–Sería lo mejor, ya no quiero caminar tanto. ¡Mira mis zapatos! –hizo un ligero zapateo haciendo sonar la suela sobre el piso– ¡Mira como cae la arena! ¡No me sale a cuenta!

–Si pues –rió Eduardo– el betún está caro, hay que economizar.

–¡Ya déjate de hablar! –dijo Leonardo– ¿Qué no piensas invitarme a pasar?

–Pasemos –dijo Eduardo– yo sé compartir.

Claudia estaba sentada, rayando una hoja abigarrada de números.

–Todo me sale mal –dijo rascándose la cabeza con la tapa del lapicero– ¡Cómo odio las matemáticas!

–Yo también –sonrió Leonardo sentándose en una silla frente a Claudia.

–Es mi amigo –explicó Eduardo– creo que lo conoces.

–Sí –dijo ella– ¡Hola!

–¡Hola! –contestó él, extendiendo su mano para saludarla.

La miró al sentarse, al coger la revista, al prestarle el lapicero. Claudia le correspondía con una mirada insinuante. A su lado Eduardo la reprendía por no captar las fórmulas. Así estuvieron durante algunos minutos, mientras Leonardo hojeaba sin interés una revista de historietas.

–Creo que lo dejamos para mañana –dijo Claudia mostrando cansancio.

–Mañana es el examen –dijo Eduardo– aún nos falta repasar la última clase.

–Es fácil –contestó ella– mañana le damos una repasadita antes del examen, hoy ya está tarde.

–¿Dónde vives? –preguntó Leonardo.

–En las Quintanas –dijo Claudia.

–No está muy lejos, tengo un amigo cerca del mercado.

–Yo vivo a dos cuadras del mercado –dijo Claudia levantándose.

–¿Quién vive en las Quintanas? –preguntó sorprendido Eduardo.

–Un amigo que tú conoces –respondió Leonardo– pero de vista.

Claudia cogió sus cuadernos, metiendo sus lapiceros en el bolsillo del jean.

–Tengo que irme, ya es de noche.

–¿Qué hora es? –preguntó Leonardo.

–Diez para las siete –dijo Claudia mirando su reloj.

–Te acompañamos a tomar tu micro –dijo Eduardo abriendo la puerta.

–A esta hora lo puedo encontrar –dijo Leonardo como si hablara para si mismo.

–¿A quién? –interrogó con curiosidad Eduardo.

–A mi amigo que vive en las Quintanas –dijo Leonardo– ¡Vamos! –miró a Claudia– aprovecho y te acompaño.

Eduardo rió, movió la cabeza para darle a entender que no le creía el cuento.

Al subir al bus, Leonardo pudo darse cuenta de la presencia de Susan. Estaba sentada con un niño en los brazos. La miró sin decirle nada. Se sentó dos asientos más atrás.

–Aún hace frío –dijo Leonardo cerrando la ventanilla. Quiso decir que el invierno se estaba haciendo largo, pero era Marzo, y su reacción lo liberó a tiempo de hacer el ridículo.

–En la Capital de la Primavera –dijo Claudia– haciendo frío, parece mentira.

–¿Eres trujillana? –preguntó Leonardo– tienes un acento algo norteño.

–Pues soy de Talara –dijo imitando el acento cantarín de Piura.

–Con razón, ¿Hace tiempo que vives en Trujillo?

–No, recién hace un año. Me vine a estudiar.

–Ah, ¿Y tienes familia aquí?

–¡Qué bueno fuera! Vivo en un cuarto alquilado con una amiga.

–Por el amor al estudio, a veces es necesario sacrificarse –dijo Leonardo– vivir lejos de la familia, por ejemplo.

El carro se detuvo, Susan bajó, estaba flaca. Recién ha dado a luz –pensó Leonardo.

–¿Tú estudias arqueología? –dijo Claudia a modo de comentario– te vi el otro día en la Huaca de La Luna.

–Sí, pero a pesar de todo me doy un tiempo para apreciar la belleza actual.

–La historia es bonita, sobre todo si al mismo tiempo puedes conocer muchos lugares. A mí me gusta.

–¿Y las matemáticas? –Leonardo rió.

–Casi no, me resulta difícil aprender tanta fórmula.

–A mí siempre me jalan. En el colegio era el curso que más me causaba problemas.

–Eso si que es horror a las matemáticas.

–Sólo a eso –dijo Leonardo.

Bajaron en un parque adornado con rosa rojas. Leonardo cogió una a escondidas del vigilante y se la dio a Claudia.

–¿Te gusta?

–Sí; mucho. En el cuarto acostumbramos comprar claveles.

–¿Donde vive tu amigo?

–A la otra cuadra –dijo deteniéndose.

–Bueno, yo me voy por aquí –dijo Claudia señalando la calle opuesta .

–¿A cuantas cuerdas vives?

–A tres –contestó ella mirando hacia el fondo de la calle.

Leonardo observó frente a él un restaurante, de apariencia elegante. Se metió las manos en los bolsillos para cerciorarse que llevaba dinero.

–¡Te invito a tomar una gaseosa! –dijo Leonardo– después te vas.

–Otro día –contestó indecisa.

–No dejes para mañana lo que puedes hacer hoy.

Claudia dudó por un momento.

–Bueno, para que no digas que no te aprecio, acepto.

–Así me gustan las mujeres.

–Seguro que a esta hora Paola ya llegó.

–¿Quién es Paola? –preguntó mientras cruzaban la calle.

–La chica que vive conmigo –dijo Claudia.

–¿También estudia?

–Sí, pero sólo en las mañanas, por la tarde trabaja.

–¿Estudia en la U?

–No, –contestó Claudia– en un Instituto.

–Su nombre me trae recuerdos –dijo Leonardo– recuerdos de adolescente.

El restaurante carecía de comensales, algunos empleados de limpieza acomodaban las mesas.

Leonardo pidió dos Pepsi heladas.

–¡Salud! –dijo al llenar los vasos– por esta nueva amistad, para que sea la mejor.

–¡Salud! –respondió chocando su vaso en aire con el de Leonardo.

–Eres a simple a vista una chica muy especial, tengo la impresión de que nos vamos a llevar muy bien.

–No lo dudes –Leonardo la observó por un instante sin que ella lo notase, sacó su lapicero del bolsillo, bebió un sorbo de gaseosa y volvió hablar.

–Préstame tu cuaderno –dijo llenando el vaso con lo que quedaba en la botella.

Recibió el cuaderno, buscando una hoja en blanco, mirando el fondo del horizonte, concentrando su atención en el interior de su mirada.

–¿Qué haces? –preguntó Claudia interrogante, tratando de descifrar lo escrito.

Leonardo sonrió. Escribió dos líneas más, colocó el lapicero a un costado del cuaderno y leyó en silencio.

–Es para ti –dijo devolviéndole el cuaderno. .

"Cuando duerma el sol en un rincón,
La luz de tu mirada despertará.
Aparecerán tus ojos negros en mi sueño
Unidos a tus labios que conquistan.
Dirán que estoy pensando en ti,
Intentando retener tu recuerdo,
Amándote sin límites, sin pensar en el olvido."

–Está bonito –dijo Claudia– ahora resulta que tengo la buena fortuna de conocer un poeta.

–No soy poeta –dijo Leonardo– simplemente escribo lo que siento.

–¿Lo haces siempre?

–Solo cuando me inspiro.

–Yo no puedo escribir ni un correo –dijo Claudia.

–¡No lo creo! –contestó Leonardo– además no es tan importante la forma en que escribes, sino más bien la manera como lo dices.

–Tienes razón, pero de todas maneras, siempre es bueno un poco de arte.

–¡Tú la tienes! –dijo Leonardo– ¡Eres hermosa! Una mujer como tú no necesita de tantas palabras.

–¡No exageres! –dijo levantándose.

–Para nada, no me gusta mentir ni exagerar.

–¡Qué humildad! –exclamó Claudia con jovialidad.

Leonardo rió, caminó a pagar la cuenta, luego salieron.

–Ahora sí que es tardísimo.

Las luces de la ciudad iluminaban la calle.

–Ha sido un gusto disfrutar unos minutos contigo.

–Para mí también.

–No sé si sea posible encontrarnos en otra ocasión.

–¡Tal vez sí! pero en mi cuarto no puedo recibir visitas, no es que me lo prohíban, sino que la señora, la dueña de la casa es muy mal pensada.

–Comprendo –dijo Leonardo– por una parte haces bien; pero entonces podemos encontrarnos en otro lugar, por ejemplo en el restaurante de hoy.

Claudia quedó pensativa.

–No lo tornes como un compromiso, tómalo como una propuesta de amistad.

–Está bien –dijo Claudia– tus palabras me convencen.

–¿Te parece bien pasado mañana a las seis?

–¡Déjame pensar!...Sí, está bien. No tengo nada importante que hacer.

–Entonces, ¡Hasta pasado! –dijo Leonardo despidiéndose con un beso en la mejilla.

–¡Nos vemos! –dijo Claudia– ¡Cuídate!

–Tú también –respondió Leonardo.

000 O 000

–¿No que ibas a venir temprano? –dijo Paola mientras Claudia dejaba sus cuadernos sobre la cama.

–Sí, pero se me hizo tarde –se sacó los zapatos, luego se acostó cansada, sobre el ancho de la cama– me sucedió algo hermoso.

Paola la escuchaba sentada, mirando la televisión.

–¡Mira! –dijo Claudia, buscando la hoja escrita en su cuaderno. Quiero que leas esto.

–¿Qué es?

–¡Toma! ¡Léelo!

Paola se levantó, cogió el cuaderno y volvió a sentarse.

–No sólo tú tienes, o mejor dicho, tenías tu poeta.

–¿Estuviste con Fernando? ¿Verdad? –continuó leyendo en silencio.

–No, él no es tan romántico.

–¿Y entonces? –Cerró el cuaderno– ¿Quién?

–Un amigo que conocí hoy, bueno, hoy me lo presentaron, pues ya lo había visto antes en la U.

–¿Y qué tal?

–Me parece que bien, incluso quiso acompañarme hasta aquí, pero yo le dije que no, tú sabes que la señora Maritza es demasiado mal pensada.

–¿Vive en Florencia?

–Es vecino de mi amigo. Además me invitó a tomar gaseosa en el restaurante del parque Kennedy.

–¿Vino hasta aquí? –Paola dejó de mirar la televisión.

–Sí, fue en la mesa del restaurante donde escribió estos versos.

Cosa rara, se llama Leonardo.

–No mientas –dijo Paola– tratas de molestarme.

–¡Es la verdad! Es extraño, pero me dijo que tu nombre le traía recuerdos.

–¡Estas mintiendo!

–¿Para qué te voy a mentir? –Claudia se sentó al borde de la cama– cuando mencioné tu nombre, me dijo que le recordaba los días de colegio.

–¿No le preguntaste por qué? –Paola empezaba a creer.

–No, te juro que en ese momento ni cuenta me di de la coincidencia.

–¿Dices que estudia en la U?

–Sí.

–¿Qué carrera? –sus cinco sentidos se agudizaron, motivados por el renacimiento de una fe insatisfecha.

–Arqueología –contestó Claudia.

–¿Qué? –la voz de Paola emitió una nota sostenida, como si fuese la de una cuerda de guitarra– ¿Qué?, no me digas que está en el sétimo ciclo.

–Sí –contestó Claudia– ¿Crees que sea él?

–Es casi seguro –dijo Paola parándose– Teresa me contó todo eso, no creo que sean sólo coincidencias.

Sacó su álbum de fotos y buscó la de Leonardo.

–Todo coincide, dijo anoche una voz en mis sueños. Escribe poemas, vive en Florencia, estudia en la U.

–¡Mira! –dijo Paola mostrándole la foto– ¿Se parece?

Claudia observó el retrato de Leonardo abrazado de Paola frente al monumento de Túpac Amaru, y no tuvo dudas.

–Es él –dijo– estoy segura. Es la misma mirada.

Paola cerró los ojos, como tratando de dominar sus impulsos soñolientos, luego se sentó junto a Claudia.

–Esto quiere decir que el destino lo ha colocado otra vez en mi camino, quiere decir que el amor llega sin necesidad de buscarlo tanto.

–¡Si hubiera sabido que era él! –dijo Claudia abrazándola– de cualquier forma lo traía.

–Tengo que buscarlo en la Universidad –dijo Paola– de alguna forma tengo que encontrarme con él.

–No es necesario –dijo Claudia sonriendo– pasado mañana vas a poder verlo. Él va a venir.

–¿Qué dices?

–Va a venir. He quedado encontrarme con él, en el restaurante.

–¿En serio? –Paola se dejó caer de espaldas sobre la cama. Sintió que volaba.

–El viernes podrás verlo.

–¿Y si nos estamos equivocando? ¿Si estamos apresurando nuestras apreciaciones?

–¡Por favor! Tú muy bien sabes que es él, y al final, el viernes podrás comprobarlo.

–¡No puedo creer todo esto! Coincidencia, recuerdo, destino, amor y tantas otras cosas inexplicables.

CAPITULO VIII

Leonardo miró la hora en el reloj dorado que colgaba de la pared. “Aún es temprano –pensó. Bebía en un vaso de vidrio decorado con florecitas amarillas, lo hacía lentamente, como si cada trago de cerveza lo ayudase a reflexionar mejor, como quien busca inspirarse en el licor para encontrar en él soluciones a sus problemas. Tuvo miedo enamorarse de nuevo, pensó en Claudia, la imaginó demasiado fácil para sus pretensiones y sintió desilusión. Quiso levantarse y salir corriendo. Sintió que las manos se le mojaban. Arrancó la etiqueta húmeda de la botella y en aquella acción recordó a Paola, su sonrisa, su mirada a la hora del recreo. Experimentó una angustia avasalladora, dio una palmada a la mesa, se sirvió otro vaso y pidió dos cigarrillos.

Ahora las escenas parecían repetirse. Rememoró los años escolares en el bar de la esquina del colegio, pasaban horas con Jorge y Felipe conversando sobre mujeres, tratando de engañar que había olvidado a Paola. Por un instante apareció Martha como un breve susurro que paulatinamente se fue apagando. Comprendió que todo había sido en vano y entonces creyó en el destino como en un amigo, pensando que todo lo sucedido era lo mejor que había podido acontecerle. En aquellos momentos tomó conciencia de sus veinte años. Era ya un hombre, la mente se le abigarró de recuerdos y fantasías, ya no se contentaría con un amor de paso, ahora necesitaba una relación más estable. Se dio cuenta con asombro que las mujeres habían sido en su vida sólo aves de paso. Nunca tuvo una enamorada por más de una semana –se rió– todas habían pasado como canciones de moda, contra su voluntad. Él quería un amor duradero, estaba cansado del fracaso y la desilusión.

Recordó el día que Paola le dijo sin palabras que todo terminaba entre los dos. Se vio triste, regresando del colegio, pateando las latas del desaire, ensuciándose los zapatos con la arena de la mediocridad, queriendo llorar. “¡La única mujer que amé! –murmuró mientras botaba las colillas del cigarro en un vaso que hacía las veces de cenicero.

Las luces del restaurant empezaron a brillar. El reloj timbró las seis. Se sintió nervioso, no porque era la hora de la cita, sino más bien porque no sabía como actuar con Claudia, no quería convertirla en instrumento de desahogo. El amor no podía mezclarse con el consuelo de una caricia. Pidió otra cerveza, sacó una cajetilla de chiclets y continuó pensando.

–¡Oye, déjame! –dijo Paola– ¿Y si no es él? Hay que entrar con serenidad.

–¿De nuevo con tus dudas? –dijo Claudia adelantándose hasta la puerta.

–No me siento capaz.

–¡Oh! Allí está –dijo Claudia mirando furtivamente hacia el interior– ¡Acércate!

–No puedo, me tiemblan las piernas –se quedó parada a un costado de la puerta de entrada.

–Si quieres quedarte es tu problema –amenazó Claudia ingresando.

Paola la siguió, sintió que el rostro se le llenaba de un calor sofocante. Tuvo miedo mirar y caminó con los ojos concentrados en las líneas del piso.

–¿Es o no es? –preguntó Claudia cogiéndola del brazo.

–¡Es él! –contestó Paola al observar a Leonardo sentado frente a tres botellas de cerveza.

Claudia caminó hasta encontrarse con la mesa de Leonardo.

–¡Hola! –dijo Claudia– ¡Qué puntualidad!

Leonardo no contestó, estaba como petrificado, sin expresar movimiento. Su mirada quedó hipnotizada ante la figura de Paola.

–¿Eres tú Paola? –preguntó Leonardo tartamudeando– ¿Eres tú?

–Sí –dijo Paola– ¡Soy yo! La misma de siempre.

Leonardo se paró para abrazarla, le dio un beso en la mejilla por tres veces consecutivas, sintiendo que era difícil creer aquella felicidad tan inesperada.

–¡Qué pequeño es el mundo! –dijo invitándola a sentarse– ¡Si no fuera por ti! –miró a Claudia– esto nunca habría pasado.

–Así es el destino de la vida –dijo Claudia– llega cuando menos lo imaginas.

–No has cambiado nada –dijo Leonardo volviendo a mirarla.

–Tú tampoco –dijo ella.

"Estás tan bonita –pensó Leonardo– sigues siendo mi amor de primavera".

Paola se limpió el sudor de la frente. "¡Te amo! –pensó– ¡Eres el hombre de mi vida!".

–Juntos de nuevo –dijo Leonardo como si despertara de un sueño– otra vez siento que el tiempo no ha pasado en vano.

Claudia se alejaba, despidiéndose aún con la mano.

–Nunca creía que esto podía pasar –dijo Paola– un reencuentro de esta manera tan misteriosa –observó el vaso de cerveza con un deseo incontrolable por beber.

–Es como un sueño –dijo Leonardo cogiendo el vaso– ¡En verdad que eres lo más maravilloso de mi vida!

Paola no supo que decir, sintió que el sabor amargo de la cerveza nublaba sus pensamientos, que el tiempo era sólo eso: un trago de cerveza sin importancia.

–Estás bonita como el día en que te conocí –dijo Leonardo, arrepintiéndose por hablar tan apresuradamente– ¡Soy un tonto! ¡Discúlpame! por hablarte de esos días, tú ya lo olvidaste, y yo...

–No lo he olvidado –contestó Paola, sintiendo que su corazón no le ofrecía ocasión para disimular– es lo que más recuerdo cuando pienso en el pasado.

–¿En serio lo recuerdas?

–¡En serio! –respondió Paola volviendo a beber, dejando vacío el vaso– para mí no es fácil olvidarme de esas cosas maravillosas que pasaron en mi vida.

Leonardo volvió a llenar los vasos.

–¡Si fuera posible retroceder el tiempo! –dijo casi suspirando– anhelaría detenerme en el momento aquel en que nos conocimos.

–Lo mismo haría yo –sonrió Paola– tenemos las mismas ideas. No hay duda que fuimos hechos el uno para el otro. Por eso me enamoré de ti.

–¡Me gustas cuando me hablas así! –dijo Leonardo tomándole de la mano.

–Sigues siendo el mismo mentiroso de antes –contestó Paola– saboreando la cerveza.

–El día que dejamos de hablarnos, no dormí pensando en ti, fue como si el cielo se me hubiese caído encima.

–Fue mi culpa –dijo Paola acariciándole las manos– me odio por eso, por lo tonta que fui. Me odio por las cosas felices que destruí, solamente por actuar como una niña caprichosa.

Paola cogió la botella y distribuyó la cerveza que aún quedaba en los dos vasos.

–¡Discúlpame! –dijo– no creas que soy una viciosa, pero la verdad es que un acontecimiento como éste merece celebrarse.

–A mí tampoco me gusta tomar demasiado. Hoy lo hice porque me sentía confundido. Tú comprendes, los problemas de un hombre solo y abandonado.

–¿Quieres mentirme otra vez con ese cuento de que estás solo?

–¡Es la verdad! Hasta hace un rato he tenido miedo volverme a enamorar, pero has llegado tú y ya nada me importa tanto.

–¿Y por qué?

–Porque contigo todo es diferente, porque te sigo queriendo.

–Lo dices por compromiso –Paola volvió a cogerle de la mano.

–¡No! –contestó Leonardo– Es la verdad más transparente, a pesar del tiempo te sigo queriendo. ¿Es que no te das cuenta como estoy? ¿Como te miro? –su voz parecía cansada– ¿Tú crees que sea normal que mis manos tiemblen entre las tuyas?

Paola bajó la mirada. Unas lágrimas resbalaron de sus ojos, brillosas, diáfanas.

–¡No llores! –dijo Leonardo– ¡Sonríe!

–¡Perdóname! –dijo Paola– te mentí, terminé con un amor sincero sin darte ninguna explicación. ¡Perdóname! Quiero que sepas que desde que me alejé de ti, mi vida cambió. Aunque no lo creas, ningún otro hombre a ocupado tu lugar, porque nadie tiene lo que tú tienes.

Leonardo recordó el día que la vio abrazada de Gerardo y quiso decírselo.

–¿Quieres decir que no tienes enamorado? –Leonardo cogió la botella, cerciorándose que estaba vacía– ¿Quieres decir que estás libre de todo compromiso?

–Sí; libre de todo.

–El amor me ha tratado mal –dijo Leonardo– siempre que he querido entregarme de lleno a un amor, éste a huido.

–A veces damos vueltas para llegar al mismo punto, me refiero en que a veces el destino nos reserva una sorpresa, pero antes tenemos que pasar por infinidad de obstáculos.

–Es interesante lo que dices, ¿Qué te parece si buscamos otro lugar donde seguir conversando?

Paola lo miró observadora y sumisa. Bebió un último trago de cerveza y volvió a mirarlo, buscando un lugar en aquel rostro donde posesionar su deseo.

–¡Tal vez sea una buena idea! –contestó Paola.

–Lo es –dijo Leonardo parándose para pagar la cuenta– te invito a tomar un café en el Romano.

–¿No te parece que es algo tarde? –sonrió Paola algo extasiada debido al licor.

–¿Tarde? –exclamó Leonardo mitigando aquella aseveración– nunca es tarde cuando dos personas que no se han visto años se vuelven a encontrar.

–¡Esta bien! –dijo ella– me has convencido.

Al pasar por el parque Hoyle, Leonardo propuso sentarse un momento debajo de un árbol reseco.

–¿Recuerdas aquellos días de colegio? –dijo Leonardo– ¿Recuerdas cuando vestíamos uniforme, cuando jugabas liga en el patio?

–Sí –dijo ella– recuerdo tu voz hablando a los alumnos cuando eras Dirigente Estudiantil.

–Eran cosas de juego.

–¿Todas?

–No. Tú nunca. Tú siempre fuiste un premio inalcanzable.

–Me siento diferente cuando estoy contigo. Es como si viviera un sueño.

–Y tú eres mi motivo de felicidad.

Leonardo sintió que un extraño magnetismo ingresaba por los poros de sus manos y recorría todo su cuerpo como una especie de energía.

–¡Te amo! –dijo Leonardo sentándose en la banca como si galopara un caballo– ¡Te amo!

Acarició sus manos, mientras fue acercando sus labios a los de ella que permanecían inmóviles. Sintió el halito de su respiración pausada. Buscó con los ojos cerrados el calor de su boca y la besó, dejando en sus labios la huella del resentimiento olvidado. Empezó entonces entre ellos un movimiento confabulado de caricias y abrazos. Conteniendo sus respiraciones se besaron con una vehemencia interminable y sin reservas, mojándose con la transpiración de la soledad que se iba. Hasta que ya no pudieron más, suspiraron, expulsando el miedo invisible que soplaba como un pajarillo madrugador. Relajaron sus manos cansadas y volvieron a besarse, atrapando en sus bocas reminiscencias de un amor que volvía a nacer.

–¡ Eres maravillosa! –dijo Leonardo acurrucándola en su pecho.

–¡Y tú! No tengo palabras para decirlo.

Leonardo entendió que su deseo no era para compartirlo en la mesa de una cafetería.

–Tus labios son ardientes –dijo Leonardo– tienen un hechizo que no puedo evadir.

–Y los tuyos –contestó Paola– ¡Me hechizan! Me cosquillean y detienen el tiempo.

–¿Por qué no vamos a un lugar más reservado? –propuso Leonardo besándola en forma volátil– donde podamos conversar tranquilamente sin ser molestados por este viento.

–¿A dónde por ejemplo? –preguntó Paola sonriendo maliciosamente– ¡Dime pues! No tengas miedo. ¿A dónde?

–¡No sé! –contestó sonrojado– tú propones y listo.

–¡Dilo tú! –desafió ella– ya estamos grandecitos para hacernos los inocentes.

Leonardo se levantó y la tomó entre sus brazos.

–¡Tomemos un taxi! Y allí te explico.

–¡Vivo que eres! Pero no importa, te doy esa ventaja.

000 O 000

–¡Eres un tonto! –dice Irene, habla como si conversara con un ser invisible. Mira el infinito del mar, siente por un momento que está sola, pero el cuerpo pequeño de su hija que gatea por la orilla ahuyenta sus pareceres “¡Eres un tonto!”– un tenue viento sacude sus cabellos. Está sentada sobre la arena húmeda mirando el sol que se oculta como un disco pintado con zanahoria. “¡Deja de dormir!” –coge un puñado de arena y lo espolvorea lentamente sobre el rostro de Leonardo.

–¡Oye! –Leonardo está echado boca arriba, se pasa las manos sobre los ojos. Ahora con una de sus manos acaricia los muslos de Irene. –¡Oye! –exclama, al sentir que otros granitos de arena apenas revotan en su cara. Abre los ojos, mira a ambos lados. Irene está allí, sentada a su costado, mirando con sus ojos negros, con el destello de su sonrisa crepuscular.

–¡Mucho duermes! –sus palabras proyectan una extraña tonalidad fantasmagórica– está anocheciendo ¿No me crees? ¡Mira! el sol como va muriendo. ¡Oye! el aleteo de las aves que van tras la luz.

–¡Te quiero! –dice Leonardo cogiéndola de la mano– no sé si es la brisa del mar pero mi corazón es como una ola que quiere atraparte, como una luna que quiere besar tus íntimas penumbras. “¡Me gustan tus labios!” –su mano ejerce una presión tenue sobre el centro de la fuente pasional de Irene.

–No, no... –ella cae sobre Leonardo. Sus labios hacen contacto con una boca tibia y complaciente.

Se besan, el mar se expande detrás de un carretero huidizo. Algunas gotas de agua toman impulso al morir las olas y caen sobre la cara de Cinthia que juega abriendo hoyos en la orilla.

–¡Si tu mamá supiera! –dice Irene, mientras apoya la cabeza sobre el pecho de Leonardo– ¡Si tu mamá nos viera así!

–¡Olvídate de ella! –dice Leonardo sacudiéndose los cabellos– mi mamá no puede vernos. Estamos en un hemisferio invisible.

–Pero algún día lo va saber, todo terminará entonces. Tenemos que separarnos, lo nuestro es imposible.

–No pienses en el mañana –dice Leonardo contra sus propios principios, traicionando sus ideales– disfruta del presente, el mañana es algo que no sabemos si lo vamos a vivir.

–Sería distinto si no tuviera mi hija –dice ella, cierra los ojos como si quisiera olvidar su presente– sería diferente sin ella.

Leonardo mira el cielo nublado. Una nostalgia repentina lo invade. ¡Pobrecita! ¡Pobre de Cinthia! No tiene papá. Cinthia gatea por la orilla mojada. “Ella no tiene la culpa de esta suerte de mierda” ¿Por qué los hombres a veces somos tan cobardes?”. El agua moja débilmente sus manos pequeñas. Si yo no fuera un pobre infeliz que no tiene donde caerse muerto, le compraría una muñeca de esas que hablan y ríen. Una ola le moja la cara. “¡Pobrecita! Su mamá duerme sobre mi cuerpo y yo, yo pienso sin poder dormir. ¡Pobrecita! Está llorando”. Se seca las lágrimas con las manos de arena. El agua se retira y sigue llorando. “Voy por ti mientras tu mamá no puede despertar”. Leonardo la toma en sus brazos, la lleva junto a Irene. “¡Pobrecita!, tu mamá no te mira ni te escucha. ¡Tal vez está soñando! ¡Tal vez pensando, recordando, llorando...” ¿Yo que sé?”.

000 O 000

–Un par de maltas –dijo Leonardo.

–En un momento se las traigo –contestó el muchacho.

–¿Quieres emborracharte –reprendió Paola.

–No –contestó Leonardo cerrando la puerta– lo que quiero es celebrar este encuentro.

Paola se sentó en la cama como si temiese desarmarla con su peso. Se arregló los cabellos, dejando caer sus zapatos sobre el piso. Al sentir sus pies libres empezó a mover sus dedos tratando de relajarse. Quiso sentirse amada con prisa. Aquel deseo la golpeaba contra su moralidad pueblerina y casera. Quería creer que sólo algunas horas antes se había casado, que

habían salido de la fiesta matrimonial para descansar en la intimidad de aquella habitación. Pero era sólo una fantasía, en el fondo el matrimonio le causaba miedo. Era más bonito disfrutar el amor por convicción que por cumplir con un compromiso de papeles.

Leonardo se sentó junto a Paola, la cogió de la mano, acariciándole al mismo tiempo los cabellos. La besó con suavidad, llenándola de una sensación ilógica, sutil y circunstancial.

Se entregaron a la fogosidad de un contacto cara a cara. Las palabras se echaron a llorar apocadas por un silencio adornado de sonidos indescriptibles. La energía guardada durante años, ahora se proyectaba en una sola dirección: el amor sin retoques.

Las ropas pretendieron ser despegadas por manos inexpertas, pero en ese momento la puerta sonó con recatada previsión. Leonardo la abrió a medias, recibió las dos cervezas y las colocó sobre la mesita junto a la cama.

–Esto parece cebada quemada –dijo Paola al saborear la espuma.

–Y estos labios parecen fresas maduras –susurró Leonardo besándola en forma fugaz.

–¡Déjame terminar! –dijo Paola con dulzura.

Leonardo caminó hacia la ventana, abrió la puertecilla. Un suave viento lo refociló. Desde esa altura pudo observar las luces de la ciudad que brillaban uniformemente. Un bullicioso desfile de carros pasaba justo abajo de él proclamando vivas apristas, se dirigían como una gran serpiente hacia la Plaza de Armas, lugar donde esperarían la llegada de su candidato presidencial. Corrió la ventana y regresó a Paola alimentado por un fuerte optimismo.

–¿Qué bulla es esa? –preguntó Paola.

–Los apristas. Va a ver un mitin.

Leonardo se acercó para abrazarla.

–Voy al baño –dijo evadiéndolo con las manos.

Leonardo se acostó sobre la cama con los brazos extendidos, rosando sus pies sobre el piso. Miró el techo pintado de crema y tuvo nostalgia al recordar que en su casa al echarse boca arriba las polillas del techo de esteras le caían sobre los ojos. Sacó de su bolsillo el único billete que le quedaba. "A este paso nunca compraré mi bicicleta" –pensó.

Paola salió del baño con los cabellos mojados, sonriente, dispuesta a sucumbir ante los designios de la noche.

–¡Estás hermosa! –dijo Leonardo parándose para abrazarla– ¡Eres la mujer más bella del mundo!.

–¡No te creo! –contestó Paola– ¡Eres un mentiroso!

–¿Qué debo hacer para que me creas?

–¡No sé! –le acarició la cara besándolo con sensualidad.

Leonardo la hizo caer sobre la cama sin dejar de besarla. Luego buscó la forma de despojarla de la blusa blanca, no encontrando ningún impedimento. La besó en el pecho y ella cerró los ojos como si la estuviesen bañando con agua helada. Las manos de Leonardo se deslizaron, liberando los botones de la falda. Entonces empezó acariciarla con desesperación. Paola movió todo su cuerpo, hasta que la falda quedó extendida en el piso. Las caricias continuaron, sus manos recorrieron la espalda tibia de Paola, su cintura, sus nalgas voluptuosas.

–¡Apaga la luz! –dijo quejumbrosa.

Leonardo no contestó. Se sacó la camisa y el pantalón; caminó hasta el interruptor. Volvió a mirarla, esbelta, tierna, inocente. Apagó la luz. En la penumbra se quitó el último retazo de vestimenta. Al encontrarse con el cuerpo tibio de Paola fue dejando caer su cuerpo sobre ella que lo enlazó entre sus brazos. El contacto piel a piel alimentó un calor sofocante. Leonardo palpó los senos erectos, robustos y suaves que dejaron de estar cubiertos por el brasier negro. La besó jugueteando su lengua en el interior de su boca. Acarició su vientre y en ese juego la liberó del pequeño retazo que aún la cubría. Un breve forcejeo de ideas interrumpió la acción del instinto.

–¡Soy virgen! –dijo Paola sintiendo que el peso de Leonardo se extendía por todo su ser.

–¡Te amo! –susurró Leonardo.

–¡Te amo! –dijo ella, mientras sentía que una fuerza la apretaba violentamente sin darle tiempo ni ocasión para liberarse.

–¿Tú crees? –dijo él, tímido, recostado junto a ella- ¿Tú crees que pueda pasar?

–¡No sé! –contestó Paola rascándose el cuello– en el colegio me enseñaron de una manera tan rara que ni me acuerdo. Método del ritmo, método natural y no sé ni que otras tonterías.

–¡Vamos a bañarnos! –propuso Leonardo levantándose en la oscuridad a recoger su ropa interior– ¡Vamos! ¡Levántate! –dijo al prender la luz.

–¡Hay amor! ¡Me da frío!

–No seas engreída –dijo él sentándose al borde de la cama– no te hagas la difícil –la cogió entre sus brazos levantándola en peso envuelta en la sábana.

–¡Oye! ¡Déjame! ¿No te das cuenta que estoy desnuda?

–No, no veo –rió Leonardo– ¿A ver? –cogió la sábana con sus dientes y la jaló dejándola caer– ¡Oh! Ahora me doy cuenta. ¡Vamos! Te voy a bañar.

–¡Suéltame! –gritó Paola mientras Leonardo la llevaba hasta el baño.

Leonardo empujó la puerta con el pie y ya en el interior dejó libre a Paola. La abrazó haciéndola recostarse contra el espejo. Luego la besó y pudo observarla de espaldas, reflejada en todo su esplendor. Aquella imagen lo dejó ensimismado. Pudo notar que su rostro tomaba una forma fantasmal reproducida en réplica por el espejo.

Debajo de la ducha, Leonardo abrió la llave y el agua cayó chispeante sobre sus cuerpos. Los besos, las caricias fueron de agua, de sudor, de espuma blanca, de gemidos nuevos e insospechados.

CAPITULO IX

–¡A veces es mejor cortarla de una vez! –dijo Jorge– después te resulta difícil.

–Sí –dijo Leonardo– lo he pensado muchas veces. Me da pena dejarla, son muchas las cosas que hemos compartido juntos, pero al fin y al cabo lo tomo como un relajo.

–Así debe ser –contestó Jorge– a las mujeres no hay que tomarles mucha importancia porque sino después se te convierten en un problema.

Leonardo miró el patio lleno de alumnos que caminaban sin rumbo fijo.

–Parece mentira –dijo– hasta el colegio ha cambiado. Ahora cuando tenga mis hijos ya no podré traerlos para que conozcan las aulas donde estudié.

–Estos chibolos no son como nosotros. Todo lo ven vacilón.

–Pero tienen suerte, al menos disfrutan de aulas nuevas.

–Los amores –dijo Jorge– ¿Te acuerdas lo que hacíamos para enamorar una chibola?

–¡Claro! Esos días nunca volverán.

– Y a propósito ¿Qué es de Martha?

–Hace tiempo que no la veo –dijo Leonardo– se fue a Lima hace como cuatro meses.

Una voz por los altoparlantes llamó a los alumnos a la formación general.

–Ya ves –dijo Jorge– ni formar quieren.

–Cada vez se le tomaba menos importancia al aniversario. Ya no existe el entusiasmo de antes.

–En las minas encontré a Felipe –dijo Jorge– justo antes de venirme su mujer dio a luz.

–¿Se casó allá? –interrogó Leonardo con curiosidad– ¿Se casó con una vicuña?

–Sí. Se casó con una huamachuquina. Yo le decía, no te amarres, guarda tu plata, cuando regreses a Trujillo lo vas a necesitar. No me hizo caso.

–¿Y tú? ¿Nada que ver?

–Estuve a punto –dijo Jorge– mi viejita fue a verme y me encontró con una chibola. Bueno, en realidad no era tan mocosa. Tenía su hijito. Yo la llevé a mi cuarto, estuve con ella casi seis meses. Fue prácticamente mi mujer. Me sucedieron cosas horribles. La hice abortar tres veces. No me quedaba otra salida. En cada bajada gasté casi todo el sueldo de un mes de trabajo.

–¿Y tú viejita? ¿Qué dijo?

–Se molestó. No supo lo de los abortos, pero de todas maneras se enojó conmigo. El hecho de vivir con una mujer con hijo, no era lo mejor para mí. Quiso traerme, pero yo le dije que tenía que cumplir mi mes de trabajo. Le prometí que en cuando me pagaran regresaría. La verdad me acostumbré con la chibola. Tenía pena dejarla. Me daban ganas de traerla, pero con la lavada de cerebro que me dio mi mamá, no me quedó otra opción que regresarme solo.

–¿Qué le dijiste a la chibola?

–¡Nada! Una noche mientras ella estaba en casa de su mamá alisté mis cosas y me vine. A Felipe le encargue que me despidiese.

–¿Hace cuanto de eso?

–Más de un mes. Los primeros días era capaz de alocarme. Tú comprendes. Cuando uno se acostumbra con una mujer, a pisar todas las noches. Después es difícil hacerse a la idea de estar aguantado. Con una prosti no es lo mismo. Con tu mujer es de lo más rico.

–Está comprobado –dijo Leonardo– cuando estaba viviendo en casa de mi tío todo era vacilón. A veces llevaba algunas costillas, y bueno les invitaba a tomar. Pero después cuando un día llevé a una prima recontra lejana, la cosa cambió. Quería que a cada rato fuese, para estar en la cama haciendo cosas riquísimas.

–Uno se envicia –dijo Jorge– y la chica que dices, ¿Tenía marido?

–No, pero tenía su hija de dos años. Era madre soltera con ganas de macho.

–Al final no te importa nada. Lo único que quieres es sexo y más sexo.

–Si pues, pero mejor regresé a mi casa. No quería cometer ninguna locura.

–Eso es otro problema. Si la llenas te jodiste para siempre.

–¿Y tú? –Leonardo saludó a la distancia a un profesor que se dirigía hacia la Dirección– ¿Tú ya te olvidaste de la chibola, o todavía piensas volver?

–Ya no, primero si estaba como loco por volver. Mi viejo me decía: ¿Que mierda quieres ir hacer? ¿Acaso no nos va bien en el negocio? Tenemos un puesto en el mayorista –explicó Jorge– yo estaba desesperado por verla. Hace algunos días vino un amigo de allá de las minas y me dijo: “Tu costilla ha vuelto con su marido”. Supongo que con el padre de su hija. ¿Entonces para qué volver?

El himno nacional fue ejecutado por la banda de músicos del colegio. Algunos alumnos empezaron a cantar. Luego todos contagiados por el ritmo alzaron sus voces.

–Hace tiempo que no escuchaba el himno –dijo Leonardo– esto me hace recordar los días de escolar.

–Nunca formabas –sonrió Jorge.

Leonardo trató de retroceder sus recuerdos, pero un pensamiento mucho más fuerte se lo impedía.

–A lo mejor Paola está embarazada –dijo colocando su mano extendida sobre su pecho.

–¡Olvídate de eso! –contestó Jorge– Si está, te lo va a decir.

–¡Tengo miedo! –dijo Leonardo– Me puedo fregar. Soy joven.

Una abeja giró a su alrededor tratando de picarlo.

CAPITULO X

“¡Soy una tonta!” –pensó Paola. Trataba de creer que la vida le había enseñado de un chispazo la verdadera identidad del amor. Sufría cuando recordaba que por un capricho sexual había perdido a Leonardo en aquellos días de colegio. “Sólo pensaba en estar con un hombre en la cama. A cada rato me venían fantasías morbosas”. Cuando tomó conciencia de aquel

comportamiento extraño se creyó una ninfómana, pero con el paso de los meses el deseo desmesurado fue desapareciendo hasta convertirse en algo más pausado y natural.

Caminaba con las manos en los bolsillos del pantalón, dejando relucir en aquella costumbre las formas de su cuerpo –un tenue frío acariciaba las calles de Trujillo. Se sentía una mujer dichosa, tocada por una felicidad casi casual. Creía estar viviendo un sueño eterno, ser víctima de una mentira intencionada que al despertar la haría sufrir. La ventaja de sus años la impulsaba sin embargo, a creer en un amor infinito, sin discusiones ni amargos desengaños. Ahora era una mujer con espíritu puro de lealtad, en el cual no valían las mentiras ni apariencias.

Aceleró el paso. Al llegar a la esquina, un muchacho de pelo largo y vestimenta extravagante, le impidió el paso, tratando de abrazarla. Paola quiso gritar, pero sólo logró esquivarlo. Un joven de aspecto ejecutivo increpó al muchacho mostrándole un revolver en modo amenazante. El hombre huyó, gritando lisuras.

–Esta calle es peligrosa –dijo el joven– una belleza como tú provoca deseo en cualquier lugar –el hombre logró cogerla de la cintura– ¡Cuidate preciosa! No me olvides.

Paola cruzó la avenida. Estaba nerviosa y confundida. Imaginó que Leonardo la estaba esperando impaciente. Corrió. Buscó excusas que inventar. No quería llegar tarde, el tiempo esta vez no sería su enemigo.

Una mujer descalza, sucia y despeinada con tres niños a su alrededor se detuvo frente a Leonardo extendiendo su mano: ¡Una caridad! Leonardo no le hizo caso. Sacó un pedazo de papel higiénico del bolsillo del pantalón y se limpió la cara. La mujer habló entre dientes y se fue.

Observó la pileta de mármol colocada al centro de la plazuela. Ahora ya no era una obra de arte como antaño. Estaba manchada por el orín de los pajaros que diariamente picoteaban sus patas sobre las ramas de los ficus, árboles inmensos, testigos de un Trujillo que se iba. Esculturas de piedra ornaban el contorno de la pileta. Eran la representación de las cuatro estaciones del año. Un poco deslustradas por el abandono y la suciedad.

Leonardo caminó sumido en una percepción fantasmal. Creía que el tiempo podría detenerse a conversarle de amor, a decirle que era un hombre inmaduro para cualquier mujer. Que no servía para los asuntos del corazón. Oyó el cantar de los pajarillos. Miró las bancas ocupadas por ancianos que leían los diarios o tan sólo los miraban. Jovenes reían, contándose chistes pasados de moda. En las bancas más lejanas, dos parejas de enamorados se besaban, mientras transeúntes solitarios los miraban de reojo.

Una muchacha blanca se acercó hasta la banca donde Leonardo iba a sentarse.

–¡Hola! –dijo colocando sus dos bolsas llenas de pan sobre la banca– ¿Cómo estás?

–¡Hola! Nancy, qué gusto volverte a ver.

–¡Te has olvidado de visitarme! No pensé que fueses tan ingrato.

–A veces el tiempo no alcanza.

–¡Qué harás! Que ya no tienes tiempo ni para visitar a tus amigas.

–Nada malo. Lo que pasa es que la Universidad me absorbe por completo.

–Tú te lo perdiste –dijo Nancy buscando el suspenso– hace dos semanas vino Martha.

–¿En serio?

–Sí. Yo dije cómo no viene Leo. A lo mejor las cosas se arreglaban entre ustedes.

–¡Pero nunca es tarde! De repente mañana...

–¡Es tarde! –sonrió Nancy– Ya se fue. Vino porque su mamá estaba un poco delicada de salud.

–¿No sabes cuándo va a volver?

–Creo que para navidad.

–¡Tan pronto!

–¿Qué no quieres que venga?

–Sí, lo que pasa es que es demasiado halagador que regrese tan pronto.

–¡Visítame! –dijo Nancy cogiendo sus bolsas– no te hagas el interesado.

–Esta semana voy –dijo Leonardo.

–¡Vamos a ver si te acuerdas! –contestó Nancy, lo besó en la mejilla– ¡Nos vemos!

–¡Chau!

Cuando Paola llegó, Leonardo tomaba emoliente en una carretilla. Apenas la vio corrió a su encuentro.

–¡Hola mi amor!

–¡Hola! –contestó Leonardo besándola.

–¡Estás caliente! –sonrió ella.

–¿Y tú? –dijo Leonardo frunciendo el ceño– tienes un olorcito a licor ¿Dónde has estado?

–En el cumpleaños de una amiga –contestó Paola sentándose en una banca de madera– hice el brindis y me vine.

–No me chupo el dedo –dijo– tú no sólo has brindado sino que te has tomado por lo menos una botella.

–¡No! –replicó ella– sólo unas cuantas copas de champagne.

–Ya, está bien. Lo entiendo. No te preocupes.

Paola le acarició la cara.

“¡Qué me importa! –pensó Leonardo– tomes o no tomes, no me interesa. Para mí es igual”.

–Cuando venía me encontré con Nancy -dijo Paola– la chica de tu promoción.

–¿Sí? ¿Cómo es que la conoces?

–Teresa me la presentó. Creo que es su vecina. Me contó que regresó Martha.

–Ah, no lo sabía –dijo Leonardo sin atreverse a mirarla.

–¡Bien que te sabes! –dijo Paola– Teresa me contó que ibas a su casa a buscarla, ,conversaban horas.¡ Niégalo!

–¿Yo?

–No! Yo –sonrió Paola.

–Eso ya pasó –contestó Leonardo– Martha fue sólo una gran amiga.

–¿Por qué dices fue?

–Bueno, es ¿Contenta?

–No –dijo acercando su rostro a Leonardo.

–¿Por qué?

Leonardo la besó, acariciándole al mismo tiempo la cabeza.

–¡Te amo! –dijo cerrando sus ojos.

–¡Yo también! –contestó Paola.

CAPITULO XI

–Mejor regresemos –dijo Leonardo– estamos recontra borrachos. Vamos a dar lástima.

–¡No seas cobarde! –dijo Eduardo– tú fuiste el de la idea.

–Pero no en el estado en que estamos.

–Caminen normal –dijo José– parece que Nancy está en la puerta.

Caminaban tambaleándose, sin poder controlar su equilibrio.

–¡Pucha madre! –dijo Leonardo caminando detrás de Eduardo– Martha está afuera.

–Estás con suerte –dijo José– es tu oportunidad.

–De pasadita no más –dijo Eduardo– estamos hasta las patas.

–Nos quitamos al toque –replicó Leonardo– las saludamos y al toque fugamos.

Eduardo fue el primero en saludarlas. Martha y Nancy pudieron darse cuenta al instante el verdadero estado en que se encontraban los visitantes.

–¡Por si acaso no estamos borrachos! –dijo Eduardo– Es sólo la emoción de verlas.

–¡No le hagan caso! –dijo José– El hombre está un poquito fuera de foco.

–Sí –replicó Leonardo al observar a Martha parada junto a la puerta– José está emocionado, pero no tanto como yo ahora que te he vuelto a ver.

–¡Chicos! –exclamó Carmen que salía– ¡Qué mal se les ve así!

–¿Mal? ¡Nada de mal! –gritó Eduardo– Tú lo arreglas todo, con tu belleza desapareces lo malo, junto a ti nada es feo...

–¡Ya párala! –dijo Leonardo– La chica está comprometida.

Las tres ocupaban la entrada. Escuchaban ruborizadas las reflexiones tontas de sus amigos, que ahora aparecían como caricaturas.

–Creo que éste no es mi lugar –dijo José apartándose de Martha.

Leonardo se acercó de inmediato.

–¿Cómo has estado? –dijo apoyándose contra la pared– ¿Cómo te ha ido en Lima? –sus palabras eran sarcásticas y contenían algo de burla.

–Bien –contestó Martha con una tonalidad adusta.

–¿Qué les ha pasado? –dijo Carmen– ¡Mírense! ¡Dan pena!

–¡Tú sabes! –dijo José– Es fin de año.

–Sí, pero por lo menos deberían haber esperado hasta la noche.

–Yo he tomado de alegría –contestó Leonardo– he tomado por ti –dijo mirando a Martha– alegre a pesar que tú, cuando te fuiste no tuviste ni siquiera la amabilidad de despedirte.

Martha lo contestó con una mirada despectiva.

–¡Te extraño! –sonrió él– desde que te fuiste no tengo a nadie.

Hacia el otro lado. Eduardo conversaba con Carmen, mientras José aparecía frente a ellos como un mudo observador, inspirado por el crepúsculo del último día del año.

–Regresen más tarde –dijo Carmen– vayan a descansar.

–¡Vámonos! –dijo José hablando a Leonardo.

–Anda solo –contestó Eduardo.

–¿Me has olvidado? –murmuró Leonardo– ¿Sigues libre? ¿Estás sin compromiso?

–Sí –contestó lacónica– ¿Qué te hace suponer lo contrario?

–¡Dime la verdad! ¿Tienes enamorado?

–No tiene –dijo Carmen– ¿Por qué te va a mentir?

–¡Por favor! –dijo Leonardo intentando cogerla de la mano– ¡Yo te amo! ¡No me defraudes!

Un breve silencio se extendió en el aire.

–¡Nos vamos! –dijo José– regresamos después de medianoche.

–Sí –dijo Eduardo– regresamos más tarde.

Leonardo permanecía junto a Martha sin mostrar la intención de despedirse.

–¡Nos vemos! –dijo José despidiéndose.

–Vuelve más tarde –dijo Nancy a Leonardo– se ve mal que te comportes de esa manera.

–Bueno, no te preocupes. Me voy –extendió la mano para despedirse de Martha– ¡Hasta luego! –dijo ella, pero en ese momento Leonardo la cogió con fuerza hasta abrazarla.

–¡Oye! –gritó Carmen– no seas...

–¡Te quiero! –dijo Leonardo tratando de besarla– ¡No he podido olvidarte!

–¡Vámonos! –dijo Eduardo jalándolo del brazo.

–Nunca más vengas en ese estado a mi casa –dijo molesta Carmen– ¡Por favor! Leonardo, no se te vaya ocurrir.

Leonardo la miró avergonzado.

–¡Disculpa! –contestó, sin poder decir una palabra más.

José y Eduardo lo llevaron abrazado, casi arrastrándolo.

–¡Cojudos! –dijo José– lo jodieron todo.

–¿Por qué? –preguntó Eduardo.

–¿No te das cuenta? Querías afanar a Carmen, sabiendo que tiene su gil –miró a Leonardo– ¡Y la otra mierda!: ¡Martha te quiero! Avergonzándola. ¡Te fuiste sin despedirte! No saben tratar a las mujeres.

–Tú no conoces mis razones –dijo Leonardo– yo soy un poco parasicólogo.

–Loco serás –dijo José.

–Y tú estabas mudo. Parado como un poste.

–Ya dejémonos de habladurías –dijo Leonardo– tengo para cuatro “chelas”.

–Buena alternativa –rió José– una buena fórmula para enmudecer al hablador.

–Vamos a tomar por las mujeres de la jijuna –rió Leonardo– aunque un par de cervezas cueste más que todas juntas.

000 O 000

Aquellas horas el muelle aparecía solitario, adornado por la brisa fresca del mar. Paola caminaba abrazada de Leonardo bajo la luz tenue de los faroles. Desde las bancas del muelle podían observar el laberinto de luces de Huanchaco, mientras en la orilla algunos pescadores refaccionaban sus “Caballitos de totora”.

–Hace frío. No debimos haber venido –dijo Paola– tan bien que estábamos en Trujillo.

–Si quieres regresamos. Aún es temprano.

–No. Mejor vamos a buscar un lugar donde pasar la noche.

–¡Vamos! –dijo Leonardo con el ánimo alicaído.

Sintió miedo de equivocarse, de perder el tiempo intentando creer amar a una mujer que no acariciaba la sensibilidad de su corazón.

Todo parecía una cuestión de brujería: el encontrar a Paola después de tantos años, el miedo a dejarla, la sensación de que nunca encontraría una mujer como ella. Lo único latente en su pensamiento era el deseo carnal, la sensación morbosa por poseerla. Sintió que no podía seguir mintiendo. La vergüenza de la culpabilidad lo hizo soltar su brazo del hombro de Paola. Quiso correr, gritar, quedar libre de toda esa artimaña. Se sentía un manipulador de sentimientos. La respetaba y sin embargo, la estaba mintiendo. "Valor, no más mentiras".

–Mejor regresemos a Trujillo –dijo ensimismado en una rara sugestión– ¡No puedo seguir mintiéndote!

–¿Pero qué tienes? –contestó– ¿Te pasa algo?

–Demasiadas cosas –contestó Leonardo. La cogió de la mano– ¡No sé! Pero estos días, estos meses juntos, me han hecho descubrir la verdadera realidad de mi vida.

–¿De qué hablas? ¿Qué sucede?

–Un amor que no es sincero, no es amor. No puedo mentirte. Me equivoqué al creer que podría encontrar mi felicidad contigo. No puedo negar que te amé, pero hoy todo es diferente. Los años pasan y ya no somos los mismos. El tiempo nos hace cambiar. He luchado contra mis sentimientos, pero ha sido en vano. No he podido vencer. Es imposible negar al corazón su verdadera necesidad.

–Pero, Leonardo. . . yo ¡Te Amo! Contigo me siento feliz.

–No sabes, ¡Cuanto desearía seguir amándote! Pero es la fuerza del corazón la que decide nuestros caminos.

–¡No quiero perderte! –dijo Paola abrazándolo, cerrando los ojos– ¡No quiero perderte! ¿Qué voy hacer sin ti? Tantas fantasías –sus lágrimas mojaron la camisa de Leonardo.

–¡No llores! ¡No llores! El amor no merece lágrimas; ya verás que vas encontrar un hombre que te amé de corazón.

–¡Soy tu mujer! –exclamó Paola– ¡Abrazame! ¡Abrazame fuerte! –su llanto fue liberando suspiros escondidos– Quiero pedirte una cosa, algo muy importante para mí. Espero que no me lo niegues.

Leonardo le secó las lágrimas con su pañuelo.

–Quiero que pases esta noche conmigo –volvió a mirarlo– ¡Imagínate que será la última oportunidad que estaremos juntos! Jamás volveremos a reunirnos como hoy.

–¿En verdad quieres estar conmigo? ¿Sabiendo que no puedo amarte? –le acarició los cabellos– ¡Eres tan hermosa!, y yo me alejo de ti, como si alguien nos hubiese hechizado para estar separados.

La besó. Sintió que su mala suerte lo hacía huir, sin darle oportunidad para empezar de nuevo.

–¡Sigue! ¡Sigue Leonardo! No te detengas. ¡Ámame así! ¡Con fuerza! ¡Con esa pasión descontrolada que solo tú conoces! Soy tuya, soy tuya, ¡Tómame! Toca mi cuerpo, toma lo que quieras de mí.

–¡No seas tosca! Ya es de mañana. Estoy cansado.

–¡Que mentiroso que eres! Aún no sale el sol.

–No, pero la noche ya terminó.

–¡Sigue! ¡Sigue! No hables, quiero sentirte mío, sólo mío, para toda la vida. Así, así, despacio, despacio...ah! ah!...

–Me olvidarás Paola, me olvidarás.

–¡Te juro que no! ...no...noooo...

CAPITULO XII

"Los hombres toman para que de borrachos se atrevan a decir lo que de sanos no pueden". Eso me dijo Carmen hace un rato cuando me fui a disculpar. En parte me sirvió de algo aquella conversación. Me pidió que hablase contigo, es contigo con quien debo disculparme. En realidad no quise presentarme de esa manera aquel día, pero sentí que te perdía para siempre y no pude soportar con eso. Busqué alivio en el licor. Días antes Eduardo me contó que te había visto en el parque. El día de la verbena alguien me comentó que estuviste con un muchacho. Tuve celos, por eso fuí borracho ese día. No Sabía el nombre de tu pretendiente, Carmen sin querer me lo ha dicho. ¡Claro! Estuviste con Charles, no lo conozco, no conozco a nadie con ese nombre. Lo lamentable es que con esa evidencia ya no tengo ninguna esperanza contigo. Soy un cobarde, eso quiso decirme Carmen. Según su idea, no soy capaz de decirte mis sentimientos. Sólo de

borracho lo hago, soy un cobarde. Voy a demostrarle a Carmen que no soy lo que ella piensa. Te voy a buscar, tengo que conversar contigo. ¡No puedo seguir jugando a las escondidas!

000 O 000

–¡He venido a pedirte disculpas! –dijo Leonardo.

Martha lo miró con reservada cautela.

–Discúlpame por lo del otro día. Me comporté de la peor manera. ¡Te juro! Que estoy avergonzado por eso.

–¡Olvídalo! –dijo Martha– no quiero acordarme.

–De hoy en adelante no voy a volver a tomar.

–Eso lo dudo.

Conversaban en la calle frente a la casa de Martha.

–¡En serio! –replicó– cometo demasiadas locuras cuando tomo.

–Me alegra que lo reconozcas –dijo Martha– pero por mí no te preocupes, yo trato de ignorar todo lo que me molesta.

–¿También piensas ignorarme?

–Tal vez, tú mismo te haces ignorar –contestó Martha.

Leonardo entendió que sus disculpas eran en vano. Existía en ella una especie de escudo inexpugnable donde chocaban las palabras sin encontrar respuesta alguna. En aquella calle cubierta de arena, Leonardo se sentía como un fugaz aventurero que trataba de reconquistar territorios con armas anacrónicas, con artificios pasados de moda. Todo estaba perdido. En aquella agonía lo único que servía era retroceder y descansar olvidándose del pasado para siempre.

–¡Se ha hecho tarde! –dijo Leonardo mirando el cielo que empezaba a oscurecerse– Espero que ho haya sido un inoportuno al llegar a estas horas, espero que si lo he sido sepas comprenderme. Vine porque necesitaba desfogar esta culpa.

–¡Descuida! –contestó Martha sin siquiera mirarlo– Me siento contenta de que me hayas visitado.

–Antes de que me vaya –dijo Leonardo– quiero que sepas que a pesar de todo, de las dificultades y contrariedades, te sigo queriendo. Quiero que tengas presente que siempre vas estar en mi recuerdo.

–¡Somos amigos! –dijo Martha– Ven cualquier día. No olvides visitarme.

–No me olvidaré –sonrió Leonardo estrechándole su mano– ¡Adiós!

Dos cuadras más abajo un auto blanco frenó bruscamente frente a Leonardo. Este no sabía como desfogar su cólera. Lo único que pasó por su mente en ese momento fue mentarle la madre al conductor.

Un muchacho alto bajó del auto.

–¡Hola! Abanto –dijo dándole la mano a Leonardo.

"Imbécil –pensó Leonardo– tratas de atropellarme y me das la mano y para más conchudez me saludas de apellido"

–¿Qué te p2sa? –contestó irascible– ¿Estás loco? ¿Qué tienes?

–Nada, chochera –dijo– una broma.

–Sigue tu camino, recogiendo mis pasos llegarás a tu destino.

El muchacho no comprendió. Subió al auto y luego de un fuerte ruido desapareció en medio de una nube de polvo.

Leonardo le mentó la madre y siguió caminando.

000 O 000

“Seguro que se van a dar cuenta que estoy enamorado –piensa Leonardo– seguro que el amor se me nota en los ojos. Ahora soy un esclavo torpe que cae en su propia debilidad.

Irene lo mira. Él le besa la boca tocándole la cara con ambas manos. Lo besa con una pasión descontrolada, luego le acaricia el cuello tibio, los cabellos, el pecho y ella suspira estirando la cabeza hacia atrás. Los resortes de la cama crujen, entre ese sonido, un beso prolongado se tropieza. Leonardo le desabotona la blusa, palpando sus hombros suaves. Ella extiende los brazos, despojándose por completo del brasier, libera el botón del pantalón ajustado mientras él empieza a deslizarlo hacia los pies. El cierre suena y las vastas del pantalón se juntan con el talle. Un movimiento de pies y el pantalón cae al piso. Leonardo le besa los pechos abultados, los pezones erectos. Pone una mano en el vientre y va liberándola de toda atadura material”.

–¡Sigue leyendo! –dice Irene– me gusta la historia.

“Una vez desnudos hay un silencio conjeturado. Leonardo moja con la punta de su lengua los pezones orbitales, abre la boca como si pretendiera morderlos, pero no, sólo los besa, trata de apoderarse de todo, capta un sabor exótico, un sabor que ahora es salado, pero...”

–¡Continúa! ¡Sigue! Está interesante.

–¡Tonta! ¿Por qué no me dijiste que todavía estabas dando de lactar?

“Leonardo empieza a sudar. Ella le acaricia la espalda. Él no se detiene, sigue besando sus pechos, estaciona su boca en el límite central y va deslizándose sus labios como si fuesen patines sobre hielo. Llega al ombligo y se detiene brevemente. Al continuar lo hace retardando su velocidad. Allí la piel es húmeda, seductora, magnética...”

–¡Sigue! ¡Sigue!

–¿Para qué? Tú conoces el resto.

“Hoy ella ha entrado en mi vida, se ha derretido en mi pecho, se apoderado de mi corazón. Aquí en esta cama donde mis manos escriben estas palabras, ella ha borrado los temores de mi ayer, de un ayer que ha sido una oscuridad fantasmal. Aquí, su cuerpo ha bañado los poros de mi soledad. Ignoro los detalles para acordarme de sus quejidos intermitentes, de sus palabras entrecortadas. El foco que alumbra mi cuarto me está mirando, quiere narrarme esta secuencia que acabo de vivir. Yo le digo que no, que no moleste porque aún esta historia no termina. Es de noche, es cierto, pero ella aún está a mi lado. No pienso dejarla ir, tampoco creo que sea necesaria su ausencia”.

–¿Para qué quieres que me quede? ¡Ah! –está desnuda echada junto a él– ¿Para qué?

Leonardo la posa sobre su cuerpo. Siente que los senos tibios de Irene le acarician el pecho. Eso lo excita. La besa mientras sus manos recorren el anverso de ese cuerpo que está sumido en un rito mágico que carece de idioma para las escenas venideras.

–¡Te amo! –dice Leonardo– El amor ya no es un sueño, es una realidad.

La coloca entre sus piernas, la encadena con sus brazos, la aprisiona con sus ojos que acorralan el círculo de aquella imagen. No hacen falta los tragos de licor, ni la música de habitación. Es sólo el verso de la unión, el néctar del amor prohibido.

–¡Te deseo! Eres mi vida. No me alejes nunca de ti. ¡Nunca!

–Nunca –contesta Leonardo– siempre vas estar en mí.

“Se ha enamorado como una mariposa, como un colegial de barrio pobre. Sus cláusulas de límite han quedado descartadas. No le importa el que dirán. Ahora es un hombre libre, que no vive de las opiniones absurdas de la gente. ¿Y sus amigos? ¿Olvidó la promesa? No, no la ha olvidado, sin embargo a veces pretende luchar contra ese amor, huir de aquel contacto ineludible, meterse en un hueco, esconderse en una bota de invierno. Pero es imposible. No puede escapar. ¿Acaso no es feliz? ¿Hasta cuando? No lo sabe, este amor no puede ser eterno. Nadie aceptaría una relación de esa índole. Ya se enamoró, ya incumplió sus propias reglas. Ahora tiene ganas de salir y buscar a Eduardo y José para contarles que contra el amor no se puede luchar. Ahora está derrotado y no puede levantarse.

¿Lo perdonarán? Tomarán dos cervezas, inventará mil excusas para explicar aquella desgracia. Como es de suponer no lo creerán. Lo golpearán, le darán mil patadas, pero el no sentirá dolor. El amor es como un escudo de hierro. ¡La amo! ¡La amo! Gritará, se cansarán de golpearlo y sólo Dios sabe si Leonardo se cansará de amarla.”

CAPITULO XIII

“¿Recuerdas que el día de año nuevo te pregunté un montón de veces si tenías enamorado? ¿Por qué crees que lo hice? ¡Sabes! En verdad lo sospechaba, mi sexto sentido no podía mentirme, otro hombre había aparecido en tu camino. Carmen fue la primera en expresarlo, aunque no directamente. Me faltaban pruebas, evidencias para estar seguro. Ayer las encontré Elizabeth fue a mi casa, le mostré mis fotos y en una de ellas aparecía Carlos. “¡Oh! Aquí está Charles más chibolo”, ¡Qué más necesito? Charles es Carlos. Carlos es mi promoción y de paso tu nuevo enamorado. Ahora comprendo el comportamiento extraño que tiene él conmigo. El otro día lo encontré en Huanchaco. A las justas me dio la mano. Agrega a eso que la semana pasada casi me atropéyó con su carro. No pueden existir tantas coincidencias. Te he visto pasear incluso en su carro. ¿Qué otra prueba puedo pedir? Lo que me remuerde la conciencia es que ya te perdí. Es una de las estupideces que acostumbro hacer: Pienso para perder.

¿Qué puedo hacer? Me siento un completo cobarde al sincerarme subjetivamente. Me estoy transformando en un pensador vulgar. Pienso tantas cosas, como si me pudieras escuchar, como si fueses capaz de leer mis pensamientos e incluso fíjate, te hablo de tú. Esto si que es una completa idiotez. **REPROGRAMACIÓN MENTAL**, cambio de memoria: borrar "Tú" del programa amoroso, utilizar al referirse de MARTHA, simplemente “ELLA”... uno, dos, tres y listo.

Ella se mostraba esquiva, y yo insistía. Cuando una mujer tiene su enamorado es en vano. Yo sé que es feliz. Eso me alegra. Conmigo no tenía futuro, porque a decir verdad, al margen de las divergencias y antagonismos convecinos al desaire: Yo no sé lo que quiero, soy inmaduro, indeciso y tantas otras cosas más. Ella es más sensata y analítica. Sabe encontrar la mejor

alternativa para el peor problema, la palabra más dulce para el grito más amargo, el regalo más costoso para un estorbo sin valor ni utilidad. Martha me dio fortaleza, me regaló parte de su tiempo, y yo a cambio no le di nada. Reiterando versos leídos:

***"No soy el poeta que le escribe,
ni la flor que le sonrío.
Soy simplemente el hombre que la ama"***

CAPITULO XIV

–Ayer se casó una chica de la promoción –dijo Karina– me invitaron, pero no fui.

–¿Quién –preguntó Leonardo– ¿La conoces?

–¡Tal vez! –contestó Karina– Creo que si la conoces.

–¿Por qué me lo dices tan segura?

–Ah. Porque siendo de nuestra promoción sería el colmo que no la conozcas.

Estaban sentados en las bancas del parque de la Facultad de Ciencias Sociales.

–¿Quién será? –dijo Leonardo como si se preguntase a sí mismo.

–¿Conoces a Carmen?

–Sí. ¡Cómo no la voy a conocer!

–La amiga de ella se casó.

Leonardo sintió que la respiración se le aceleraba.

–¿Elizabeth? –rogó por una respuesta afirmativa.

–No. Martha –contestó Karina– Ella se casó. ¿La conoces?

–Sí –contestó Leonardo, simulando no tomarle importancia– la conozco de vista.

Cogió su lapicero y lo golpeó de punta contra la banca, luego lo arrojó contra el césped.

–¿Por qué haces eso?

–Lo que no vale se bota.

El ómnibus verde de la Universidad se estacionó frente al parque.

–Es hora de que me vaya –dijo Leonardo mientras metía su cuaderno en el bolsillo del maletín– ¡Ojala! Que no nos perturbe la lluvia. De lo contrario no llegaremos al Cusco.

–¡Te voy extrañar! –dijo Karina– voy a estar contando los días hasta que vuelvas.

–¡Cuídate! –dijo Leonardo– trata de no salir por la noche.

Karina se abrazó de Leonardo, le dio un beso. Sonrió.

–¡No me saques la vuelta!

–¡Tú eres la única! –contestó Leonardo– ¡Un favor! Le haces presente mis felicitaciones a Martha.

–Lo haré –dijo Karina– pero no seas ingrato, acuérdate de Carlos, también es tu amigo.

Leonardo le tapó la boca con un beso.

–¡Te amo! –dijo– ¡Tú eres lo más importante!

CAPITULO XV

–¡Paola! –gritó una voz ronca– el niño está llorando.

–Ya voy –contestó Paola desde la cocina– ¡No soy sorda!

–Pero, ¡Apúrate!

–Velo un ratito. Estoy preparándole el biberón.

–¿Qué? –volvió a gritar– ¡Carajo! ¿Crees que soy ama, niñera?

El niño seguía llorando, suspirando y tosiendo.

–¡Apúrate mierda! ¿Por qué no te levantas más temprano?

Paola no contestó. Se apresuró en enfriar la leche. Unas gruesas lágrimas brotaron de sus ojos. ¡Lo hago por ti Leonardo!

–¿Qué haces que no vienes rápido?

La cama crujió como si alguien se levantara.

“¡No importa! –pensó Paola– Si a cambio de un golpe, supieras que no es tu hijo. ¡Qué risa! Te la das de macho y no eres más que un presumido”.

Al entrar en la habitación Ricardo tenía al niño a su lado y le hacía cosquillas en los cachete. No se notaban gestos de irascibilidad. Estaba riendo, contento, como si la voz amenazante nunca hubiera salido de él.

–¡Ven! ¡Perdóname! –dijo Ricardo– Acuéstate a mi lado. ¡Ven mi amorcito! No seas rencorosa.

Paola rió. Quiso gritarle mil veces que no lo amaba, que estaba con él sólo por no ser una madre soltera como lo era Irene. La mujer a quien más aborrecía.

–¿Te trae recuerdos el nombre Irene?

–Sí –contestó él– no la menciones porque cada vez que escucho su nombre me acuerdo que tengo una hija con ella, a la cual no le compro ni siquiera un caramelo.

–¿Y por qué haces eso?

–Porque a lo mejor esa niña no es mi hija. Su madre es tan mala mujer que no sé si creerla o no. Algún día cuando Cinthia este más grande podré notar si se parece a mí. Sólo entonces podré decir que es mi hija.

–Te fijas en el resto y no te fijas en ti –dijo Paola acostándose a su lado.

000 O 000

–¡Parecemos locos! –dice Irene– ¡imagínate! Estamos echados en el suelo.

–Sí –responde Leonardo– pero locos de amor.

Están echados en el centro de la sala, sobre una frazada. Leonardo fuma. Irene mira las vigas del techo. Se oyen ruidos en la calle, niños que pasan corriendo por la vereda.

–El lunes me voy a la sierra –dice Irene, mira a Cinthia que gatea hacia la puerta– la voy a llevar a su abuelita.

–¿Tú crees que haces bien? Una madre no debe abandonar a sus hijos. Debe luchar hasta el final con ellos.

–Sí, pero nadie me da trabajo. ¡Claro! No me falta la comida, pero necesito dinero para comprarme ropa. Eso no le puedo pedir a mi tía.

–La vida es difícil a nuestra edad –Leonardo apaga el cigarro, lo deshace contra el piso– sobre todo nos hace falta experiencia. Hay muchas cosas que desconocemos. Sufriendo se aprende.

–¡Ojala que mi suerte mejore! ¡Necesito tantas cosas!

–Seguro que sí. Yo también estoy aburrido. Creo que es tiempo de que me busque un trabajo. Me da vergüenza estar pidiendo todo a mi papá.

–Hasta para invitar a tu chica al cine –sonríe Irene– ¡Qué feo es no tener plata!

–Más feo es no tener amor –dice Leonardo, la abraza junto a su pecho– claro que el amor no quita el hambre, pero de todas maneras da fuerzas para salir adelante.

Se besan, sonríen, se dan vueltas en el piso. ¡De pronto! Leonardo queda estático, como si se hubiera convertido en piedra. Observa la puerta, los agujeros minúsculos que aparecen como puntitos de luz. Irene lo mira y quiere hablar, él le tapa la boca, se para y camina lentamente. Abre la puerta, proyecta su mirada a ambos lados de la calle, y a su costado derecho puede reconocer la silueta de una mujer que camina de prisa con la cabeza agachada. Leonardo cierra los ojos, mueve la cabeza, quiere gritar, patear al borracho que pasa por la vereda. “Es ella. Es Karina. Nos estuvo mirando”.

–¡Cierra la puerta! –grita Irene– Entra mucho viento.

Leonardo la obedece. Ahora Irene sostiene a Cinthia de la cintura y la sienta sobre su vientre.

–¿Qué te pasa? ¿Por qué saliste así como loco?

–Unos mocosos estaban mirándonos –sonríe volviendo acostarse.

–¿Qué...?

–Sí –la puerta tiene huequitos por allí estaban mirando.

–¿Eran conocidos? –pregunta asustada– ¡Oye!

–No –contesta Leonardo pasándose la mano sobre la cabeza– eran sólo unos curiosos.

–Tapa esos huecos –dice– ¿Cuántas veces nos habrán mirado?

“Será fácil –piensa– lo difícil es tapar los agujeros de mi corazón. Lo difícil es disipar mis dudas. Tú con tu hija y yo con el roche de caminar contigo. ¿Hasta cuándo?”

CAPITULO XVI

–¡Estás un asco! –dijo Karina al abrir la puerta– vienes a la semana, borracho, y seguro que no traes ni un centavo.

–No sólo de pan vive el hombre –sonrió Leonardo apoyándose de la pared despintada de la calle.

–¡Eres un desgraciado! –dijo Karina enfurecida– ¡Por favor! ¡Vete!

–¿Me botas? –sus manos se mecían débiles a la altura de su cintura– ¡Ah! Me botas.

–Sí –gritó ella– ¿Para qué quiero un hombre así?

–En primer lugar a mí no me haces falta, y si tanto te importa saber donde estuve, pues bien, si no lo sabes o de repente lo has olvidado, hoy es mi cumpleaños. Anoche mis amigos me hicieron la quema. No los podía despreciar. Hoy vine con las mejores intenciones. De pasar este día contigo, con la futura madre de mis hijos, pero llego y te comportas así. ¡Qué voy hacer! Es tu casa. En algún sitio me harán cariño.

–Yo no te boto –dijo Karina sosegada– lo que me da cólera es que vengas cuando se te da la gana, como si yo fuera cualquier cosa. Eso lo puedes hacer con Irene, con ella no tienes pierde.

–¡Mira! –dijo Leonardo exaltado, cogiéndose de la puerta– yo no soy tu esclavo. Si quieres recíbeme, sino me voy.

–Yo tampoco soy esclava para condicionarme a tus caprichos, así es que mejor te vas. Te quiero pero no puedo aceptar esas cosas. Si me quieres regresa, pero sano, no en esa facha.

–Muy bien –contestó Leonardo trastabillando al retroceder– ha sido la última vez que me has visto. De hoy en adelante no nos conocemos.

–No tengo ningún inconveniente –dijo Karina cerrando la puerta con fuerza.

Leonardo caminó, desfallecido, arrepentido de las boberías que hacía cada vez que el licor lo embutecía. Siguió caminando bajo un sol abrazador, con los zapatos llenos de arena.

En una esquina, cuando sentía que se desmayaba hizo parar un taxi.

–A Florencia –dijo– llévame a Florencia.

Sentado, sintió que su vida hasta ese momento había sido una secuencia inacabable de fracasos. Quiso dormir para no pensar, pero un extraño impulso lo incitaba a cantar, a desfogar de esa manera los sucesos frustrados de su vida. Se contuvo. Habló de la mitología griega, sin que el taxista le prestase atención. Herido por esa desavenencia, se puso a recitar:

***“Amor, no estoy donde tú estás,
y tú no estás donde yo estoy.”***

CAPITULO XVII

Estoy sentado, fumando un Halmington Light. Hay llantos, rezos y una extraña miseria que es la soledad repentina. Con mi cigarro las lágrimas se expanden como humo, perdiéndose en el infinito del horizonte. Una mosca se posa sobre mi brazo. Quiero atraparla, pero vuela, huye, se aleja. En cambio Irene, mi amor, ya no puede caminar. Ha muerto. Está dormida con la mirada escondida detrás de sus parpados.

En este rincón del mundo, el fantasma del abandono es una sombra negra. Cinthia a mi lado mira el ataud, me coge de la mano. Me mira, y yo dejo de llorar. Me paso la mano sobre los ojos. La gente me observa como si yo fuera un objeto extravagante. Estoy solo en el silencio. Ella, está allí asfixiada por un aire que ya no respira, sus ojos han cerrado para siempre. En momentos como este me siento poeta, sicólogo de un mundo interior, donde hormigas negras dejan sus huellas, huellas de patas torcidas.

Hoy el camino ha terminado en un abismo. No la alcanzaré. No volveré a encontrarla. En ese otro mundo las almas no se buscan. Allá hay sólo lamentos que van cayendo y nunca llegan al final. La muerte es la finalidad de la vida. Los evangélicos creen en la vida después de la muerte. Eso es un consuelo y no una realidad. Yo creo más bien en la muerte después de la muerte.

Ella jamás volverá a tocarme con sus palabras. Sus manos no entibiarán las mías, su boca no respirará de mi boca. Existirán vacíos, sí, huecos profundos y anchos donde mis brazos extendidos extrañarán su cuerpo. Hoy, en este oscuro salón, las voces de los curiosos son como sonidos de la otra vida, como poesías de un poeta sonámbulo. Ella no escucha, no mira ni siente. Su cuerpo es una materia sin esencia.

Alguien me habla, me toca con su hombro, se sienta a mi lado. Yo le miro a los ojos y él está ciego a mi mirada. Es un espejo de mi rostro, un reflejo de mi alma que cansada se ha sentado a contemplar mi nostalgia. “Fue buena, la mejor de todas. No merecía la muerte” Pobre la gente que habla. “Dios decidió recogerla. A la gente buena se la lleva joven”. Palabras de cortesía, inyecciones superficiales que no curan ni hacen efecto.

No debiste morir ¡Mi clara luna! Tus labios nunca debieron secar su brillo. Fue mi culpa y también la tuya. Todo iba bien hasta que saliste embarazada. No te preocupes, nadie lo sabrá, es un secreto entre los dos. El último lazo que nos unió. ¡Qué mala suerte! La pócima ni los medicamentos dieron resultado favorable y moriste sin estirones de tiempo. Te quedaste dormida para siempre en aquella cama donde fuimos tan felices. Tus gritos destrozaron mi alma. No pude

salvarte. Tu hija pudo decir: "mamá, no nos abandones". Yo le tapé la boca y tú te fuiste, destapando la fosa del abandono. Me dejas desnudo en el hielo de la angustia. Cuando tu tía llegó, ya habías muerto y la autopsia estaban de más. Sino ¿Qué hubiera sido de mí? Cómplice, autor intelectual. Una duda cubre mi mente: ¿Fue hombre o fue mujer? ¡Ay Dios! Es una pregunta que nos encargamos de borrarla. Cierro los ojos. Un bostezo aparece. Las lágrimas nacen y de nuevo estoy llorando como un adormecido, como una estatua de cera que se va derritiendo.

En la puerta aparece Paola, abraza de un hombre alto al cual nunca antes he visto. Un niño crespito, como yo, los acompaña. El hombre entra, da el pésame a la madre de Irene mientras yo camino hacia la puerta. Le doy la mano a Paola:

–¡Hola! Lo siento Leo -sus ojos hechizan– ¡Lo siento!

–¡Dale la mano a mi amigo! –dice acariciando la cabeza al niño.

–No –grita él. Me pateo las espinillas.

Irene lo coge de la mano, lo aleja de mi lado. Siento que hay algo en ese niño que me atrae, una especie de conexión extrasensorial, una fuerza involuntaria que me comunica códigos por telepatía. "Es mi hijo" –pienso. Lo miro, reconozco mis ojos, como reconozco mis manos. ¿Por qué Paola no me lo dijo?

–No te preocupes así son todos los niños.

–Este es un malcriado –dice Paola.

El alma que está a mi lado grita a mis espaldas: "Es tu hijo, es tu hijo."

–¡Es mi hijo! –digo llorando.

Paola también llora, se coge de mi mano y la de nuestro hijo.

–Así deberíamos estar. Juntos, juntos para siempre.

Llora, se agarra fuerte de mi mano. Yo siento que he perdido el tiempo en tonterías. Quiero abrazarla, cargar a mi hijo, pero ella no es mía y el niño no me dice papá. No existo en sus vidas, sólo en sus recuerdos, en sus fantasías, en sus mañanas solitarias, en sus fotos escondidas. Nuestras manos se sueltan, mi alma se queda con ellos.

El hombre alto sale, me mira sin saludarme, abraza a Paola, coge la mano del niño que pretende patearme y se va.

Me vuelvo a quedar solo. Lejos de mi verdadera identidad, vuelvo a ser el personaje ficticio de una novela dramática. Paola camina, da la vuelta a mirarme. Yo le digo: “¡Adiós! Un día nos volveremos a encontrar”.

Cinthia sale llorando, se coge de mi pantalón.

–Ese hombre quiso alzarme.

–Calma, calma.

Quiero llorar. En esta vida las lágrimas son pensamientos frustrados, guerras perdidas, voces ahogadas en el silencio, en el silencio de la desilusión. Quiero dormir, olvidar que Irene ha muerto, que tengo un hijo al que jamás escuché decir “Papá”. Paola se guarda el secreto de una manera insensata. ¡Ay! este corazón de lata. Esta alma que me acompaña, que me sigue, que abre camino por donde mis pasos ya no quieren caminar.

Esta niña que llora por su madre, porque cosa anecdótica, se ha quedado huérfana al no conocer a su padre. Él vino a verla, por lástima, por pena, por amor. Yo que sé.

–¡No llores! Estás conmigo, te voy a cuidar.

–Cuando mi mamá despierte le voy a contar que ese señor quiso alzarme –se abraza de mi cuello mientras me agacho para consolarla– mi mamita, va despertar ¿Verdad?

–Sí, más tarde.

“Sí, más tarde, cuando la noche cubra a la muerte. Cuando mis versos hayan sido escuchados en el cielo de su sonrisa.

Esta pena, estos ojos que lloran, este cuerpo decaído. Todo en una unidad antagónica. Así soy yo. Un hombre sin suerte en el amor. He tropezado con piedras, con botellas vacías, con arena húmeda y hoy con la muerte. Tal vez, todo esto ya lo haya vivido. Pero mañana el repaso, la reiteración de sucesos serán solo parte de un gran laberinto, dentro del cual lucho sin poder salir”.

FIN.